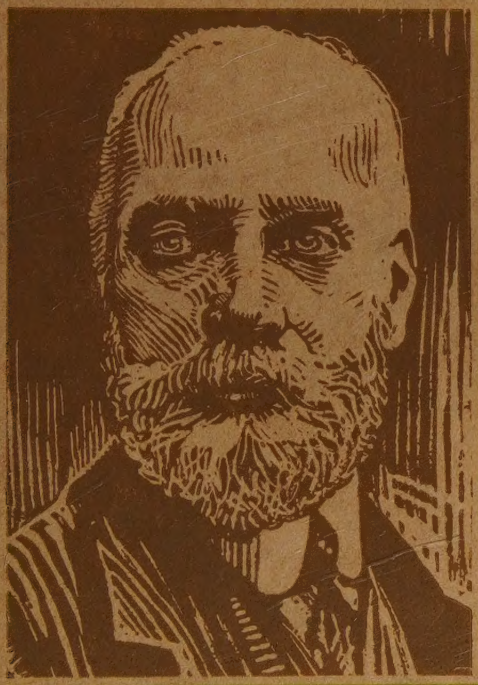
LOS GRANDES ESCRITORES



ARMANDO PALACIO VALDÉS

ESTUDIO BIOGRÁFICO, POR

A. CRUZ RUEDA

AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERIA.-PARIS

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

WITHDRAWN
UCR LIBRARY

ARMANDO PALACIO VALDÉS

ESTUDIO BIOGRAFICO

OBRAS LITERARIAS DE

ANGEL CRUZ RUEDA

Examen crítico de Bernardo López García.

Dolor sin fin. (Novela.)

Elogios de Carlos III y del Doctor Martínez Molina. (Discursos.)

Llama de amor viva. (Novela.)

Huerto silencioso. (Novelas y cuadros.)—3 pesetas.

Armando Palacio Valdés. (Estudio literario.)—1 peseta.

Desquite. (Novela.)

Horizontes espirituales. (Ficción, inédita.)

LOS GRANDES ESCRITORES

ARMANDO PALACIO VALDÉS

ESTUDIO BIOGRAFICO

ESCRITO POR

ÁNGEL CRUZ RUEDA

AGENCE MONDIALE DE LIBRAIRIE
PARÍS.—MADRID.—LISBOA

PQ6629
A5Z5

Es propiedad del autor, quien se reserva los derechos de reimpresión, traducción y adaptación.

COPYRIGHT 1925,

BY

ÁNGEL CRUZ RUEDA

IMPRENTA HELÉNICA.—PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚMERO 3, MADRID.

Sr. D. Angel Cruz Rueda.

Querido amigo y compañero: Me participa usted la amable intención de escribir y dar a la estampa y publicidad mi biografía. Confieso a usted que tal propósito no deja de inquietarme. Soy apasionado de las biografías y he leído muchas en mi vida. Las acciones privadas me han interesado siempre más que las públicas; las disputas y las alegrías en el seno de las familias me han atraído más poderosamente que las guerras y los tratados diplomáticos. Por eso quizá he sido novelista, porque la urdimbre tan complicada de la humana existencia ha solicitado desde muy temprano mi atención, y el espectáculo vario y pintoresco de las costumbres cautivado mis ojos.

Naturalmente, la biografía de los varones que han alcanzado nombre glorioso en la república de las letras tenían que interesarme de un modo más eficaz, puesto que soy de ella humilde ciudadano. Pero hasta ahora, cuantas he leído casi todas han sido de escritores fallecidos. Y así imagino que debe ser. La biografía de los escritores vivos necesariamente ha de permanecer incompleta puesto que su vida no ha terminado, aunque a alguna como la mía por lo larga se le puede dar el finiquito.

Además de tal serio impedimento, tales biografías ofrecen dos graves peligros, el uno externo y el otro interno. El primero consiste en las protestas sinceras o envidiosas que levantan. No se puede alabar demasiadamente a un hombre vivo sin que aquellos que le conocen o le tratan se subleven. En efecto, cómo este señor que toma café en

Fornos en una mesa contigua a la mía, a quien he visto jugar bastante mal unas carambolas en el Casino, que estuvo abonado en el teatro de la Comedia muy cerca de mi butaca, ¿cómo se pretende que yo venere a este señor al igual de los grandes hombres? Esto se pregunta el simpático burgués que tiene una tienda de mercería o lleva parte en un negocio de carbones. Y como usted debe comprender no le falta razón. Los hombres grandes no son grandes sino después de muertos, de ninguna manera cuando toman café en Fornos y juegan carambolas.

Cuenta el poeta Alfieri que habiendo regresado a Turín, su patria, después de una ausencia de varios años, precedido de la gran notoriedad que le habían valido sus famosas tragedias, los amigos de la infancia, al verle, se hacían los distraídos para no saludarle o doblaban la esquina de la calle para no tropezarse con él. ¿A qué escritor más o menos reputado no le han acaecido casos semejantes? Por mi parte recuerdo que después de la publicación de una de mis novelas, al saludar a un amigo de la niñez, éste me tendió la mano volviendo la cabeza a otro lado y bostezando. Me parece que no podía dar más claro testimonio del desdén que le inspiraba.

Pero en fin, tales desabrimientos no tienen capital importancia y se curan con un poco de paciencia cristiana o de filosofía pagana. Mucho más grave es lo que he llamado peligro interior. Un hombre cuando le elogian en demasía corre riesgo de envanecerse, de hacerse altanero e insoportable. ¿No teme usted que, describiendo las insignificancias y nonadas de mi existencia y lanzándolas a los cuatro vientos, me engría más de lo justo y comience a arquear las cejas, a caminar solemne y acompasado, a hinchar los carrillos y escucharme religiosamente cuando hablo, como hacen muchos de los grandes hombres que conozco? Porque le confieso que estoy muy lejos de poseer el temperamento humilde del santo doctor Francisco de Sales, que se encolerizó terriblemente contra su amigo y

discípulo el obispo de Belley porque éste le aludió con elogio en uno de sus sermones.

Cuando me hacen cosquillas no puedo menos de reirme, y si me dan un dulce lo saboreo con placer. Usted me dirá tal vez: En España hay tantos grandes hombres actualmente que el ser uno más tiene poca importancia y no es motivo suficiente para envanecerse. Pues a pesar de esta irrefragable consideración todo el mundo se envanece, lo mismo los grandes que los pequeños. Y usted sabe bien que nada excita tanto la indignación de los humanos como la vanidad y nada estiman tanto como la modestia. La modestia es una señora que todos quieren ver en casa del vecino, aunque la hayan arrojado a puntapiés de la suya. A muchos literatos chirles, inflados y necios, les oí hablar con furia del orgullo de Víctor Hugo y de la vanidad de Castelar.

Mas si a pesar de tales razones usted se obstina en sacar mis pasos a la luz habré de someterme, correr los peligros externos e internos de que le he hablado y pedir a Dios que me salve de la cólera de mis enemigos y de los extravíos de mi propio corazón.

En buenas manos he caído. Los discretos no aprobarán, los tontos se irritarán, pero unos y otros harán justicia a la nobleza de su intención y recibirán deleite por la elegancia y primor con que tal biografía ha sido escrita.

Créame siempre su amigo y viejo compañero afectísimo, que le estrecha la mano,

A. Palacio Valdés.

PRÓLOGO

Nos proponemos escribir acerca de la vida de quien, por antonomasia, es nombrado el Patriarca de las Letras contemporáneas españolas: don Armando Palacio Valdés. Libros y artículos han sido dedicados a la biografía y crítica del viviente novelista por excelencia. En nuestra nación y en países extraños, su vida y su obra han motivado numerosos estudios. No pretendemos trazar el más perfecto de éstos, sino una narración, lo menos anecdótica posible, de cuanto referente a don Armando Palacio Valdés pueda interesar a sus lectores, sin detenernos en analizar las obras, mas sin dejar de fijar, siguiendo la cronología de ellas, cuanto los críticos o historiadores de nuestra literatura no han de recoger, por no ser ésta la misión que les concierne.

Tarea de lector cariñoso y no de gacetillero atolondrado, quisiéramos que fuese la nuestra; labor de escritor desconocido que contempla serenamente una existencia preclara y la describe como la ve, sin pensar en la superelevación o trascendencia, sin deformar al novelista por ansias de agigantarlo, sin desfigurar su sombra por considerarla estatuariamente. Don Armando Palacio Valdés es un hombre y no un dios: como a hombre lo pintamos. Amó y sufrió; escribió páginas que han de perdurar; supo, sin dejar de ser humano, aislarse de la baraúnda que surte del mundillo de literatos y periodistas; y ancianito, el novelista advierte que se le reverencia, que se le quiere y que aun se le ado-

ra en las figuras que nos dejó en sus libros. El gran escritor es también hombre bueno. Por esta bondad suma—la de su obra y la de su vida—bien merecería que pluma autorizada le ofreciera esta devoción. La nuestra es para el lector curioso, no para aquel que sólo anhele las apoteosis embaucadoras; y con amor y estudio acaso el interés se consiga, por lo que se narra y no por la manera de contarlo, por el afán de perseguir los sucesos inadvertidos más bien que por no haber dejado en olvido ninguno de ellos.

Mas, ¿no se ha escrito que la mejor biografía de un escritor está en sus obras? Ciertamente; la traza psicológica de un literato se hallará en los pensamientos y sentimientos con que, a pesar de la consabida objetividad, fué realzando sus ensayos, sus críticas, sus novelas, bien para entenebrecerlos o para hermosearlos. Pero, además, escudriñemos sus días: los días áureos de la infancia, los prometedores de la juventud, los fértiles días de la edad viril, los venerables de la ancianidad respetable que supo dejar huella y estela luminosa.

No somos aficionados los españoles a esta clase de estudios, tan gustosa como la de Memorias e Intimidades. «No nos place escudriñar vidas ajenas, porque nos repugna o, por mejor decir, nos aterra el gesto, tan forastero y tan moderno, de aventar a los ojos del indiferente las cenizas de nuestro hogar. No espiamos a través de la cerradura del vecino, por evitar que vengan a curiosear en la nuestra—ha observado Ramón Pérez de Ayala—. Pero aun sin llegar a los sagrados Penates—continúa, en «El placer y la necesidad de las biografías»—debe haber en toda casa hospitalaria el estrado para recibir, la mesa aparejada para el yantar y también el aposento donde duerma el huésped. Dicho de otro modo: que la manía inquisitorial de los críticos y biógrafos extranjeros, que no vacilan en revolver sepultu-

ras y sacar a la vergüenza póstuma las más triviales y tristes clandestinidades de un hombre que se distinguió en algo, quizá es un vicio extremoso. Pero la poquedad española de no mostrar ni aludir nada atañedero a la vida privada, es, sin duda, un vicio defectuoso. Hay un término prudencial. El hombre que voluntariamente ha dedicado su obra a la sentencia de los demás hombres, está en la obligación de no dejar encerrada en sombra hermética su vida, que es al cabo parte, y parte substantiva, de su obra. Deje sellado su secreto, lo más recogido de su alma y hogar, y respetemos los demás este tabernáculo; pero que no se aleje de aquí la clausura inviolable. Siguiendo este criterio, me parece que se debieran escribir narraciones personales y contribuciones a la futura biografía de nuestras celebridades contemporáneas.»

Quisiéramos no salvar ese «término prudencial» de que habla el ensayista y novelista asturiano; desearíamos contribuir con estas noticias a la biografía definitiva y futura de don Armando Palacio Valdés. Extractos de libros, de Revistas, de periódicos, confidencias de amigos y deudos, todo rectificado minuciosamente, aclarado, compulsado, es lo que encomiendo a la merced de los lectores del novelista. Éstos no habrán de emocionarse con la lectura de las presentes páginas, como acaeció con la de no pocas de las escritas por el gran Patriarca de las Letras contemporáneas españolas; pero tenemos la certidumbre consoladora—igual que el buen anciano glorioso respecto de las suyas—de que nadie saldrá de ella «menos puro y noble de lo que era». Porque la vida de don Armando Palacio Valdés es noble y sencilla; y nosotros aspiramos a reflejarla con fidelidad. Es belleza de la imagen que devuelve el espejo la que podréis mirar, no el espejo mismo.

A. C. R.

LA ALDEA NATAL

ENTRALGO.—¡DULCE ARCADIA... QUE YA NO EXISTE!—TIPOS Y PAISAJES DEL CONCEJO DE LAVIANA, SEGÚN LOS DESCRIBIÓ PALACIO VALDÉS EN SUS PRIMERAS NOVELAS.—ASTURIAS, CUNA DE LA FAMA.

En la bella región de Asturias vino al mundo don Armando Palacio Valdés. La actual cuenca minera era antaño un rincón escondido y deleitoso. Se iba en diligencia hasta Sama de Langreo y en caballerías hasta Entralgo, cuna del escritor. En su primera y tercera novelas, *El señorito Octavio* y *El idilio de un enfermo,* ha descrito con nombres supuestos estos lugares; con los suyos propios aparecen en *La aldea perdida* y en *La novela de un novelista.* En aquélla, el río se nombra el Lora; Vegalora, el concejo y partido judicial; el pueblo es la Segada; la más ingente cresta montañosa, Peña Mayor; el lago trágico es el Ausente, rodeado de «altas y descarnadas montañas que forman un anfiteatro, en el cual la superficie tranquila del agua forma el redondel». En *El idilio de un enfermo,* tan lleno de primorosas descripciones, hay un pintoresco ferrocarril minero que enlaza el puerto de Sarrió con Lada, villa «metalúrgica y carbonífera»; uno de los valles es Na-

valiego, con pocos árboles y muchos caseríos blancos sobre el verde pálido del campo; por él marchamos al concejo de las Brañas, donde se halla la aldeíta de Ríofrío, en que Rosa la del Molino y Andrés Heredia tejen su pasión.

Por todas partes, vallecitos a las orillas o en el ángulo de un riachuelo que cambia a menudo de cauce, fecundando los pastos y maizales o dejando ver los guijarros pulidos; colinitas vestidas de castañares y prados relucientes; huertas cerradas «por altos y toscos muros deteriorados»; huertas en que se ven plátanos con muchas hojas erizadas de púas; olmos de obscura copa tallada en pico, formada de hojitas muy espesas y menudas; robustos castaños, abedules de blancos y delicados troncos, fresnos, espineras silvestres, tejos, álamos, moreras... Pomaradas — como aquella en que el conde de Trevia martirizó cruelmente a un triste zorro—, vastos campos con manzanos redondos y espesos; algunos de estos árboles tocan con las ramas en tierra y hacen «glorietas naturales, frescas, sombrías, mullidas»; el césped es húmedo; pululan los insectos; se oye «un ruido leve y sordo entre las ramas»; es un pájaro que huye a otro árbol. Detrás, «enormes y enriscadas montañas, cubiertas de nieve desde octubre a junio»; alguna cima se destaca en verano; entrado el otoño, se oculta entre la niebla y sólo aparece algún día invernizo, en que el viento barre «el tupido manto de los cielos».

Al atardecer, la neblina desciende sobre el río y no se levanta sino después de salir el sol. Las praderas se matizan de blancura con la escarcha. Las cimas de las montañas tienen entonces un intenso color anaranjado. Mas si la niebla se enrarece, se convierte en gasa sutil que deja percibir «en vagorosa indecisión las peñas y los arbustos»; es cuando se advierte desde la cumbre como «un mar de leche, ligero y flúido», que cierra por entero el horizonte.

Resplandece el sol. Aislados, «negros y jaspeados islotes», «sin duda, las crestas de las montañas más elevadas de la cordillera cantábrica»: «La soledad y el silencio, tan amargos en la tierra, eran allí dulces y amables»; allí, aquel conde que tenía «más de gato que de mujer» empujó a la hermosa Laura y al pobre Octavio por la pendiente de la Peña; la niebla los ocultó en sus cendales, y «se oyó el ruido que produjeron en el lago» Ausente.

Colocad ahora en esta vegetación limpia y briosa a las mujeres del país, mozas sanas como las manzanas «lustrosas y coloradas que en apretados piños cuelgan por encima de las paredes de las huertas»; desenvueltas algunas, cual la arrogante Amalia con quien retoza Celesto; pudibundas las más, a semejanza de Demetria y Flora; zagalas que cuidan de las vacas, mazan la leche, ayudan a henchir de heno el pajar o de grano los hórreos y paneras; y que acuden a las procesiones o a las romerías para danzar y cantar en los pradezuelos que orillan los avellanos. Los mozos trabajan, platican de amores, o celebran entre sí homéricos combates. Las viejas murmuran. Los ancianos sueñan. Los curas viven sosegadamente en su rectoral; rectoral de un solo piso acaso, con un corredor de madera exornado por el parral, con nidos de golondrinas en el alero de la casa, y la puerta de la calle «negra por el uso y partida al medio como las de toda aquella comarca». No falta la iglesia ni vetusto caserón. Hay engolados hidalgos, que los paisanos o campesinos respetan. Y memorables veladas invernizas...

¡Dulce Arcadia... que ya no existe! «Todo está a la mano, todo está cerca de todo, en fraterna proximidad y como en paz—ha escrito José Ortega Gasset en *El Espectador,* «De Madrid a Asturias o los dos paisajes»—; junto a la pupila de la vaca se abre el lucero de la tarde. ¡Oh, ad-

mirable unidad del valle, pequeño mundo completo y unánime, que se reconcentra para escuchar una carreta lejana, los ejes de cuyas ruedas cantan por los caminos!... Y el valle entero se estremece.»

Estos valles, estas montañas, estas costas fueron cantados en linda prosa castellana por don Armando Palacio Valdés, con mimos de hijo que no olvida la tierra madre, la que le dió su cuna y le tiene guardado—y por muchos años—su sepulcro. Esta región fué también la amada por *Clarín,* por Acebal, por tantos otros ingenios; afianzó el renombre de Gregorio Martínez Sierra con *Aventura,* el de José Francés con *La raíz flotante,* subyugó a cuantos artistas pusieron en ella su planta. Tierra de la Reconquista, es delicada, espiritual. En ella Rubén pensó sus mejores estrofas, allá en La Arena. En alguna de sus ciudades, *Azorín* platicó con bellas amigas—Victoria, Luisa, María, Pacita, Josefina...—acerca del «Nuberu», los «Busgosos», los «Espumeros», las «Guaxas», los «Ventolines»..., es decir, los genios de las nubes, de los campos, del mar, de los ríos...

Ahora, volved la página y advertiréis que la historia no desdice de la poesía, sino que la supera... El nacimiento del novelista fué así...

II

EL NACIMIENTO

DON ARMANDO, PRIMER HIJO.—PROFECÍA IRREALIZADA.—LA CASA DONDE NACIÓ.—EL LUGAR.—LAS PARROQUIAS DEL CONCEJO.—LOS DELEITOSOS Y VERDADEROS PAISAJES.—LA AVENTURA DE CEREZANGOS.

Don Armando Francisco Bonifacio Palacio Valdés nació en Entralgo el 4 de octubre del 1853, a las cuatro y media y de la tarde, entre «las ásperas montañas de la más abrupta provincia española». Fué el primer hijo que tuvieron don Silverio Palacio Cárcaba y doña Eduarda Rodríguez Valdés. Tres años y medio después había de venir al mundo Atanasio; y catorce más tarde el tercer hijo del matrimonio, Leopoldo de nombre.

La cama en que acaeció el suceso «era un monumento de Semana Santa. Para subir a ella—nos refiere en su libro autobiográfico—debía de existir una escalera de mano»; claro está que esto lo supo después, «porque entonces no dudaba de haber llegado de Madrid en la consabida cestita». El buen padre le contó, andando los años, las circunstancias del nacimiento. La dolorida madre se hallaba en manos de la partera, de Manola la de Cayetano el mayordomo—la que comparaba al niño con el clavel y con un

botón de rosa, símiles que le hicieron «formar buena idea de las facultades discursivas de esta señora»—, y otras cuantas mujerucas expertas se veían por allí también. Don Silverio paseaba, impaciente de miedo y júbilo, por el salón de la casa, con don Salvador el notario, el abogado Juncos y el señor cura de Lorío. Inmediatamente fué presentado el recién nacido a estos señores. «No hacía memoria mi padre de lo que había dicho en esta grave ocasión don Salvador el notario, ni el señor cura de Lorío; pero sí recordaba perfectamente que el abogado Juncos, mirándome fijamente y extendiendo su mano sobre mi cabeza, profirió con acento severo estas memorables palabras: —¡Dios le deje llegar al solio pontificio!—El lector tendrá ya noticia seguramente de que los deseos proféticos del abogado Juncos no se han verificado. Me consta que mientras vivió nunca pudo consolarse de esta amarga decepción que le hizo experimentar el Sacro Conclave Romano.»

Por los vidrios del balcón se oteaba montaña altísima y apenas el resto del paisaje, oculto por la parra que guarnecía el corredor al cual el balcón se abría.

La casa era un gran edificio irregular de un solo piso, construído a retazos por varias generaciones. Para ir de unas habitaciones a otras era necesario subir o bajar siempre un escalón, lo que había de impresionar gratamente al niño pasados seis años. En la fachada existía toda clase de aberturas, ventanas, puertas, corredores grandes y chicos; éstos, con rejas de madera, «estaban adornados con sendas cortinas de pámpanos, entre los cuales maduraban unas uvas dulces y exquisitas que don Félix estimaba más que a las niñas de sus ojos»; el capitán don Félix Ramírez del Valle, el de *La aldea perdida,* que en el mundo fué el abuelito materno, don Francisco Rodríguez Valdés. A este caserón los aldeanos solían llamar palacio; delante de él se abría

una ancha plaza, el sitio más amplio de la aldea, donde el vecindario se recreaba.

Pocas casas más—cuarenta o cincuenta—componían el pueblecito, situado entre el río Nalón y un pequeño afluente que venía de Villoria. Rodeado Entralgo de espesa arboleda por todas partes, semejaba estar «sepultado como un nido». Sobre el cerro que dominaba el lugar, Canzana, con más caserío y mieses, pradezuelos y bosquecitos deliciosos. Estos dos lugarejos, con otros distribuídos en los cerros próximos, integraban la Parroquia. «El concejo de Laviana está dividido en siete—seguimos leyendo en el poema recientemente citado—. La primera, según se viene de la mar por los valles de Langreo y San Martín del Rey Aurelio, es Tiraña; la segunda, la Pola, capital y sede del Ayuntamiento; enfrente de ésta Carrio, más allá Entralgo, y detrás de él, en los montes limítrofes de Aller, Villoria, la más numerosa de todas. Por último, en el fondo del valle, a cada orilla del río, Lorío y Condado. Allí se cierra y sólo por una estrecha abertura se comunica con Sobrescobio y Caso.»

Los cerros que rodean el valle de Laviana son de mediana altura, con robles, castañares y algún prado entre ellos. Por detrás de esos cerros, las negras e ingentes moles de la Peña-Mea, a la derecha, y a la izquierda las de la Peña-Mayor, más suaves, más blancas. Por mitad del anfiteatro se desliza el Nalón. En sus orillas, «una vega más florida que dilatada, donde alternan los plantíos de maíz con las praderas».

Detrás de los dos grandes hórreos que había delante del caserón se extendía la pomarada. Más lejos y en alto, la iglesia parroquial de San Juan Bautista y la casa rectoral, en la falda de una colina y a dos tiros de piedra del pueblo. Desde el campo en que se asientan se domina bien el valle.

El Nalón corría a quinientos pasos de la casa; el río de Villoria, a unos ciento; en la margen de éste, la Bolera o campo de recreo para los juegos de bolos y de barra. Sobre el Villoria, un pontón de madera para el camino de la Fuente por la derecha y para el de los Molinos y Cerezangos a siniestra mano. Cerezangos, más tarde pomarada, era a la sazón una hermosa pradera con soto de avellanos y tilos. «Por arriba y por ambos lados se extiende la colina vestida de frondosos castañares. Aquel campo abierto, aquella mancha de un verde claro, contrastando con el más negro de su cinturón selvático, espaciaba la vista y la alegraba.» Era la finca predilecta del abuelito materno, que todavía el nieto conserva. En un establo que había en la cima del prado, encerraba las vacas que traía de los montes de Raigoso. Seis años tenía el futuro novelista cuando le ocurrió en Cerezangos una de las aventuras más famosas de su infancia: la del carnero que, arremetiéndole una y otra vez, le produjo desilusión terrible al enterarle de que Dios no había puesto a su servicio «todos los animales de la creación». «¡Oh amable carnero!» ¡Y el niño que sintió deseo de besarte! ¡Traición inconcebible! Lo mirabas con dulzura y le acometías. En el curso de su existencia—son palabras suyas—otra gente lo ha mirado de un modo más agresivo, sin embestirle no obstante.

III

PADRES Y ABUELOS

EVOCACIÓN DE LA MADRE.—EL PADRE: SU CARÁCTER, SU PEDAGOGÍA, SU HUMORISMO.—EL CAPITÁN DON FÉLIX.—EL ABUELITO PATERNO: SU OPTIMISMO VENTUROSO.—LAS ABUELAS.—DOÑA FLORENTINA.—EL PRIMO ROMÁNTICO.

«Mi padre era abogado y mi madre de una familia de terratenientes. Yo he tenido siempre dos naturalezas: una campestre y otra marítima; era, y soy, muy apasionado por el campo y por el mar», confesaba a *El Caballero Audaz,* en el número segundo de *La Esfera* (10 de enero del 1914).

El padre, don Silverio Palacio Cárcaba, era de Oviedo (la *Vetusta* de *Clarín, Lancia* en las obras de nuestro autor); la madre, doña Eduarda Rodríguez Valdés Alas, era de Entralgo en verdad, aunque se consideraba como de Avilés, la villa de *Nieva* en *Marta y María*. La madre falleció en diciembre del 1871, sin tiempo de saborear los triunfos del hijo bien amado. El padre no dejó de vivir hasta el 1886, cuando don Armando ya había publicado sus críticas humorísticas y algunas de sus novelas y cuadros de costumbres: *El señorito Octavio, Marta y María, El idilio de un enfermo, Aguas fuertes, José, Riverita,* y empezaba a traducírsele.

La madre, doña Eduarda, «fué toda su vida un frágil cristal de Bohemia. No podía llamarse en verdad mujer a

una criatura tan débil, tan delicada y próxima a extinguirse que cualquier ráfaga de aire podía apagar en la hora menos pensada.» Por ello, todos se esforzaban en atajar el paso a la «ráfaga traidora»; todos, en especial don Silverio, que sentía por la esposa «la adoración de un enamorado y la ternura de un padre». La cuitada hacía labor con el ganchillo de marfil, o, por las noches, hilaba en una preciosa rueca con incrustaciones de lo mismo, regalo de su padre, mientras las mujerucas que le hacían tertulia admiraban el primor con que los dedos de hada torcían el hilo tan fino y ella derramaba sobre el nene la dulzura de su sonrisa y la cariciosa mirada de sus grandes ojos negros. Junto a la debilidad corporal contrastaba su férreo carácter. «Era, como suele decirse, en lo físico una caña que se dobla pero no se rompe; en lo moral, un roble que se rompe pero no se dobla.» Mas no miraba la vida adustamente: la regocijaban las diversiones de las amigas jóvenes, las confidencias amorosas de las mocitas, las charlas de las aldeanas, las danzas en que a veces tomaba parte y las músicas de los pobres artistas ambulantes, a quienes daba albergue, comida y dineros.

El terrible mal avanzaba. La señora, más sobria en halagos que en merecidos castigos para sus hijos, al sentirse morir los acariciaba frenéticamente. Cuando el mozo Armando volvió a Avilés con el bachillerato terminado, se puso a amarlo con pasión: «Me echaba los brazos al cuello, me apretaba contra su pecho, me tenía así largo tiempo y me decía al oído palabras de ternura.» Se ahilaba el cuerpo de la madre bendita; sus hermosos ojos parecían más anchos. Apenas podía sostenerse; mas la llama de su espíritu la mantenía enhiesta. El hijo la halla limpiando un mueble. Doña Eduarda quiere abrazarlo, pero no puede hacerlo. Armando la levanta como a una niña. «Ella, sonriendo, me

abrazó y me besó con efusión. Yo, sin darme cuenta de lo que aquello anunciaba, sentí, no obstante, que las lágrimas se me agolpaban a los ojos.»

El padre, don Silverio, era el reverso de la medalla: «poseía un vigor físico extremado y un carácter blando y sentimental». En cierta ocasión en que el niño fué encerrado en un cuarto obscuro, por obstinarse en coger un pedacito de trucha con los dedos, el padre, terminada la comida, lo sube entre besos a su despacho y a poco aparece con la fuente de los peces. Lo sienta en un sillón, le coloca un plato delante, le dice: —¡Ahora haz lo que quieras!—y se cruza de brazos para verle comer con las manos. «Ya sé que esto es muy poco pedagógico y que mi madre tenía razón al castigarme. Sin embargo, no puedo recordar esta escena sin sentirme enternecido.» Otra vez, a los doce o trece años, registraba Armando la biblioteca del padre, donde, entre libros científicos, había tropezado con los de Chateaubriand y otros de pasatiempo. Sus ojos dieron con unas estampas horrorosas de un tratado de virilidad. Don Silverio, al «¿Qué es esto?» del hijo, «quedando un instante pensativo respondió: —Léelo.—Aquella palabra fué mi salvación. Habrá personas timoratas que se asombren y aun se escandalicen de la audacia de mi padre. Sin embargo, yo bendigo su memoria por ésta como por las muchas cosas buenas que ha hecho conmigo.» ¡Inolvidable don Silverio, desaliñado en el vestir hasta el punto de ser mirado compasivamente por los romos de espíritu o por los pagados siempre del indumento propio! Habíase especializado en amansar animales, pero «bípedos más o menos racionales. Un juez de instrucción, un promotor fiscal, un coronel, un registrador de la propiedad o cualquier otro funcionario que llegaba a nuestra villa y que se hacía inmediatamente temer por su genio adusto o por un temperamento bilioso e

irascible.» A poco, el montaraz funcionario paseaba apaciblemente con don Silverio, que—según el hijo—debía aquellos triunfos a la ausencia de vanidad, a pesar de que podía haberse enorgullecido por sus prendas excelentísimas. Mas pesimista, sabía reír; joven, se consideraba viejo; dotado de feliz memoria, se plañía de imaginaria amnesia, y primer contribuyente de la región, era su goce supremo el que lo trataran con tono de superioridad desdeñosa. De un millonario bilbaíno decía a carcajadas: «No puedes figurarte cuánto me despreció aquel buen señor.» Con los hijos seguía el mismo procedimiento, sin realizarlo por habilidad o convicción pedagógica. ¡Qué lejana esta conducta de la de los padres infatuados que entontecen a sus hijos persuadiéndolos de que son geniales! Por el contrario, él, que podía hacerse temer, gozaba de una sentimentalidad exquisita, de que abusaba todo el mundo. Raramente se exaltaba. «¡Bárbaro, bárbaro, bárbaro! ¡Es usted un miserable!», gritaba, en sus funciones de juez de paz, sacudiendo a uno que había maltratado a su propio hijo. Y el que murió «sin haber tenido en toda su vida un enemigo, ni un envidioso», fué respetado de continuo en ocasión de que la guerra carlista incendiaba aquel valle de Asturias. ¡Ay, el hijo no olvida su butacón de gutapercha verde, ni las ingenuas preguntas con que, sin saciarse, ponía en apuro a aquella inteligencia luminosa!

¿Y de los parientes, qué podemos contar? No hay espacio para ello; limitémonos a unos cuantos rasgos de los abuelitos. El materno, con el supuesto nombre de don Félix Cantalicio Ramírez del Valle, ha sido inmortalizado en *La aldea perdida*. Se nombraba, en verdad, don Francisco Rodríguez Valdés. Había fallecido tres o cuatro meses antes de nacer don Armando; pero reconstruye su imagen de hidalgo bajito, menudo de cuerpo, de facciones agraciadas,

cabellos grises y ojos muy vivos; alegre, simpático, obsequioso, sobre todo con las damas; «vestía levita de paño obscuro, pantalón ceñido con trabillas, chaleco de terciopelo labrado y alto cuello de camisa con corbatín de suela; sobre la cabeza, gorro de terciopelo». ¿No os parece tener entre las manos un desteñido daguerreotipo, hallado al revolver el cajón de una cómoda? En viejo arcón encontró el netezuelo casacas azules, encarnadas, blancas, del bravo militar. Porque don Francisco lo fué antes de retirarse, joven aún, a sus tierras. De cadete, a los diez y seis años, hizo la guerra contra Francia; prisionero en Burdeos, logró fugarse sin miedo a la guillotina, que a la sazón relampagueaba su acerada hoja; ascendió a oficial prestamente; fué Guardia Real y, cuando iban a elevarlo a coronel, pidió la licencia absoluta por no luchar en las guerras civiles. Un hombre de tan bella existencia no podía menos de gustar de las mozas y de considerar indispensable jugar a la brisca con el buen cura don Prisco.

El abuelo paterno «era un honrado burgués que vivió hasta los noventa y tres años cuidando de su salud física». Su retrato o, mejor, su etopeya ha quedado en *La novela de un novelista* para siempre. En su casa de Oviedo estudió el bachillerato. Su nombre y apellidos eran don Francisco Palacio Alonso. Entró en este mundo allá por las postrimerías del siglo XVIII; y cuando salió de él estaba en la creencia de que había existido en un nido de ángeles y no en una cueva de bandidos, como pensaba Schopenhauer. El nieto nos informa, además, de que todo lo que le tocaba de cerca era considerado por el abuelo cual lo mejor de lo mejor: Asturias, incomparable; su amigo el deán, sin rival entre los sabios; el abogado más notable, su amigo el doctor A.; el coronel P., «el más hábil estratégico; el farmacéutico L.***, en cuya botica se reposaba de sus paseos hi-

giénicos, un químico sin rival, y C.***, el tendero de comestibles con quien alguna vez fumaba un cigarro por las tardes, poseía en su opinión un verdadero tesoro en productos alimenticios». Si una de sus hijas mandaba por medicamentos a otra farmacia, envenenamiento en perspectiva; si se variaba de tienda de comestibles, era necesario ocultar el cambio o simular una devolución de vituallas. Vivió feliz, sosegadamente, sin preocupaciones ni envidias. Don Armando—que conserva un bello ejemplar de *Pablo y Virginia,* edición de 1816, que le regaló—declara que está seguro de poseer alguno de los glóbulos de color de rosa de la sangre del abuelo, mezclados con los grises del padre y los verdes, amarillos y azules de todos sus antepasados; «porque es cosa averiguada que el hombre semeja un panteón donde todos los muertos hablan y mandan cada uno a su hora».

Esos antepasados son los que le han comunicado, sin duda, las cualidades que prenden la admiración de sus lectores: la madre, la energía y la constancia; el padre, la sentimentalidad exquisita y el humorismo que ha hecho a don Armando destacarse en el mundo; el abuelito materno, el amor por el goethiano «eterno femenino» y por la vida patriarcal; y el abuelito paterno, el optimismo, la serenidad, la visión radiosa y plácida de la vida...

Y ya no podemos hablar de las abuelas, doña Vicenta de la Cárcaba y doña Dolores de las Alas; ni de doña Florentina, monjita hermana de la bisabuela; ni de los tíos, ni de aquel primo mayor que leía a Byron, Chateaubriand y Víctor Hugo, que sabía de memoria a Espronceda y llevaba siempre en el bolsillo un primoroso volumen con las *Meditaciones,* de Lamartine; librito con anotaciones en lápiz, editado en París el 1823 por Carlos de Gosselin, y que hemos tenido con emoción en nuestras manos...

IV

INFANCIA

EN AVILÉS.—LA «MIGA» Y LA ESCUELA.—PARÉNTESIS EN ENTRALGO: EL PARAÍSO, LAS FIESTAS, EN EL RÍO, LA SIEGA, LAS VELADAS, DÍAS OTOÑALES, EVOCACIONES...—EL BESO DEL VALLE DE LAVIANA.

Don Armando ha narrado escenas de su infancia y adolescencia en ese libro magistral que se titula *La novela de un novelista*. En otras de sus obras encontramos recuerdos fragmentarios, que iremos apuntando en estas páginas. Son amenas las que Palacio Valdés ha consagrado a la niñez suya. Si esta edad de oro es siempre conmovedora, ¿qué no será, realzada por la pluma del escritor glorioso? Como Anatolio France, en *El libro de mi amigo,* don Armando se sorprendería mucho ante los que dijeran que no recordaban de sus primeros años: «No perdamos nada del pasado. Sólo con el pasado se forma el porvenir.» Y el mismo autor de *La isla de los pingüinos* agrega: «Era muy pequeñita mi vida, pero era una vida, es decir, el centro de las cosas, el eje de un mundo.» Pequeñita, igualmente, la vida infantil del maestro; mas alrededor de ella, nuestra atención se esclaviza, ansiosa de recoger los detalles más leves, y nuestra frente se desarruga por la sonrisa que suscitan en nuestras almas los recuerdos encantadores.

A los seis meses de acaecido el nacimiento del niño, la familia se trasladó desde Entralgo a Avilés; hasta los seis años no había de volver el pequeño Armando a la aldeíta del valle de Laviana. Avilés es, de consiguiente, su segunda patria y, en verdad, la predilecta. De allí son sus primeras impresiones; en esa villa se dió por primera vez cuenta de su existencia, «como ser viviente», abriendo un agujero debajo de una mesa a un gran pan de cuatro libras, «verdadera obra de arte», admirable invento que parecía anunciar un ingeniero futuro, por el trabajo que suponía la perforación de aquel túnel, del que tragaba los escombros como un consumado técnico. Allí lo acariciaban parientes y amigos, haciéndole pasar de unos brazos a otros. Allí fué en donde, a la vista de un anciano mendigo a quien recriminaban por un pequeño hurto, sintió—dicho textualmente—que la piqueta socialista comenzaba a abrir brecha en su cerebro infantil; y, por contraste, las ideas conservadoras se enseñorearon completamente de su alma cuando otro niño le quitó un colorinesco moro de goma: «Y he aquí cómo a los tres años de edad era ya lo que fuí después toda mi vida, un conservador forrado de socialista o un socialista forrado de conservador, como mejor se quiera.» En Avilés tuvo el honor asimismo de asistir a un colegio de señoritas desde los tres a los cuatro años, y la maestra de la *miga* los asustaba con cierto negro llamado Pancho: al aparecer éste cierto día en la puerta del colegio, motivó que aquella juventud bi-sexual se sintiera «atacada a la vez en el corazón y la vejiga. No volvimos a ser *malos* en ocho días.» Ya mayorcito iría a la escuela, a la escuela pública: «Nada de ayas o vigilantes, nada de colegios particulares y aristocráticos que no he pisado jamás.» «No maldigo de colegios y academias que no conozco; pero opino que es mejor para un niño beberse el aire de la

calle y recibir algunos sopapos de los hijos de los carniceros. Acaso por esto en las pequeñas poblaciones no existe ese odio irreconciliable entre burgueses y proletarios que observamos en las grandes ciudades.» Mas, aparte de los *sopapos* dados o recibidos al ir desde la escuela a su casa, situada en la calle del Rivero, intervino en las pedreas que los rapazucos de ésta sostenían con sus rivales de la de Galiana, ayudados unos y otros por los de algunos barrios; y en el estío, por el puente de San Sebastián y el malecón de las Huelgas, iban a bañarse en lugar solitario de la ría, donde un notable Fray Melitón evitó que la República de las Letras tuviera un príncipe menos.

Avilés será para no pocos la tierra de los jamones; sin embargo, don Armando no recuerda más cerdo que cierto Administrador de Correos «que se comía las sardinas crudas y entregaba las cartas abiertas. Pero este administrador no había nacido en Avilés.» La villa marítima será de continuo para él la de las hermosas mujeres, la de la jovialidad seductora, la de los bailes y músicas—«sanatorio oficial para neurasténicos»—la de las romerías continuadas, la del Campo Caín y la plaza de la Campa, la de la hermosa ría cruzada a todas horas por él y sus amigos en un bote, la apasionada del arte escénico, la de las rosquillas de Nepomuceno y *tabletas* y *crucetas* que se vendían en casa de la Morana, a cuyo azucarado influjo acaso deba «la flor de optimismo que, al decir de ciertos críticos, resplandece en sus obras», según se lee en *El Cuarto Poder;* la de la iglesia de San Francisco, en que se embelesaba oyendo el órgano y aspirando el incienso, y caminando en fila con otros niños en la procesión de la Cruz de mayo; la villa del melifluo profesor don Juan de la Cruz, que utilizaba para enseñar las primeras letras unas varas flexibilísimas; la del tremebundo Mamerto, zapatero librepensador

que, cuando Su Majestad besa a su hija, termina por gritar «¡Viva la Reina!»; la de ferias más famosas que los Juegos Olímpicos y los jardines en las calles el día de San Juan, y los paseos el de San Pedro en el exiguo Bombé—hoy hermoso parque—y las *giraldillas,* y, en suma, la del ocio y placeres del espíritu.

Ciudad del ingenio y de la gracia: leyendo al novelista, hemos creído detenernos en tus soportales, entrar en la librería de la calle de la Industria, a comprar un tomo, leer *La Tradición* con las noticias del Pretendiente, en el viejo café, amar a Martita y ver a María otear la ría de Nieva al Moral, mientras en la huerta de Elorza se embalsamaba el ambiente con las flores y en el puerto semejaba dormitar una docena de pataches y quechamarines de escaso porte...

Paréntesis delicioso en estos doce primeros años de su vida, fué el retorno, a los seis, a la aldea natal: Entralgo. Un día entero de diligencia, unas horas a caballo, y he aquí a nuestros viajeros deteniéndose de noche en la plaza del pueblo entre aldeanas y aldeanos que les dan la bienvenida.

¡Qué gozo al despertar y encontrarse en medio del Paraíso, donde cerezas, ciruelas y otras frutas, así como vacas, terneras y demás animales, parecían estar a su disfrute y servicio exclusivamente! «José Mateo, alcánzame...»; «José Mateo, móntame...»; José Mateo, cógeme...»; y José Mateo, el criado de los padres, «el hombre de las praderas», el que al ver el mar por vez primera exclamó: «¡Dios, qué prado!»; José Mateo le alcanzaba pomas, lo subía a las vacas y burros, le buscaba nidos. Aprendió a ordeñar y beber en la colodra la leche, dulce y sabrosa por la manzanilla y otros pastos aromáticos. Sabía clasificar aquéllas en *lechares, mantequeras* y *escosas*—sin jugo—. ¡Qué ternura en las líneas dedicadas a la venta de la *Salia,* en la

Pola, cuando el animal quedó con las ubres secas! ¿Y el ingenioso artefacto en que comía con Manola y su esposo Cayetano junto al lar? ¿Y la perrita, llamada *Peseta,* que se le escapó e hizo decir—equívocamente—a don Marcos, acaso la contrafigura de don Lesmes: «¡Ay, hijo mío, cuántas se me habrán escapado a mí!»?... De aquella suerte original del toreo, en el prado de Cerezangos, no hablemos más: el lector tiene noticia exacta. También de las reuniones de mujerucas en el comedor de la casa, después de cenar, y de las charlas lentas mientras hilaban las que no dormían. Con «el hombre de las praderas» aprendía a atar el heno y el helecho y montaba en las carretas rechinantes. Los domingos, a la misa a que acudía la débil madre montada a caballo; pasaban los labriegos con sus trajes de fiesta, separándose mujeres y hombres dentro del templo. El señor cura hablaba en la sacristía con don Silverio, insistiendo en sus argumentos contra San Nicolás de Campiellos, que iba entibiando la devoción por la Virgen del Carmen, Patrona de Entralgo. ¡Qué fiestas en su honor, santo cielo! ¡Qué procesión la de la Virgen, llevada en andas por las mozas; y la novilla de dorados pitones y cuello adornado con cintas, sujeta por un forzudo mozo; los cohetes, rayando el espacio; el tambor, la gaita y los panderos, llenándolo de sones armoniosos; los *ramos,* o armatostes que se vendían luego para el culto a la divina Patrona! A la salida de misa, al juego de bolos, y en él «las farsas de la aldea, groseras si se quiere, pero tan divertidas como las de la ciudad».

En verano, a bañarse en el río o a ver al padre y al mayordomo Cayetano coger truchas en el remanso de Cuanya, lo que había de inspirar lustros adelante uno de los cuentos mejores de nuestra literatura: el titulado *¡Solo!* Y a *ayudar* a los segadores, revolviendo o extendiendo la

yerba para que se secase. Con varas de saúco, ¡qué flautas más sonoras!; y con varitas finas de salguera, ¡qué primorosas jaulas! Cierto que como primorosas, las muchachas con cestas de ropa en la cabeza; o ataviadas de majo, con sartilla de corales en la garganta, dengues de paño negro con ribetes de terciopelo, justillo encarnado y camisa de blanco lienzo. ¿Y cómo olvidar los romances cantados en los bailes, las picudas monteras de terciopelo usadas por los *paisanos,* el vinillo de Toro que los arrieros de Castilla acarreaban por el puerto de San Isidro, ni las nasas de mimbre para pescar en las presas de los molinos?

Al fabricar la sidra, ¿cómo salir del lagar sin cerciorarse repetidamente «de la dulzura y bondad del caldo destilado»? Antes—casi innecesario es decirlo—, de continuo con las zagalas que cogían las pomas, ya que nadie mejor que ellas distinguían «la *reineta* del *repinaldo,* el *balsaín* de la *balvona*». Se esperaba algunos días a que «se sentara» el fruto; se preparaba el lagar; y se machacaba aquél con mazos en duernos de madera. Finalmente, ya sabéis lo que pasó: purgarse «sin pretenderlo». Se cortaba el maíz, en otoño; se colocaba en la vega formando pequeñas pirámides llamadas *cucas* y se acarreaba a las casas; por la noche solía haber, en los graneros, *esfoyazas,* «la faena de descubrir las mazorcas y atarlas en ristra»; se ayudaban unas familias a otras en este trabajo, que era a la vez fiesta, en los días en que el trébol y la madreselva perfumaban la brisa. Una de aquellas noches fué cuando los bárbaros mineros asustaron con sus disparos a los pacíficos vecinos.

Llovía suave y tozudamente. El niño se entretenía viendo amasar el pan, llenando el horno con árgoma, rezando el padrenuestro tradicional para que la cocción no se malograse. Las noches eran largas; no se podía salir al campo; las gentes pasaban horas y horas al pie del lar; oteaban el

cielo, meneaban la cabeza, pesarosas; llevaban el ganado al agua; se arriesgaban a cortar leña para el fuego o árgoma y helecho para cama de las reses; reparaban los aperos de labranza; remendaban las atarrayas para la pesca; hablaban de lobos o referían cuentos para aquietar a los niños; fumaban las viejas; se iba de reunión o *fila;* y, sentada en la tajuela, acaso alguna mocita pensaba en ofrecer al novio la cinta del justillo en tierno e intenso testimonio de amor.

Allí—venerable maestro—conociste a Demetria, alta, corpulenta, rubia, hermosa como Juno; a Flora, bajita, sonriente, morena, «con unos ojos que le bailaban en la cara, y tan sueltos ademanes que su cuerpo no tenía punto de reposo»; a la vieja Rosenda, pesadilla del Capitán don Félix; a don César de las Matas de Arbín, «el hombre más docto que había producido jamás el valle de Laviana», elegante dentro de su frac azul, de su pantalón con trabillas, y con sombrero blanco de copa alta; al enamorado don Lesmes, que sólo de un pelo—por no tener sino la *prima tonsura*—estaba «colgado» de la Santa Madre Iglesia; al tío Pablo de Canzana, el que ayudaba a morir a los vecinos y a quien el señor cura estuvo, durante hora y cuarto, llamándole «borrico, pollino, asno, burro, jumento, en fin, todos los sinónimos con que el idioma castellano cuenta para representar el mismo simpático animal», por haberse obstinado en que un moribundo repitiera: «¡Los espíritus malignos me acompañen!»

Cuando los «guerreros orgullosos» de Lorío vencieron a los de Entralgo, oíste sus palabras de triunfo: «Yo las oí desde mi lecho infantil, donde manos maternales me habían confinado contra mi voluntad desde bien temprano. Las oí y mi corazón quedó traspasado de dolor, porque he nacido en Entralgo, vergel precioso que dos ríos fecundan. Las lágrimas saltaban de mis ojos y mordía las sábanas

con rabia, ansiando llegar a hombre para vengar la afrenta de los míos.» Cuando los mozos de los altos de Villoria iban a la romería del Otero a vengar el *torgamiento* de Jacinto, nos cuentas que tu corazón infantil palpitó y que gritaste desde el corredor emparrado de tu casa: «—Nolo, ¿vais a zurrar a los de Lorío? ¡Llévame contigo!» Y, para no alargar estos recuerdos gratos, cuando viste pasar a Flora y Demetria, que dos días antes de la Virgen del Carmen se habían casado con sus novios, Jacinto y Nolo de la Braña, ¿qué es lo que hiciste? «Mis manos infantiles batieron las palmas y grité con toda la fuerza de mi pecho: «¡Vivan los novios!» —¡Adiós!—Me dijisteis, enviándome un beso.»

¡Era el beso del valle de Laviana a su hijo inmortal!

V

ADOLESCENCIA

EN OVIEDO.—LAS CLASES DEL INSTITUTO.—LOS PROFESORES.—LA «REVELACIÓN».—EL AMOR.—LOS AMIGOS MAYORES.—EL TEATRO, EL ATENEO Y EL CLUB REVOLUCIONARIO.—LA REVÁLIDA DEL BACHILLER.—NOTAS DEL EXPEDIENTE ACADÉMICO.—A MADRID.—«ADÁN EXPULSADO».

En el otoño del 1865—cuando, allá lejos, se sublevaban batallones y la revolución se encendía—Palacio Valdés fué enviado a Oviedo para estudiar la segunda enseñanza en casa del abuelo paterno, quien a los dos o tres meses cambió de domicilio, trasladándose al piso segundo de una vivienda recién edificada sobre la antigua muralla de la ciudad. Por más de cuarenta años allí vivió y allí murió casi toda la familia paterna.

Como urbe, Oviedo sólo se destaca sobre las más de las ciudades españolas por la torre de su catedral, «la más esbelta, la más armónica, la más primorosa de cuantas existen» en nuestra nación. «Oviedo alardea, con razón, de esta torre como una mujer fea se vanagloria de poseer copiosos y ondulantes cabellos.» Pero, al par, ofrece el atractivo de «su donaire malicioso». Un gobernador ramplón, un rector de Universidad tonto, un magistrado de entendi-

miento obtuso, un mentecato a quien hacen creer que va a ser nombrado obispo, y otros seres de su laya, eran burlados por los ovetenses con malicia despiadada y fina. ¡Admirable escuela de humorismo en que empapó su mocedad el gran humorista asturiano!

En el Instituto se estaba mejor que en la escuela; le hechizaba al nuevo alumno el ambiente de libertad que se respiraba y aquel designarse por los apellidos, en vez de por los nombres de pila; el tratamiento de «Señor...», en labios de porteros y bedeles, deslumbraba. Además, el dar las clases en el edificio de la Universidad, codeándose con estudiantes ya hombres, que seguían una carrera, era considerable; e igualmente el sonido de la campana y la salida de los catedráticos con birrete y toga. ¡Pues ahí era nada cuando el señor rector se dignaba de asistir a algún aula y se retrepaba en el sillón augustamente! «Nuestro catedrático se sentaba a su lado, humilde, reverente, eclipsado como un despreciable asteroide por aquel gran sol radiante.» ¡Pintoresco aparato con que nuestro joven parecía ascender varios grados «en la escala de los seres vivos»! Sobre todo, con aquellos maestros tan bonachones y simpáticos, sin excluir al de Religión, formidable párroco que rompía a menudo la mesa, cuando en ella descargaba sus puños, y que hizo perder a Palacio Valdés la confianza en sí mismo y desconfiar también del valor de las muchedumbres al ver al sacerdote entrar a empellones en el aula a los alumnos en cierta ocasión indisciplinados. «El exiguo catedrático de Retórica y Poética a su lado, vestido de toga, parecía el rey de Liliput acompañando a Gulliver.» Sus exclamaciones de «¡Ni en las enmarañadas selvas del Africa!»—«la manera más retórica y poética» de llamarles cafres u hotentotes—eran tan graciosas como los reproches a quienes confundían un pretérito con un supino en la am-

pliación de Latín. ¿Y la quinta que este estupendo señor poseía en una de las colinas cercanas? Tan pequeña que, según decían, «cuando el único grillo que la habitaba salía a cantar fuera de su agujero, el profesor se veía obligado a retirarse de la finca»; en ella—creamos a don Armando—el antiguo profesor de Griego imitaba a Horacio y a Cincinato alternativamente, descansaba como Títyro a la sombra de un árbol y libaba por demás del vino de la Nava en defecto del Falerno o del Siracusa; se extasiaba pintando a sus alumnos el *Beatus Ille* horaciano, y aun aquel Marius Curius les permitía beber agua del ánfora..., que era «un grueso y panzudo botijo, el cual, si tuviera vergüenza, que no la tenía, se ruborizara de oírse llamar de aquella suerte.» Consagremos una mención emocionada al secretario y catedrático de Geografía e Historia, que sabía propinar delicados puntapiés y pescozones, y ordenar al bedel que metiera a los jóvenes en la carbonera. Olvidemos, en cambio, a aquel otro irónico y bilioso que no supo hacerse querer...

En el Instituto tuvo al terminar el primer mes una inefable alegría: la de verse en el Cuadro de Honor, en el cual se colocaban los nombres de los más distinguidos escolares. «Fué una revelación: fué la voz que le gritó a Lázaro: «¡Levántate!» Mi padre estaba equivocado. Yo no era un ser inepto.» Lo hubiera sido, probablemente, de no estimarlo así don Silverio, el gran padre. Maleficio que parecen echar sobre sus hijos los progenitores que hacen creer a los suyos que van a iniciar, con su labor y talentos múltiples, nuevas eras en la cultura patria.

El amor no podía faltar en quien, si bien vivía con una vieja solterona que odiaba cuanto a asunto galante se refería, tenía la suerte de que la otra de sus tías fuera «la más devota y respetuosa adoradora de Cupido que jamás se

viera». Primeramente, la linda vecinita de catorce o quince abriles y las amiguitas de la misma edad que con ésta se solazaban: ¡qué tiernos y maternales cuidados con el jovencito, a quien atusaban el cabello y anudaban con primor la corbata y besaban castamente; besos que no le producían «frío ni calor»! No así los que, en burla e imitación, le propinaron los galanteadores de *las tres gracias* para hacerlas reír. Después, aquella niña de ojos negros a la que había conocido y con la que jugó en la playa de Luanco: ¡qué apuros para entregar las cartas, más que para escribirlas!; ¡qué choque tan feroz con el rival en los claustros universitarios! A poco, románticamente, bajo el influjo de Clorinda, la de *La Jerusalén libertada,* la apuesta hija de un ebanista, nena majestuosa que le *solfeó* muy lindamente. Más tarde, seducido por la música a que los de Oviedo son tan aficionados, sobre todo después de haber trasegado unos vasos de sidra; o en la bonita playa arenosa vecina de la de Avilés; o en aquel verano que pasó en la aldea natal entre el cuarto y quinto curso del bachillerato... Mas dejemos estos misterios suavemente inefables.

Al tercer año de estudiar para bachiller, entabló amistad con unos cuantos muchachos que iban a terminar la segunda enseñanza. Intimó, especial y cordialmente, con dos de ellos: Tomás Tuero y Leopoldo Alas. Tuero, periodista después, fracasó por su apatía y situación precaria; mas «poseía un gusto más refinado y mayor instinto poético»; Leopoldo Alas, el literato y crítico famoso, «era de un ingenio más vivo, más fecundo y, desde luego, mucho más aplicado al estudio». Paseaban y asistían juntos al teatro, discutiendo siempre, aprendiendo unos de otros, escandalizando a los pacíficos transeuntes o absortos espectadores con sus alborotadoras pugnas gramaticales o de retórica. Leopoldo Alas ya derramaba su cultura en *Juan Ruiz,* pe-

riodiquito que para él solo escribía, o en los trabajos que enviaba al *Gil Blas,* de Madrid, donde Sánchez Pérez, Roberto Robert y Luis Rivera no podían imaginar que alternaban con un niño de quince años. Tuero disertaba amenísimamente acerca de la belleza o ponía glosas humorísticas a cuanto con ella se relacionaba: «doctor infalíbilis» era designado por Palacio Valdés. Y éste, sin vocación por la crítica entonces, pensaba en ser un hombre de ciencia... Al fin, en casa de dos cubanos enviados a estudiar en Oviedo, fundaron un teatro y un Ateneo últimamente. Las mañanas domingueras eran dedicadas a leer disertaciones sesudas, cuentos, ensayos y poesías. Si las razones no bastaban, los niños acudían a los golpes... como los hombres. Los sabios ateneístas imitaban... sin proponérselo, a los de las asambleas doctas. Fué disuelto aquél. ¡Lamentable final del que «tanta influencia ha ejercido en los destinos de Europa»... aunque esto haya pasado inadvertido!»

Don Armando Palacio Valdés también conoció un Club revolucionario. «Acaeció—nos cuenta a sus lectores—que una noche nos acostamos esclavos los españoles y amanecimos libres. Unos generales filántropos desembarcados en Cádiz fueron los encargados de romper nuestras cadenas. Marcharon sobre Madrid, derrotaron en el camino a las tropas del Gobierno y entraron en la capital a los acordes del *Himno de Riego.*»

Fué, en efecto, la revolución de setiembre del 1868, en que prevalecieron las ideas democráticas. «No se pensó de pronto—afirma Pi y Margall, en su trabajo referente a *Amadeo de Saboya*—en levantar un trono, sino en reconocer y afirmar las libertades del pueblo.» El brigadier Topete preparó y dirigió el movimiento revolucionario; lo inició la escuadra surta en Cádiz; la ciudad abrió sus puertas al general Prim, que estaba en uno de los buques. Po-

cos días después el general Serrano vencía al marqués de Novaliches, que mandaba las tropas del Gobierno, el de González Bravo desde la muerte de Narváez. Se organizó un Gabinete provisional, que reunió Cortes Constituyentes: en ellas brillaron Manterola, Monescillo, Castelar, Montero Ríos... Regente de la Nación era el duque de la Torre; Prim, el presidente del Consejo de Ministros... Está próxima la Constitución del 1869...

Las ondas sonoras del *Himno de Riego* se extendieron por toda España. Palacio Valdés las advirtió con acompañamiento de cohetes. Vió a la muchedumbre con banderas, gritando ¡vivas! a la libertad. Aquí de la lógica, o no sirve para nada en este mundo: «Si hay libertad—me dije inmediatamente—, hoy no tendremos cátedra. Y me alegré del triunfo de la libertad.» Los alaridos de «¡Abajo las testas coronadas!» no le desagradaron por lo de «testas»; el espectáculo de arrastrar por las calles atado del cuello el busto en bronce de la reina doña Isabel, busto que todos los días veía en el patio de la Universidad, le causó repugnancia; el tener que seguir estudiando sus lecciones le enfrió un poco el «ardor democrático»; el *Himno,* demasiado *Himno;* el Batallón de la Guardia Nacional, majestuoso, ni «las hordas de los hunos capitaneadas por Atila»; y Tuero, marchando con fusil a retaguardia, separado del resto de la fuerza, con sus rubias melenas flotantes y sus diez y seis años..., lo mejor de la Revolución. ¿Lo mejor? Acaso lo más interesante fueran el Club y sus incontables oradores. ¡Sombras de Mirabeau, Danton y Desmoulins! Se evocaban vuestros nombres, se repetían vuestras frases, se remedaban vuestras actitudes, se imitaban vuestros gestos. Don Armando conserva en la memoria algunas, de las que copiaban de los franceses: «Id y decid a vuestro amo...», «el pueblo es eterno», «la estatua de la libertad no

está aún vaciada: ¡el metal está hirviendo!», «Os recuerdo el pudor..., si es que lo tenéis», «¡Pido que me asesinéis!»; y... ¡horror!... dieron dos puntapiés y echaron a la calle al oficial de sastre que gritó lo que el pintor David en la Convención. Aquello parecía «una representación casera del *noventa y tres*».

A nuestros mozos los consideraban, los respetaban aquellos buenos hombrachones que habían tomado por lo trágico lo de la Revolución. Hasta que empezaron a hacerse sospechosos por unitarios; entonces los federales trocaron el afecto en odio. El grabador que leía, emocionado, a la Asamblea las *Palabras de un creyente,* de Lamennais, no podía más... Fueron expulsados. Al salir, uno de ellos—por no perder la costumbre—clamó tal que Danton en la guillotina: «¡Nos cortáis la cabeza, pero no nos cortáis la cola!» El Club entero, minutos antes hirviente de silbidos y protestas, se sintió sobrecogido.

Con las glorias se fueron las memorias, las memorias del Latín; las glorias fueron el estudio de los libros de Facultad, en el quinto año del bachillerato, en vez de repasar los textos de cursos anteriores para la reválida o examen general. ¡Malhadada *Economía Política,* tan seductora! ¿Por qué se le ocurriría adelantar su aprendizaje? Si lo suspendían, «¡adiós Madrid!, ¡adiós vida alegre, independiente!, ¡adiós relaciones del capital y el trabajo!» Se decidió a visitar a su romántico profesor, no en su fundo, sino en su casa de la *urbs*, «que era vieja, obscura, y que tenía un olor clásico a ratones bastante pronunciado.» Conque el ejercicio... perfectamente; conque bien preparado... ¡Ah, no?... «¡Abandonar el hermoso idioma del Lacio!», «¡La lengua de Marco Tulio y Quintiliano!», «¡La lengua meliflua de Tibulo y Propercio!», «La lengua de Escipión el Africano!» «Yo estaba desesperado de haber ofendido a

aquellos ilustres varones, pero la cosa no tenía remedio», confiesa don Armando. Y lo peor es que no lograba filtrarse por la pared, como deseaba. Entonces, la suprema resolución, cual si dijéramos el *¡Alea jacta est!:* «¡Vaya unas patatas que recoge usted en su finca del Naranco!...» ¡Abrete, tierra! Mas—suprimiendo pormenores—¿qué es lo que escucha el atolondrado mancebo? Nada menos que estas palabras inmortales: «¡Maravillosas!—exclamó con énfasis—. Ni las más dulces de la Campania, ni las más farináceas del vecino reino de Castilla las sacan ventaja.» Fué la salvación del estudiante: «Quintiliano y Escipión el Africano debieron de estremecerse con indignación en sus tumbas.» El pequeño Armando se hizo bachiller, aprobando los ejercicios que epilogaban a la sazón la segunda enseñanza.

Cuatro planes de estudios debió de conocer: el del 1861, con arreglo al cual empezaría, en que el bachillerato constaba de cinco cursos; el del 1866, con dos períodos de tres sendos años; el del 1867, con la misma división, y el del 1868, en que las asignaturas se agrupaban con Latín o sin Latín.

El publicista y catedrático de Geografías e Historias en el Instituto de Oviedo, don Acisclo Muñiz Vigo, nos ha facilitado amablemente notas del expediente que de don Armando Palacio Valdés se conserva en aquel centro de enseñanza, desde la instancia del interesado fechada en Avilés el 13 de setiembre del 1865, solicitando del director del Instituto de la capital recibir la enseñanza secundaria como doméstica en la villa nombrada, bajo la dirección del licenciado don Manuel García Buría, hasta la instancia de don Silverio, el padre, el 10 de junio del 1874, para que se le expida a su hijo el título de bachiller y un certificado en que conste haberse extendido dicho título. El primer documen-

to va acompañado de la fe de bautismo, refrendada por el cura ecónomo de la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Entralgo, del Arciprestazgo y Concejo de Laviana. Entre aquellas dos fechas constan: que el 10 de setiembre del 1865, Armando Palacio Valdés solicita del alcalde de Avilés, por medio de instancia, que se le designe profesor ante quien examinarse de las diferentes materias de la primera enseñanza elemental; dos días después las aprueba ante don Maximino Romano Alvarez. El curso de 1865 a 1866 presenta en el Instituto instancia de matrícula para las asignaturas de Gramática latina y castellana (1.er año), Principios y ejercicios de Aritmética, Doctrina cristiana e Historia sagrada, siguiendo sus estudios de enseñanza doméstica con el profesor don Manuel García Buría. El curso de 1866 a 1867 estudia 2.º año de Gramática castellana y latina en el Instituto. De 1867 a 1868, las asignaturas del tercer año del primer período, lo que parece indicar seguimiento del plan de estudios del primero o del inmediatamente anterior. De 1868 a 1869, las asignaturas del primer año del segundo período, o sean, Geografía e Historia general, Aritmética y Algebra, Fisiología e Higiene, e Historia de España. El 28 de mayo del 1870 solicita Física y Química, Geometría y Trigonometría, Fisiología e Higiene, Historia Natural, y Psicología, Lógica y Ética. El 31 de agosto aparece solicitando tres de estas asignaturas, de que no se examinaría antes: Geometría y Trigonometría, Fisiología e Higiene y Psicología, Lógica y Ética. Posteriormente se le expide certificación de haber aprobado las asignaturas que constituyen a la sazón el bachillerato en Artes, con el fin de continuar sus estudios.

El 1.º de octubre del 1870, tres días antes de cumplir los diez y siete años nuestro bachiller, don Silverio Palacio acompañó a su hijo a Oviedo. El joven iba a Madrid, para

estudiar una carrera facultativa. Se dirigía en coche hasta La Robla, más allá de León, en donde empezaba el ferrocarril. Salía aquél por la noche de la plazuela de la Catedral ovetense, en que se hallaba la casa del Correo. Primeramente dice que el vehículo era silla de posta; después, que diligencia.

Don Julio Nombela, el ancianito de *Impresiones y Recuerdos,* nos los ha descrito en el primer tomo, así como las galeras aceleradas. Las sillas de posta solían hacer el servicio de comunicaciones y las había igualmente para alquilarlas a quien quisiera; las ocupaban personajes, y empleados de Correos que iban gratis cuando había asientos vacíos. Las diligencias eran coches de gran tamaño, divididos en berlina, interior y rotonda; las había con *coupé*—los asientos más baratos—, delante de la baca, en que se acomodaban los equipajes. Las galeras aceleradas iban... muy lentas; se llenaba la bolsa de impedimenta y mercancías; sobre éstas colocaban uno o dos colchones para los viajeros, que entraban por delante y se sentaban unos enfrente de otros; ocupaban la parte de detrás bultos y baúles; colgaban de los aros del techo cestas y botijos; a los lados exteriores de la galera, «para aprovechar el espacio y hacer contrapeso», nuevos bultos y mercancías cubiertos con lona o hule negro; y delante, el pescante, con el mayoral y el zagal, alguna señora que se mareaba, algún amigo de los que no faltan nunca...

En silla de posta o diligencia—en diligencia probablemente—el joven marchaba hacia Madrid. La ilusión soterraba la tristeza; no derramó, pues, lágrimas de despedida; oyó las diez campanadas del reloj de la torre sin ningún sentimiento. Atrás quedaban su niñez y adolescencia; al tocar la cumbre de Pajares les dijo adiós. Allá abajo le esperaban «la casa de huéspedes sórdida, la indiferencia des-

deñosa, la hostilidad irracional, el placer sin alegría, el pecado, el remordimiento...»

La tierra natal era el Paraíso, y él se vió cual expulsado. En la obscuridad de la berlina se sintió estremecer. «¡Adiós! ¡Adiós! Adán salió del Paraíso.»

VI

LECTURAS

SORPRESA PARA LOS SABIHONDOS.—VULGARIDAD ENCANTADORA.—SONRIAMOS DE LOS INMORTALES.—LAS NOVELAS POR ENTREGAS.—ROMANTICISMO.—FOLLETINES.—ESPRONCEDA, ÍDOLO DE PALACIO VALDÉS.—HOMERO, TASSO Y CAMOENS.—LIBROS CIENTÍFICOS.

Adrede dejamos para ahora estas páginas, gratamente inevitables al tratar de un escritor, y más aún de un escritor tan considerable como don Armando. Él mismo, al avanzar en la escritura de su libro autobiográfico, reflexiona en si se habrá preguntado el lector: «Pero este novelista que nos da cuenta de su infancia, ¿cómo nada dice de sus impresiones literarias, de la influencia que sobre su espíritu ejercieron los primeros libros que cayeron en sus manos?»

¡Ah, éste es el talón de Aquiles! Porque nuestro Palacio Valdés no puede hacer las revelaciones asombrosas de tantos compañeros elegidos o sabihondos: «Bien me apetece decirte, como algunos de mis colegas, que a los siete u ocho años leía asiduamente la Biblia, me entusiasmaba con Homero y de vez en cuando para desengrasar me echaba al cuerpo una tragedia de Sófocles.» ¿Qué trabajo costarían estas declaraciones cándidamente hiperbólicas? ¿Por qué

no apuntar rasgos de ingenio, repentes felices, originalidades extremas, y cuanto, en suma, pudiera mostrar que en el niño y joven ya se iniciaba la razón de la fama que el hombre había de alcanzar? En nuestro mozo no se presentía nada; los sesudos varones, desilusionados, fruncirán el ceño despectivamente al repasar estas líneas.

Palacio Valdés se dedicaba en su infancia—¡horrorizaos!—a coger grillos, cazar avecillas, jugar a los botones con los amiguetes y pegarse con ellos algunos puñetazos y pedradas. Lloraba, ¿románticamente?; no, no, porque le pegaba el maestro. Se desesperaba, ¿por no tener un nombre más raro?; al contrario, porque no le hubieran puesto Manuel, Pepe o Antonio. Se arrugaba el trajecito nuevo por no llamar la atención de los demás. Y a fin de remedar lo hecho por su padre cuando niño, arrojó un pedazo de pan con manteca y azúcar que para Armando era manjar de dioses: «Me parece que no se puede llevar más lejos el espíritu de imitación.»

Leer... El pequeño se hubiera sonreído de Homero, Shakespeare y aun de Miguel el alcabalero, de haber tenido a la sazón noticia de la vida y obras de estos inmortales. ¿Cómo poner a par de ellos—sin obrar a tontas y a locas—a doña María del Pilar Sinués de Marco y al señor Pérez Escrich? ¡Claro es!, pensarán algunos. No tan claro; los perdidosos en el paralelo trazado hubieran sido estos últimos ingenios... El niño disentía, sin proponérselo, de los académicos e historiadores de literatura; y—aventurémonos a afirmarlo—tenía razón. ¡Aquella novela sin par, titulada *El Cura de Aldea;* las leyendas de *La Ley de Dios*—que él no cita, pero que suponemos sería el volumen que de doña María le deleitaba—; *Los siete niños de Écija,* de Fernández y González, más bravos que los caballeros andantes que en el mundo han sido!... A ver, quién ha goza-

do con *La Ilíada* más que él con *Los tres Mosqueteros...* «Y entonces, ¿qué?...»

Los abastecedores de Gaspar y Roig, Guijarro, Manini y demás editores de las novelas por entregas, eran sus héroes admirados. Aquellos cuadernos semanales que todos hemos acechado—aun en sus postrimerías—a que aparecieran por debajo de la puerta, le parecían más exquisitos que la poesía de los *Cancioneros;* y si hubiera conocido, pongo por caso, las agudezas, fantasías y aventuras del autor de *Men Rodríguez de Sanabria,* lo hubiera diputado por el padre de la novela de todos los tiempos pasados y futuros. Después de amistar en la literatura con los bandidos, intimó, por mediación de Chateaubriand, con los pieles rojas: Celuta, Outugamiz y Chactas eran a modo de compañeros inseparables. Esto contrariará a quienes anhelaran que nuestro autor hubiese preferido la música de Haydn, Mozart y Beethoven a la de ciertas zarzuelas; mas entonces, «la casi totalidad de los humanos bajaría al sepulcro sin haber gozado los placeres inefables que el arte proporciona». Un crítico—advierte páginas adelante—examinará una obra artística con primor, pero no gozará lo que un adolescente de imaginación despierta; por lo cual nos aburre en la edad adulta lo que lustros antes nos divirtiera y aun embelesara.

Durante la segunda enseñanza leyó lo que le trajo el azar, «no una mano discreta». El padre no se preocupaba de esto; se reía de los preceptos pedagógicos. Le sucedía lo que, en Lógica, a Ribera, Ramón y Cajal, y Gómez Izquierdo, nuestro maestro insigne: «Quien ha nacido tonto, tonto será toda su vida», vienen a afirmar asimismo estos pensadores. La Providencia debió de andar, no obstante, en esas lecturas para evitar consecuencias lamentables. Si no, ¿qué hubiera sucedido, leído que fué Ponson du

Terrail? Bulwer Lytton ya era otra cosa. Y Espronceda.

Espronceda continúa siendo uno de los ídolos de don Armando Palacio Valdés. El iconoclasta que, en cierta edad, hay en todo hombre no pudo romperlo. Ensalza el *Canto a Teresa,* «la página más armoniosa y vibrante que ha producido la lírica española», y lamenta que esta «nuestra España fría» no haya rendido todavía al poeta el tributo merecido, muy otro del burlesco que Eugenio D'Ors propone en su *Glosari.*

Homero, traducido por Hermosilla, no le disgustó, aunque muchos, que no conocen al traductor—ni comparten la opinión de Valera, en su estudio de Ventura de la Vega, donde estima esa traduccion harto injustamente maltratada y más fiel que la italiana de Monti—, aunque muchos se hayan ido transmitiendo denuestos en honor del segundo: las diosas hicieron pagano al joven durante unos meses. En cambio, los ángeles y arcángeles de *El Paraíso perdido* a poco si le quitan la fe en las doctrinas cristianas. De pagano, a islamita: como siempre acaece en estos grandes sucesos, fué culpable una mujer: Clorinda, la de *La Jerusalén libertada,* del poeta de Sorrento. En la realidad, esta heroína se corporizó en aquella hermosa joven que le *solfeó* sin piedad y que era un poco hombruna. De la hija del carpintero, queríamos decir de la mujer intrépida creada por el Tasso, pasó al *Orlando furioso* del Ariosto, de divertidas aventuras. *Os Lusiadas,* de Camoens, cuyo es el centenario que acabamos de celebrar, no dejó en don Armando grata impresión: estos lusitanos, con quienes conversaba a la lumbre navideña, le ocasionaron una oftalmía al hacerle salir al frío.

Con la afición literaria corrió paralela la que le suscitaron los libros científicos. Tal es la verdad, aunque en Londres haya comentado un periódico: «¡Amante de la filoso-

fía un hombre que escribe una novela todos los años!» Acerca de esas paradojas, de que escribió lindamente, hubiera podido responder don José Echegaray poco antes de morir; y el gacetillero inglés no hubiera perdido el tiempo con leer *Motivos de Proteo,* del gran uruguayo José Enrique Rodó. El *Doctor Angélico,* esto es, don Angel Jiménez, no nos dejará mentir con sus *Papeles,* dados a la estampa por Palacio Valdés. Cuando circunstancias ignotas llevaron al gran literato a escribir novelas, asegura que se juzgó dislocado: «y toda mi vida experimenté el vago sentimiento de haber sufrido una *capitis deminutio.*»

Prescott, Solís, Guizot, César Cantú, Hugo Blair, Julio Simón, y tantos más, fueron los autores dilectos. Alguno de sus libros resolvió aprenderlo de memoria. Sufrió la indigestión de síntesis histórica que era de moda por aquellas calendas. Al presente—respetable maestro—tales *galopes* brillantes sirven para triunfar, como antaño: «todo es uno y lo mismo.» A Guizot no se le leerá, pero se le plagia. Hace usted bien en no reírse cuando tropieza con el tomo de la *Historia de la civilización europea.* Los grandes hombres saben comprender siempre. Éstos no se burlan nunca de las primeras ni de las segundas lecturas de los humildes, ni de los que volaron en alas de la fama.

VII

EL AMBIENTE POLÍTICO DESDE 1870

DON ARMANDO LLEGA A MADRID.—SUCESOS EN EUROPA.—EN ESPAÑA: GUERRA SEPARATISTA.—PRIM.—DON AMADEO DE SABOYA.—CASTELAR IRASCIBLE.—LA REPÚBLICA.—LA RESTAURACIÓN.—ÍNDICE HISTÓRICO.—PALACIO VALDÉS REFRACTARIO A LA POLÍTICA.

A primeros de octubre del 1870, cuando el joven Armando llega a Madrid, habían acaecido en Europa, recientemente, dos sucesos de gran resonancia: el 19 de julio Francia declaró la guerra a Prusia, a que siguió el tratado de Francfort el 10 de julio del 1871; y el 20 de setiembre de aquel año el Papa Pío IX ordenó capitular ante las fuerzas de Víctor Manuel; al siguiente, por la Ley de Garantías, se reguló la situación del Pontífice.

Don Antonio Cánovas del Castillo, a la sazón Presidente del Ateneo (1870-73), comentó en el primero de sus cuatro discursos inaugurales estos acontecimientos que tanto le habían impresionado.

En España el ambiente no era propicio a las tareas de paz y cultura. Ardía la guerra separatista, primera de las tres que habían de enlutarnos, iniciada el 9 de octubre del 1868 por el hacendado don Carlos Manuel de Céspedes, en su ingenio de Demajagua, junto a Yara, y que había de

durar hasta febrero del 78, en que el general Martínez Campos ajustó la paz de Zanjón. En junio del 79, y por un año, la «guerra chiquita», que Polavieja no dejó hacerse grande, circunscrita a la provincia de Santiago de Cuba. La tercera guerra, en que perdimos las Colonias, comenzó el 24 de febrero del 1895; y el 1.º de enero del 1899 se entregó el mando al jefe del ejército norteamericano.

Por lo que se refiere a la Península, recordemos que páginas atrás dijimos cómo Palacio Valdés asegura «que una noche nos acostamos esclavos los españoles y amanecimos libres». Eran «unos generales filántropos» los que nos habían proporcionado la revolución setembrina del 1868. El 1.º de junio de 1869 las Cortes Constituyentes redactaron y sancionaron una nueva Constitución. En ella, «La Nación Española, y en su nombre las Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal, deseando afianzar la justicia, la libertad y la seguridad y proveer al bien de cuantos vivan en España, decretan y sancionan la siguiente...»

El 30 de diciembre del 1870 moría el héroe de los Castillejos, herido en la calle del Turco la noche del 27, desapareciendo así una de las energías españolas de aquella época. Palacio Valdés se hallaba aquella noche en el teatro de Variedades; nevaba mucho; él y sus amigos corrieron, a pesar de todo, desde la calle de la Magdalena para ver el sitio donde se advertían las huellas de los proyectiles que acabaron con el general Prim... Presenció la entrada de don Amadeo de Saboya en la Villa y Corte; entró a caballo, «fría la atmósfera, cubiertas de nieve las calles, caliente aún la sangre del general...», como Pi y Margall la describe. El Rey juró la Constitución el 2 de enero; se sucedieron el Ministerio de conciliación de Serrano, el radical de Ruiz Zorrilla, los constitucionales de unionistas y conservadores progresistas, Malcampo, Sagasta, Serrano, y de

nuevo el de don Manuel Ruiz Zorrilla. El buen caballero se cansó: el 11 de febrero del 1873 renunciaba hidalgamente la corona. La contestación, en elevados términos, de la Asamblea Nacional a tal renuncia iba firmada por el presidente, don Nicolás María Rivero; y por los secretarios, don Federico Balart, don Pedro Moreno Rodríguez, don Eduardo Benot y don Cayo López. A los deseos de paz y ventura y a las protestas de amor «a esta España, tan noble como desgraciada», hechas por quien nunca tuvo ambición ni pretendió imponerse por la fuerza, se respondió con la promesa de que el pueblo ofrecería al Duque de Aosta, mientras estuviera en nuestro suelo, «muestras de respeto, de lealtad, de consideración», y, pasada la crisis, «la dignidad de ciudadano en el seno de un pueblo independiente y libre». Los atropellos y violencias en las elecciones del 1872 fueron el pretexto que utilizaron los carlistas para alzarse en armas por cuatro años, renovando las luchas del 34 al 39.

Cuando don Amadeo abdicó, se reunió el Parlamento con el fin de decidir. La muchedumbre rodeó el palacio del Congreso, pidiendo, *exigiendo* a gritos, que se proclamara la República. «Yo estaba entre aquella muchedumbre—escribe el novelista al autor de estas páginas—. Era de noche. De pronto se abrió una de las ventanas del cuarto bajo y apareció en pie Castelar, cuyos espejuelos brillaban. En los términos más violentos que usted puede imaginarse nos ordenó que nos retirásemos de allí. Todo el mundo bajó la cabeza y se marchó. ¡Poder de la elocuencia!»—termina exclamando Palacio Valdés, que, andando el tiempo, había de ser uno de los más fieles amigos particulares del gran tribuno, a quien pone siempre sobre su cabeza, diputándole por el corazón más grande que hubo en la política.

Proclamada la República, fué nombrado Presidente del Poder ejecutivo don Estanislao Figueras; el 11 de junio pasó la Presidencia a don Francisco Pi y Margall; el 19 de julio fué reemplazado por don Nicolás Salmerón, y el 8 de setiembre le sucede don Emilio Castelar. En la madrugada del 3 de enero del 1874, el capitán general de Castilla la Nueva, don Manuel Pavía, disolvió la Asamblea violentamente. Los generales Serrano y Zabala, así como Sagasta, son los jefes de los Gobiernos que preparan el reinado de don Alfonso XII.

La «nueva era» que se abrió en España y en que «la Europa entera» nos contemplaba, según Salmerón, se cerró bien pronto. «Por cada hombre leal he encontrado diez traidores; por cada hombre agradecido, diez ingratos; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos. Volvía los ojos a mi partido, y no veía sino dudas, vacilaciones, desconfianzas, cuando no injurias; los volvía a los partidos enemigos y no los hallaba dispuestos más que al ultraje y la calumnia», escribía el 20 de marzo del 1874, haciendo la historia de la República española, el segundo de sus presidentes. Las traiciones destronaron en verdad a don Amadeo; las traiciones derrumbaron el nuevo régimen. ¡Siempre lo inconfesable, lo subterráneo, estorbando la obra duradera en la triste España!

El 29 de diciembre Martínez Campos se pronunciaba por don Alfonso XII en los campos de Sagunto. Jovellar, capitán general de Valencia, no se había opuesto al movimiento; Primo de Rivera expuso al ministro de la Guerra, general Serrano Bedoya, y después a Sagasta, presidente del Consejo, la adhesión de la guarnición de Madrid a la nueva causa... El 14 de enero del 1875 entra en la corte don Alfonso XII; como don Amadeo, va a caballo; mas el en-

tusiasmo que despertaba aquél, contrastaba con el recuerdo de la frialdad con que se acogió al duque...

Cánovas del Castillo gobierna cuatro veces durante ese reinado; venía—según frase célebre—a continuar la historia de España. Hasta la Regencia presiden el Gabinete cuatro prohombres más... El 30 de junio del 76 se promulga la Constitución. El 25 de noviembre del 1885 fallece el Rey. Asume la Regencia su segunda esposa, doña María Cristina. El 17 de mayo del 86 nace don Alfonso XIII. Cae asesinado Cánovas del Castillo en «Santa Águeda» el 10 de agosto del 97. En 1902, de acuerdo con la ley fundamental del Estado, el Monarca llega a la mayor edad.

Los sucesos de la Regencia y los posteriores son más conocidos o menos olvidados: Exposición Universal en Barcelona, promulgación del Código Civil, revolución campesina en Jerez, luchas en Melilla, insurrección en Cuba, atentados anarquistas en la capital de Cataluña, pérdida de las Colonias, Tratado de París...

Todo ello acaeció durante la juventud y edad viril del novelista que es hoy anciano venerable. Aquélla le salvó de intervenir en las luchas políticas, siempre acedas; la falta de ambición evitó que en la segunda le arrastraran la atracción de Castelar y las reiteradas manifestaciones afectuosas de Romero Robledo. España perdió un hombre público, de mérito sin duda; mas conquistó para la inmortalidad un novelista. Y el biógrafo ha considerado indispensable esbozar el ambiente político en que ha vivido Palacio Valdés, afianzado de continuo en no quemar las alas de su ilusión en tantas hogueras como brillan en el último tercio del siglo pasado.

VIII

EN LA UNIVERSIDAD

EN LAS CASAS DE HUÉSPEDES.—LOS CATEDRÁTICOS DE LA UNIVERSIDAD.—LAS DOS CARRERAS.—«MORET NO VIENE».—CÁTEDRAS QUE DESEMPEÑÓ DON ARMANDO.—LA VISITA DEL PROVINCIANO.—EL FALLECIMIENTO DE LA MADRE.

Llegado a Madrid, Armando Palacio Valdés se instaló en una casa de huéspedes; sucesivamente conoció varias, alguna de las cuales fué descrita tiempo adelante en los *Años de juventud del Doctor Angélico.* El deseo bonachón de convivir con amigos y paisanos le llevó a habitar en alguna ocasión junto a la Facultad de Medicina, habiendo de atravesar medio Madrid para ir desde «San Carlos» a la Universidad Central.

Palacio Valdés estudiaba y apenas se ocupaba de literatura; sólo accidentalmente «jugó» a ella; la hacía motivo de conversaciones con los camaradas, pero sin pensar en ser su siervo ni en convertirla en afán de gloria.

De aquella edad riente conserva el recuerdo de algunos profesores; hombres ilustres, no pocos de los cuales se perdieron para los más en el olvido; Pisa Pajares explicaba *Derecho Romano;* Colmeiro, *Derecho Político;* don Augusto Comas y don Benito Gutiérrez, los cursos de *Derecho*

Civil; don Segismundo Moret, *Hacienda Pública,* y don Vicente Lafuente, *Disciplina Eclesiástica.*

Al par que la de Derecho siguió la carrera de Administración, para la que únicamente había que ser aprobado en pocas asignaturas más: la de Moret, la de Figuerola, que explicaba *Derecho Político Comparado;* la de Arnao, que era profesor de *Derecho Mercantil Comparado* asimismo.

Cuando le correspondió estudiar la asignatura de Moret, tardó algunos días en ir a clase.

—Don Segismundo no viene—le dijo un compañero—, quien entra es un Auxiliar.

Y, en efecto, al empezar el profesor a disertar de algo tan ameno como los montes del Estado, el tema se poetizaba, se embellecía, se hacía bucólico en labios de aquel hombre, en plenitud de arrogancia y maestría oratoria, que hablaba de los árboles que servían para nuestra cuna, para tálamo de cariños, para acoger nuestros restos mortales... Porque era Moret, el de los floridos discursos, y no un Auxiliar cualquiera, quien peroraba; y «el compañero», cuyo nombre omitimos, no se había enterado...

No concluída aún la carrera de Derecho desempeñó interinamente, por la amistad de Carreras y González, la cátedra de *Economía Política* que este señor profesaba en la Escuela Mercantil del Instituto de San Isidro. Bastante después tuvo a su cargo en Oviedo, durante un invierno, la de *Derecho Civil:* estaba al frente de ella, en calidad de profesor auxiliar, el señor Aramburu; y mientras éste iba a la corte, para actuar en oposiciones, Palacio Valdés—que entonces tenía como ilusión suprema ingresar en el profesorado—fué el que hubo de sustituirle... Sin embargo, de estos dos casos no pasaron sus tareas en la enseñanza... por fortuna; por fortuna para las Letras; de igual suerte

que fué una bendición que se resistiera a la política. Catedráticos y políticos no faltan; novelistas como Palacio Valdés no sobran.

Donde sí pareció sobrar fué en una visita que hizo a cierto señor que—digámoslo por nuestra cuenta—ya había pasado de los cincuenta y que se distinguió por sus estudios acerca del teatro español del siglo XVI, por la edición de ciertas *Farsas y Églogas*, y por una balada que, según los críticos, recuerda la delicadeza de los *lieders* germánicos. Refiere el hecho en la «Confidencia preliminar» de sus *Páginas escogidas* con discreción suma, al censurar el lenguaje rebuscado de ciertos escritores seudoclásicos: «Recuerdo que cuando llegué a Madrid siendo un adolescente, fuí a visitar, por encargo de mi familia, a un conocido escritor erudito y bibliófilo en cuyo salón hallé a otros tres o cuatro sujetos de sus mismas aficiones. Estaban leyendo, con mucha algazara, la carta de un amigo, y apenas si hicieron caso de mí, como puede suponerse.—«¡Qué donoso!»—exclamaba uno.—«¡Qué regocijado!»—respondía otro.—«¡Qué bien que da en el hito nuestro amigo!—apuntaba el tercero.—«¡Es cosa para mucho holgarse!»—añadía el cuarto.»

»Yo creía hallarme en un baile de máscaras.

»Estos disfraces aún continúan. Los avisados ríen, pero el vulgo queda deslumbrado. No se es Quevedo por ponerse las antiparras de Quevedo. Cuando tomo en las manos un libro de estos flamantes clásicos, me parece estar viendo desfilar una cabalgata histórica. ¿En qué fabla me fabladés, infanzones? Ellos podrán decir: «No tenemos ingenio, ni amenidad, ni ciencia, ni gracia, ni observación, ni sentimiento; pero tenemos lenguaje.» Si aquellos varones de pro hubieran sospechado que con su conducta iban a ocasionar que casi medio siglo después se escribieran estas

palabras... fuera cosa «para mucho holgarse»... por sus donaires y zalemas.

Las postrimerías del año 1871, segundo de su ida a Madrid, fueron muy tristes para don Armando: en diciembre falleció su madre. Aquella señora de naturaleza débil, que como un junco gustaba de mirarse en las corrientes artísticas, la de los bellos ojos, y energía y constancia que transmitió al amado hijo, no pudo resistir las dolencias y dió su espíritu al Señor. Los que conocen cuán amargo es el trance de este tránsito, a la edad en que los hijos anhelamos ofrecer a las madres el corazón a manera de copa rebosante de amores, los que sentimos la tragedia silenciosa de la madre que se va para siempre, evocamos el dolor del futuro novelista glorioso, que en *El origen del pensamiento* pone estas palabras en boca de Mario: «Apenas he conocido a mi madre. Mi padre se esforzó toda la vida en hacerme menos terrible esta pérdida. ¡Dios le bendiga por ello! Pero el amor de una madre es insustituible, no tanto por lo vivo y profundo, sino por lo que tiene de femenino. El hombre necesita en todos los momentos de su vida el amor de la mujer; primero de la madre, luego de la esposa, más tarde de la hija. Además el hombre sin familia no se comprende; es un ser incompleto, absurdo, está fuera de la naturaleza.» *Pero el amor de una madre es insustituible,* resuena como un eco; y Palacio Valdés, alerta el oído, lo escucha aún.

IX

EN EL ATENEO

«LA HOLANDA ESPAÑOLA».—DISCURSOS DE CÁNOVAS Y OTROS ORADORES.—GALDÓS Y RUIZ AGUILERA.—DON JOSÉ MORENO NIETO.—FUNDACIÓN DE «LA CACHARRERÍA».—PROFESORES Y POLEMISTAS.—«LOS MOSQUITOS».—EL DISGUSTO CON REVILLA.—DON ARMANDO, PRESIDENTE DEL ATENEO.

A los veintiún años había terminado sus carreras universitarias. Uno antes se había inscrito como socio en el Ateneo. Este centro de cultura se inauguró en diciembre del 1835 en el Palacio del Duque de Rivas, en la plaza de la Concepción Jerónima; el 39 se trasladó a la esquina que forma la calle de Carretas con la plaza del Ángel; y en 1840, al número 22 de la calle de la Montera, hasta que, en 1884, se instaló en su casa actual de la calle del Prado, «la docta casa».

El viejo inmueble, propiedad del Marqués de Cubas, era considerado «La Holanda española», en recuerdo de la Universidad de Leyden, en que predominó el libre examen, en contraste con el catolicismo de la de Lovaina, al dividirse los Países Bajos en 1573. En frase de Galdós, «el Ateneo fué para la Revolución española lo que había sido la Enciclopedia para la Revolución francesa.»

Cuando Palacio Valdés frecuentó aquella casa, ya Cánovas del Castillo había leído, como Presidente de la misma, sus cuatro discursos inaugurales, temiendo que los emperadores germánicos se atrajeran al Pontífice y lamentando que las biografías de Napoleón I fueran para los franceses los únicos libros de historia; alentando a los hombres a creer; proclamando la superioridad del catolicismo sobre el protestantismo; y estudiando los modernos conceptos de progreso y libertad. Pero en lo sucesivo pudo oír a Camús, el Camús retratado indeleblemente por *Clarín* en *Ensayos y Revistas,* Amador de los Ríos, Cañete, Benot, Menéndez Pelayo, Valera... Echegaray pronunciaba, amedrentado, su primera conferencia. Don Benito acudía diariamente y se hacía dibujar por don Ventura Ruiz de Aguilera, el viejecito cantor del optimismo y la ternura, un plano de Salamanca, que el autor de los *Episodios Nacionales* confiesa que le sirvió para el de *Arapiles,* en 1875. En el cuarto bajo del edificio se hallaba instalada la Academia de Jurisprudencia, de que se burla tan graciosamente en *Aguas fuertes* don Armando Palacio Valdés. El 15 de noviembre del 1880 don Alfonso XII inauguró el curso en esta Academia; a los ateneístas le disgustó considerablemente.

En el prólogo de *Semblanzas literarias,* titulado «Treinta años después», habla don Armando del grupo «de una insignificancia escandalosa» que formaba con sus amigos en el corredor del Ateneo. Don José Moreno Nieto, «varón magnánimo», sabio, bueno, cariñoso, miraba paternalmente a los jóvenes. (Dice Galdós en *Prim*, cap. XII: «La Biblioteca que regentaba era poca cosa en comparación de la que él tenía en su cabeza.» «No existió jamás hombre más puro, de más recta conciencia, ni una vida en que tan bien incrustadas estuvieran, una dentro de otra, la filosofía sa-

bida y la virtud practicada.») Mas como había otros señores que los despreciaban, «desesperados un día resolvimos declararnos independientes y conquistar también nuestro terruño». Cierta tarde, temprano, aquella docena de jóvenes limpió y aseó «una estancia grande y lóbrega con balcones a un patio que servía de trastera». Con algo de los salones amueblaron y decoraron «con relativo lujo aquella *cacharrería* que no tardó en hacerse famosa en España». Al día siguiente, los viejos—atentos o burlones—les enviaron el retrato al óleo de Sanz del Río, «filósofo tan profundo como feo». «Nosotros acogimos con júbilo al laberíntico filósofo y le colgamos respetuosamente de la pared, aunque jurando no leer jamás su *Filosofía analítica*.» Si don Julián hubiera previsto esto, ¿hubiera frecuentado la Universidad de Heidelberg o hubiera escrito que «lo fundado es del fundamento, y en él y según él, y la relación de fundar dice propiedad, continencia y conformidad de lo fundado al fundamento»...?

Así fué como Palacio Valdés contribuyó a la fundación de la *cacharrería*, sin la cual el Ateneo no se concibe para muchos. Allí fué donde, observando, charlando y estudiando en la Biblioteca, empezó a orientarse el formidable humorista que había de asomar en las críticas de novelistas, poetas y oradores, y que el cultivo de la novela no había de obscurecer.

Don José Moreno Nieto, el catedrático extremeño que tan formidables improvisaciones lanzaba contra las izquierdas; aquel a quien Ayala quería «como a un protegido, como a un huérfano de las dichas y las fortunas», al decir de don Conrado Solsona, biógrafo del dramaturgo y político; don José era uno de los que allí se distinguían como profesor y polemista, junto al P. Sánchez, Mena, Perier, Revilla, don Francisco de P. Canalejas, Calvete,

Castelar, Labra y otros. Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas desde 1875 a 1878, cuatro años antes de morir, sintió afecto por aquel muchacho que se dedicaba a las «especulaciones tranquilas», en frase de don Rafael María de Labra, para las que «no tenían humor» los hombres de aquel tiempo. Y Palácio Valdés fué secretario de la sección citada.

Debió de tomarle horror a las tremebundas batallas oratorias «en que todo viene a parar en puro asunto teológico o político», de que trata en el «Proemio» a *Los Oradores del Ateneo,* porque, aunque en España se habla mucho y bien, es lamentable que «para encarecer a los representantes de la nación la conveniencia de votar un impuesto sobre el aguardiente *traiga* el orador a cuento, flotando en un mar de erizadas ondas, las primitivas construcciones pelásgicas, el monoteísmo de la raza semítica o los cuadros del Correggio.» ¿Y los «mosquitos líricos», para los cuales el Ateneo «era el oxígeno» y que tragaba con «una potencia digestiva superior a la de los tiburones y avestruces», que se lee en *Aguas fuertes?* Especie que también originaba las variedades de filósofos o trascendentales—más devastadora que la de sentimentales—, la de los legendarios y la de los clásicos.

En aquel pasillo del Ateneo viejo fué donde tuvo el conocido encuentro desagradable con don Manuel de la Revilla, a quien satiriza en dos semblanzas al estudiarlo como orador y como poeta: en el orador advertía deserciones, transacciones, intransigencias, improvisación de teorías; en el poeta, falta de imaginación, de gusto e ingenio, reidero arte docente e ilustración superficial.

Al reunir en un volumen las tres series de críticas, consignó en el *Nuevo viaje al Parnaso* la nota que sigue, henchida de nobleza:

«Al leer esta semblanza, escrita ha más de treinta años, no puede menos de parecerme injusta. Revilla fué uno de los hombres de más talento que he conocido. Pero al mismo tiempo, siento en mi alma un cosquilleo de orgullo al pensar que tal violenta arremetida al crítico máximo de aquella época, que daba y quitaba reputaciones a su talante, fué obra de un joven literato de veintitrés años. Era lo que se ha llamado, después de la hazaña de Hernán Cortés, quemar las naves.

»Cuando se publicó en la *Revista Europea,* mis juveniles compañeros del Ateneo me miraban con asombro y lástima, y se decían al oído: «¡Se ha perdido! ¡Se ha perdido para siempre!»

»Por la noche me hallaba sentado entre ellos en un diván del pasillo de dicho centro, cuando acertó a pasar Revilla, que no me saludó, como era natural. Pero volvió a cruzar otra vez, y yo advertí que estaba inquieto. Al fin se plantó delante de nosotros, se respaldó contra el armario de libros que guarnecía toda la pared del corredor, sacó un cigarrillo, lo encendió con calma, y, mirándome fijamente, me dijo:

»—Ya he leído *eso.*

»Yo me limité a sonreír sin contestar.

»—No siento el ataque—profirió al cabo de un momento—; lo único que deploro es que está escrito sin gracia alguna.

»—No lo he escrito para que le hiciese gracia a usted—respondí—, sino al público.

»—Pues se ha equivocado usted, porque al público tampoco le hace gracia.

»—Será a sus amigos; a sus enemigos les ha hecho desternillarse de risa.

»La conversación siguió en este tono algunos momen-

tos, y al cabo el insigne crítico se alejó con sonrisa amenazadora, diciendo:

»—¡Nos encontraremos!

»Por desgracia para él y para las letras patrias no pudo saciar su venganza.

»Poco tiempo después le acometió una enfermedad cerebral a la cual sucumbió.»

Fué el 13 de setiembre del 1881 cuando falleció en El Escorial el catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid, días después de charlar apaciblemente con don Julio Nombela en el café de Miranda de aquel Real Sitio. Luis Ruiz Contreras, entonces mozo, fué uno de los que le acompañaron en los últimos momentos.

Desaparecían los grandes hombres del Ateneo; otros nuevos venían a reemplazarlos. La institución decaía y tornaba a adquirir vitalidad. Mas *Fray Candil* (Emilio Bobadilla) pudo escribir desenfadadamente en las críticas y sátiras de *Capirotazos* (1890): «El Ateneo de hoy no es ni sombra del Ateneo de Moreno Nieto y de Revilla. En aquella época de entusiasmo y de estímulo, se estudiaba y se discutía con amor. Hoy, cualquier mozalbete lee un poema descriptivo, falto de numen y sobrado de ripios, o pronuncia una conferencia sobre... el influjo del sombrero de copa en el naturalismo, o cosa por el estilo.»

Al medio siglo de bullir Palacio Valdés en el Ateneo con la alegría y arrestos de la juventud, la docta corporación le nombraba su Presidente: iba a representar el talento, la sensatez, la moderación, la energía bondadosa de la inteligencia en el alto sitial... Desde el silencio de su casa le llevaron los ruegos de los admiradores al tumulto de la calle. Y como en aquellos primeros meses del 1924 estaba candente el acto político del 13 de setiembre del anterior, la paz no vino al caserón de la calle del Prado. Don Ar-

mando Palacio Valdés no entregó el Ateneo de Madrid al Directorio Militar: hizo cuanto pudo y supo para que continuara su misión de cultura; no lo consiguió; entonces fué cuando renunció la Presidencia; al día siguiente, el Centro era clausurado...

X

LA LITERATURA A PRINCIPIOS DEL ULTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX

BÉCQUER, BERNARDO LÓPEZ Y ZORRILLA.—SOMBRAS DEL ROMANTICISMO.—LOS POETAS.—EL TEATRO.—LOS NOVELISTAS: FERNÁN CABALLERO, LOS COMIENZOS LITERARIOS DE PEREDA, LOS FOLLETINES Y LA NOVELA HISTÓRICA, NATURALISMO Y REALISMO.—IDEAS FILOSÓFICAS.—MENÉNDEZ PELAYO.—LA CRÍTICA.—LA PRENSA.—DE LAS OTRAS ARTES.

Aun cuando don Armando Palacio Valdés no pensaba en dedicarse a la literatura recién llegado a Madrid, en octubre del 1870, consideramos oportuno trazar a grandes rasgos—sin pretensiones de no olvidar ningún dato interesante—el ambiente de las letras e ideas españolas por entonces, en el cual se hallaba inmergido el futuro novelista, según corresponde a todo estudioso. Unos cuantos nombres—amados o conocidos por sus obras—bastarán al propósito nuestro.

El 22 de diciembre del 1870, a las diez de la mañana, fallecía aquel tierno poeta que se llamó Gustavo Adolfo Bécquer, que dirigía *La Ilustración de Madrid,* de don Eduardo Gasset y Artime y don Bernardo Rico (el 23 de setiembre había muerto Valeriano, el pintor). El joven

Armando no se dió cuenta del suceso; pero lo lamentable es que para la gran Prensa fuera inadvertido: no dió la noticia *La Correspondencia,* brevemente *La Época* y *La Opinión,* y algo más dijo *Gil Blas,* el semanario satírico de Luis Rivera.

El 15 de noviembre, a los treinta y un años, también se fué para siempre el cantor de *El 2 de Mayo,* nuestro Bernardo López García, que había impreso sus *Poesías* el 1867.

Don José Zorrilla ya había vuelto de Méjico, viejo y pobre; y don Cristino Martos, ministro de Estado en 1871, le confiaba una misión para Italia; el poeta y su segunda mujer se marcharon a Roma. (Por asociación de fechas, hemos de anotar que aquel 14 de enero enterraron al pintor Eduardo Zamacois, tío del gran novelista de hoy. Asistieron al entierro don Federico y don Luis Madrazo, Rosales, Gisbert, Casado del Alisal, Ferrant, Gaztambide, Arderíus...)

Sobrevivían como sombras del romanticismo: Bretón de los Herreros, que manejó la pluma hasta 1867, fecha de *Los sentidos corporales;* Mesonero Romanos, que el 1880 daba a la estampa las *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid;* Hartzenbusch, director desde diciembre del 1862 hasta octubre del 75 de la Biblioteca Nacional; García y Tassara y don Antonio García Gutiérrez.

De ellas, ¿cómo no tener presentes a doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosalía de Castro y Concepción Arenal?

El ingenioso Martínez Villergas se esperanzaba con ver otro siglo; Selgas rimaba sus ingenuidades y las páginas que a don Armando le parecían «exuberantes de gracia y colorido»; don Antonio de Trueba ya era conocido por los cantares y dulces *Cuentos de color de rosa;* a Fernández Grilo comenzaba a satirizársele; Campoamor, después de

leves éxitos en el teatro, empezaba a popularizar sus *Pequeños Poemas*. Entre los que sobresalieron en la poesía filosófica social, don Ventura Ruiz Aguilera publicaba las *Estaciones del año* (1879); Núñez de Arce, los *Gritos del combate* (1875) y *Raimundo Lulio (ib.);* Balart se ocupaba en la política; y Joaquín María Bartrina editaba las desoladoras poesías, tan a ras de tierra, de *Algo* (1876). Manuel del Palacio, el chispeante poeta, fustigaba la sociedad con sus *Cien sonetos políticos, filosóficos, etc.* (1870). Del grupo valenciano, Vicente Wenceslao Querol componía sus *Rimas* (1877) y Teodoro Llorente era considerado como el traductor por excelencia de Víctor Hugo. En Barcelona, Verdaguer se ponía con *La Atlántida* a la cabeza de los poetas catalanes (mayo del 77).

Del Romanticismo rezagado todavía había muestras en la escena con *La capilla de Lanuza,* estrenada en 1871, de Marcos Zapata, y con las de Retes y Echevarría, citada alguna por *Clarín* en su folleto *Rafael Calvo y el teatro español*. De los que sirvieron de transición a la alta comedia, Camprodón había muerto; mas Eulogio Florentino Sanz vivía aún. Entre los realistas había figuras venerables: don Manuel Tamayo y Baus, que después de la sátira dramática *Los hombres de bien* (1868, según J. Ixart) no había de volver a escribir para el teatro, y don Adelardo López de Ayala, a quien esperaba el triunfo de *Consuelo* (1878); Rodríguez Rubí lindaba en lo grotesco con el cuadro político *El gran filón* (1874); y desaparecían Luis Eguílaz y Narciso Serra. Núñez de Arce veía representar su drama histórico *El haz de leña* (1872). En don José Echegaray nada anunciaba el neorromántico: era ante todo catedrático y político; director de Obras Públicas en 1868, ministro de Fomento en 1869, emigrado a París en 1873 por haber sido de la Comisión permanente cuando la abdica-

ción de don Amadeo, hasta un año después, en ocasión de ser ministro de Hacienda, no estrenó con el anagrama de Jorge Hayaseca su comedia *El libro talonario.* Y *El nudo gordiano,* de Sellés, renueva en 1878 los éxitos escénicos. En otra dirección, luego de las «Revistas» teatrales iniciadas el 68 por José Gutiérrez del Alba, y de Los Bufos al modo de Offenbach, desde el 66 con *El joven Telémaco,* de Eusebio Blasco y Rogel, se presentía el triunfo del sainete al estilo de don Ramón de la Cruz con las figuras culminantes de Ricardo de la Vega, Javier de Burgos y don Tomás Luceño.

Detengámonos en la novela. Consignemos, antes de seguir, que el año 70 don Benito Pérez Galdós refleja el período fernandino en *La fontana de oro,* su primera novela, comenzada a escribir dos años antes de aquél y terminada en Bagnères de Bigorre.

Mediado el siglo, una mujer suiza, hija de alemán y de andaluza, doña Cecilia Bölh de Faber, hace famoso su seudónimo de *Fernán Caballero* con narraciones sencillas en que proclama que «la novela no se inventa, se observa». En *La familia de Albareda,* publicada en 1856 con prólogo del Duque de Rivas, puede leerse, en la página que el autor dedica al lector, que aspira «a pintar las cosas del pueblo tales cuales son». Pasado un año, en *La estrella de Vandalia* y *¡Pobre Dolores!* advierte en una nota: «Volvemos a recordar a los que buscan en nuestras composiciones la novela, que no lo son; sino que son cuadros de costumbres, y que la intriga es sólo el marco del cuadro.» Cuadritos de costumbres eran los de Trueba y Selgas. La novela moderna va a comenzar. *Fernán Caballero,* fallecida el 77, ve los comienzos por ella iniciados y seguidos no sin alguna interrupción.

Un jovencito delgado y alto, conocido por el nombre

de José María de Pereda, entrega a los editores, entonces asociados, don Antonio San Martín y don Agustín Jubera el manuscrito de *Escenas Montañesas,* por si querían imprimirlo a cambio de unos cuantos ejemplares... La historia de siempre... En *Tipos y paisajes* (1870-71), segunda serie de *Escenas Montañesas,* el autor ha de defenderse contra los que supusieron que agravió en éstas a la Montaña, afirmando que la retrató como es; y da las gracias a Trueba, Hartzenbusch y Antonio Flórez, el de *Ayer, hoy y mañana...*

Mas, entre tanto, inficionaba el ambiente la novela por entregas: en ella despilfarraba su talento don Manuel Fernández y González, y triunfaban Pérez Escrich y Nombela, entre una legión. La novela histórica, en la que Cánovas se había destacado con *La campana de Huesca* (1852), tenía cultivadores tan meritísimos como Navarro Villoslada, que en el 77 da *Amaya o los vascos en el siglo VIII,* Amós Escalante, que produce en el mismo año la leyenda del siglo XVII *Ave, Maris Stella*, y Castelar, que en *Fra Filipo Lippi* (77-78) pinta el Renacimiento italiano del siglo XV.

La primera novela de Pérez Galdós, *La fontana de oro,* es del 70—conviene repetirlo—; la segunda, *El Audaz,* del 1871; desde el 1873 al 1879 compone las dos primeras series de los *Episodios Nacionales*. Don Juan Valera da a la estampa en 1874 su *Pepita Jiménez;* Pedro Antonio de Alarcón, por este tiempo, la saladísima novelita *El sombrero de tres picos,* en la *Revista Europea;* a doña Emilia Pardo Bazán, que hasta dos lustros después no publicaría *Los Pazos de Ulloa,* se le premia el 76 en Orense su *Examen crítico de las obras del P. Feijoo;* y del 79 es su primera novela, *Pascual López* (autobiografía de un estudiante de Medicina). Don Armando Palacio Valdés, menor

en edad que todos estos escritores y posterior en el orden cronológico de producción—su primer ensayo novelesco, *El señorito Octavio,* es del 1881—, es el único que sobrevive a la generación suya; es, además, «el novelista español más estimado y más gustado por los públicos extranjeros, el que más pronto fué traducido a variedad de idiomas. La razón de esta preferencia está en que tiene más universalidad, es más lírico, hay más sentimiento en sus obras y más ternura, porque puso más de sí mismo. Como los extremos se tocan, lo lírico, que es lo individual, es lo más universal. Tiene además Armando Palacio Valdés una cualidad no frecuente en los autores españoles: el humorismo». Así escribe Eduardo Gómez de Baquero *(Andrenio)* en su libro reciente *El renacimiento de la novela en el siglo XIX* (1924).

En cuanto a las ideas filosóficas, señoreaba el kraussismo: dos años después de morir su introductor en España, don Julián Sanz del Río, el ex fraile gilito y también catedrático de la Universidad Central don Fernando de Castro rendía homenaje a Salmerón, en 1871, y le ofrecía una pluma de oro, «monumento histórico del último sermón de un sacerdote que ha perdido la virginidad de la fe, pero que ha ganado la maternidad de la razón». Es significativo este hecho, anotado por don Ángel Salcedo Ruiz en *La Literatura Española* (t. IV, 1917). Don Francisco de P. Canalejas elogiaba en sus obras la *Analítica* del iniciador; don Nicolás Salmerón Alonso le seguía con fidelidad, y don Francisco Giner de los Ríos había de ser señalado por Menéndez Pelayo como su mayor lumbrera después del repúblico. El tomismo estaba representado por el P. Ceferino González y don Juan Manuel Orti Lara. Al lado de estos pensadores vemos a Perojo y Revilla queriendo vulgarizar el kantismo; a Gener, Estasen y algunos que habían

sido kraussistas, aceptar con entusiasmo toda la corriente positivista. Como representantes del espiritualismo cristiano y de la filosofía tradicional española, pueden considerarse a don Gumersindo Laverde, al eminente polígrafo don Marcelino, a don Antonio Comellas...

Con la Revolución surgió, «como para ser su verbo en el orden intelectual, la *Revista de España*», afirma el Padre Blanco García en su conocida obra. Seis años después, la *Revista Europea,* de tan gran interés para nosotros por su relación con don Armando; como la *Revista Contemporánea*, de Perojo, abundaba en traducciones. Los católicos fundaron *La Defensa de la Sociedad,* publicación dirigida por don Carlos de Mena Perier, a quien nuestro novelista estudia entre los oradores ateneístas, cual orador-flauta de una sola nota, que daba grandes conciertos. Para *La Ciudad de Dios* y *La Ciencia Cristiana* «logró reunir don Juan M. Orti Lara una pléyade lucidísima de escritores, sobre todo para la última, iniciada en 1877 y herida de muerte por la funesta escisión de integristas y mestizos», anota el ilustre Agustino citado. Al nombrar los integristas, surge el recuerdo de don Ramón Nocedal.

A principios de verano del 74, Menéndez Pelayo aprobaba en la Universidad Central las últimas asignaturas de la licenciatura en Filosofía y Letras, excepto la de Metafísica, de que se examinó en setiembre en Valladolid por no exponerse al suspenso que don Nicolás había prometido a sus alumnos, a causa de no haber «sorprendido» éstos «las sublimidades de la ciencia kraussista»; no quise «tropezar con la falange» «que tantos malos ratos me hizo pasar en Junio», confiesa don Marcelino en carta de aquel octubre a su amigo el señor Rubio y Lluch. A poco, y con ocasión de unas líneas de don Gumersindo de Azcárate en la *Revista de España,* las célebres cartas de la *Revista*

Europea en defensa de la ciencia española, impugnadas por Revilla, Salmerón, Azcárate y Perojo. El penúltimo trabajaba en la preparación del *Ensayo sobre la Historia del Derecho de propiedad* (1979-83); y el maestro de tantos grandes hombres, don Manuel Milá y Fontanals, era reverenciado por el admirable estudio de la *Poesía heroico-popular castellana* (1874). Fallecía don José Amador de los Ríos (1878). Por aquella década, Rodríguez Marín era un jovenzuelo; Ramón y Cajal fracasaba en sus primeras oposiciones; don José Canalejas y don Antonio Maura pugnaban por darse a conocer...

Entre los críticos, los de más valía son muchos de los citados, y, posteriormente, Jacinto Octavio Picón, Rafael Altamira en el periódico de Salmerón *La Justicia*—donde empezó a escribir para la Prensa don Alfredo Calderón—; Luis Ruiz Contreras, alentador de la llamada «generación del 98», «el viejo de la familia joven» como se clasifica; Francisco Fernández Villegas *(Zeda)* en la *Revista de España* y *La Época;* doña Emilia Pardo Bazán, la autora de *La cuestión palpitante* (1883), obra a la que contestó don Francisco Díaz Carmona con artículos titulados *La novela naturalista,* en *La Ciencia Cristiana* (1884-85). De entonces son los primeros libros de José Ixart. Del 87, las *Herejías* de Pompeyo Gener.

No menos sintética que la anterior relación puede ser la que dediquemos a la Prensa; aparte de las Revistas mencionadas, en 1870 aparece *La Ilustración Española y Americana,* nuevo rótulo del *Museo Universal,* publicación acreditada por los editores Gaspar y Roig y adquirida por Abelardo de Carlos con lo ganado en *La Moda Elegante.* El 7 de marzo del 1873 se funda *Gaceta Popular,* de gran éxito, donde con Nombela colaboran Ramos Carrión, Ricardo Sepúlveda, Conrado Solsona, Castillo y Soriano,

M. Matoses *(Corzuelo)*. Periódicos alfonsinos eran por el 75, y a últimos del 74, *El Tiempo, Diario Español* y *La Época,* de don Ignacio José Escobar, después marqués de Valdeiglesias. Continuaba la popularidad de *La Iberia,* órgano de Sagasta. En *El Imparcial* sólo queda al lado de Gasset don Andrés Mellado, cuando *Fernánflor* (don Isidoro Fernández Flórez) provoca la escisión que da por resultado *El Liberal,* que ve la luz pública el 31 de mayo del 1879; mes en el cual ingresó precisamente en aquel periódico el maestro Ortega Munilla, que aun no había cumplido veintitrés años. Eusebio Blasco agrega a la lista de Revistas satíricas *El Garbanzo.* Don Antonio Mantilla de los Ríos lanza *La Política.* La efímera *Revista Hispano-Americana* es del 81. *La España Moderna,* de tanta importancia hace unos lustros, se empezó a editar el 89. *Diana* se debió a don Manuel Reina. *La Regencia* era dirigida por don Joaquín Ruiz Jiménez. Don Juan Mañé y Flaquer hacía famosos sus artículos semanales del *Diario de Barcelona.* Posteriormente, Adolfo Suárez de Figueroa batallaba en *El Nacional.* Ferreras, Troyano, Mariano de Cavia, Ricardo Fuente, Moya, Castrovido, Francos Rodríguez, López Ballesteros, Burell, Manuel Bueno...; he ahí otros nombres de periodistas, algunos de ellos mozos a la sazón...

Secundariamente podemos conceder atención a las demás Artes. Nombremos, de pasada, a algunos triunfadores que se llamaron: en la pintura, Los Madrazos, Palmaroli, Gisbert, Casado del Alisal, Casto Plasencia, Rosales, Fortuny, Jiménez Aranda, Domínguez, Muñoz Degrain, Pradilla, Ferrant, Villegas, Domingo, Emilio Sala, Sorolla, Moreno Carbonero; en la escultura, Vallmitjana, Bellver, Sansó, Marinas, Blay, Aleu, Sunyol, Clará, Llimona, Mogrobejo, Casanova, Querol, Benlliure; en la arquitectura,

Velázquez, Lázaro, Repullés, marqués de Cubas, Carderera, Jareño, Gaudí, Domenech, Mélida, Arbós, Urioste, Lampérez; en la música, Pedrell, Caballero, Barbieri, Chueca, Arrieta, Gaztambide, Valverde, Bretón, Chapí, el influjo de Mancinelli...; en las diversas manifestaciones escénicas, Gayarre, Berges, Tamberlick, Uetam, la Patti, Elena Sanz, la Malibrán, Elisa Boldún y su tocaya la Mendoza Tenorio, María Tubau, Matilde Díez, la Cirera, Amparo Guillén, Luisa Calderón, la Cobeña, María Guerrero, y Romea, Antonio Vico, Rafael y Ricardo Calvo, Mario, don Pedro Delgado, Cepillo, Donato Jiménez..., entre tantos más que llenan de resplandores el último tercio del siglo XIX.

XI

LA AMISTAD CON TUERO Y CLARÍN

PSICOLOGÍA DE TUERO: INGENIO Y POBREZA.—SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE LEOPOLDO ALAS; SU LLEGADA A MADRID.—CAMINOS DIVERGENTES.—EL CRÍTICO JUZGA AL NOVELISTA.—COINCIDENCIAS LITERARIAS.—RASGUÑOS DE BONAFOUX.—CLARÍN ELOGIADO POR PALACIO VALDÉS.—EL DESAFÍO ENTRE LEOPOLDO ALAS Y BOBADILLA.

El lector ya tiene noticia de que al tercer año del bachillerato, Palacio Valdés hizo amistad con unos cuantos jóvenes que iban a terminar la segunda enseñanza. De estos muchachos, sus dilectos amigos fueron siempre Tomás Tuero y Leopoldo Alas. Sus charlas, sus discusiones ruidosas, su teatro, su Ateneo rematado a golpes, adquirieron caracteres memorables; e indeleble, el recuerdo de Tuero, tan jovencito, marchando con fusil a retaguardia del batallón de la Guardia Nacional, formado en Oviedo por la época de la Revolución.

Tuero poseía «un gusto más refinado y mayor instinto poético»; encantaba oírle disertar acerca de la belleza o comentar humorísticamente un suceso cualquiera; «doctor infalíbilis» era el calificativo que le daba don Armando y que brota de su pluma en uno de los siguientes párrafos

que, emocionadamente, le dedica en *La novela de un novelista:*

«Tuero no ha llegado ni en vida ni en muerte a la celebridad, aunque la merecía. Era premioso para escribir, como todos los hombres que poseen un gusto exquisito, y no disponiendo tampoco de medios de fortuna no le era posible trabajar sosegadamente en alguna obra que le inmortalizase. Se hizo periodista y murió siendo redactor de *El Liberal.* Servía poco para el caso, porque en la Prensa periódica se necesitan hombres expeditos, no refinados. No obstante, si se coleccionasen algunos de sus artículos se vería claramente qué gran escritor se ocultaba debajo de aquel modesto redactor de un periódico diario.

»Había en el espíritu de Tuero algo tan original, una petulancia tan pueril al lado de un humorismo tan acerado, que sorprendía y desconcertaba a los que con él se relacionaban. Su conversación era amenísima, unas veces mordaz, otras sentimental, otras extravagante y fantástica, siempre sorprendente. Su instinto de la belleza tan seguro, que yo le llamaba riendo *doctor infalíbilis.* Mientras Alas se equivocó más de una vez lo mismo aplaudiendo que censurando y se dejó imponer por las reputaciones que halló formadas, Tuero se mantuvo siempre sereno, independiente, apuntando con exactitud matemática a la belleza dondequiera que se ocultase.»

Al reunirse en Madrid los tres camaradas, Tuero, por su pobreza, pasó tiempos difíciles, yendo de una casa de huéspedes a otra, ocultando en ocasiones su verdadero nombre, acudiendo a inevitables ardides de tanta sal al narrarlos como tristeza al ser protagonista de ellos. Algunos de ellos cuentan los señores Antón del Olmet y Torres Bernal en el tomo biográfico *Los grandes españoles: Palacio Valdés* (1919); no los repetiremos. Por su par-

te, don Armando recuerda que al salir de cierta representación teatral en que el éxito fué lisonjero como pocos, Tuero, silencioso ante los elogios que a la obra dedicaban sus compañeros, tuvo el repente que sigue:

«—Esta noche me he convencido de que soy el hombre de más talento de España. Sí; no puedo dudarlo más tiempo—continuó—, porque la obra que acabamos de ver es para mí de todo punto execrable.

»Quedamos estupefactos. Uno se encaró con él, indignado.

»—¿Cómo, qué estás ahí diciendo? Jamás hemos presenciado un éxito tan grandioso, tan unánime, se puede decir tan delirante.

»—Sí, delirante; la palabra está bien aplicada porque sólo delirando se puede aplaudir una obra semejante—replicó Tuero.»

En otra ocasión—nos refiere verbalmente el glorioso novelista—, en otra ocasión se hablaba en nuestra tertulia de cierto publicista que no se ha distinguido por sus luces, sino por su aplicación a ciertas cuestiones áridas en que logró distinguirse, adhiriéndose a un grupo.

—Pues ya se le traduce al italiano—apuntó uno.

Y Tuero, que tenía aún más gracia en la charla que en los escritos, comentó rapidísimamente:

—Sí... *¡Cavallería rusticana!...*

Clarín, el otro gran amigo de su adolescencia, era asimismo mayor que don Armando. Leopoldo García Alas y Ureña había nacido en Zamora, el 25 de abril del 1852; estudió el bachillerato en Oviedo, con gran aplicación; en la capital del Principado cursó también Derecho, de que se licenció el 16 de junio del 1871, siguiendo después en la Central la carrera de Filosofía y Letras; se doctoró el 10

de julio del 1878. Fué catedrático de *Economía Política* en Zaragoza, el 82; al año siguiente, por traslado, lo fué de *Prolegómenos, etc.,* de *Derecho Romano* en Oviedo; de *Instituciones* de este Derecho más tarde, y, finalmente, de *Derecho Natural.* Falleció el 11 de junio del 1901. Don Pedro Sáinz Rodríguez, catedrático actualmente de la Universidad Central, estudió a maravilla la obra de Leopoldo Alas en el discurso leído en la Apertura del Curso Académico de 1921-22, en la Universidad literaria de Oviedo; discurso que citaremos más adelante, por engarzarse en éste el nombre del Patriarca de la novela española contemporánea.

Leopoldo Alas entró en la capital de España después que sus dos amigos. Varios pasajes de sus obras lo demuestran: «Era allá por los años de 1871 a 72 (estilo de matrícula). Yo me había hecho abogado en un periquete, aprovechando lo que entonces llamábamos *libertad de enseñanza,* en mi pueblo, para correr a Madrid a estudiar lo que se denomina *filosofía y letras.* ¡Hermosa juventud!» («Camús», III, en *Ensayos y Revistas,* 1892.) «Una mañana de octubre de 1871 entraba yo, o creía entrar, en la cátedra de literatura latina de la Universidad Central.» (Ib. IV.) Dos años antes (1890) había escrito en *Rafael Calvo y el Teatro Español (Folletos literarios, VI):* «Y por aquellos días, digo yo, interrumpiendo a mi *Virgilio* en este viaje de recuerdos de la vida artística de Rafael Calvo, por aquellos días llegó a la Villa y Corte de don Amadeo de Saboya un pobre estudiante, licenciado en Derecho, que venía a hacerse *filósofo y literato* de oficio y a contemplar y admirar a todas las lumbreras de la ciencia, del arte y demás, que en su sentir pululaban en la capital de las Españas.»

El futuro crítico admiraba, contemplaba y paseaba con Tuero y Palacio Valdés; iba con ellos al Teatro Español, el

preferido, «donde se hablaba en verso más o menos castellano»: «En vano a mi lado Armando Palacio y Tomás Tuero, que ya tenían su aprendizaje de Madrid, se reían de *La Beltraneja* y de quien la inventó a mandíbula batiente; ellos juzgaban como *críticos* que ya salían del cascarón; yo, por entonces, creía en Chateaubriand y en las quintillas, fueren como fueren...» (Ib.) Juntos editaron unos cuantos números de cierta revista titulada *Rabagás,* de que hemos de decir; juntos el autor de los *Paliques* y el novelista alternaron en la colaboración madrileña para la *Revista de Asturias;* juntos redactaron e imprimieron el libro *La literatura en 1881.*

Después... después cada uno siguió su camino: *Clarín* daba al público sus críticas y polémicas en *El Solfeo, El Cascabel, Revista Contemporánea, La Ilustración Ibérica, El Imparcial, Madrid Cómico...* Palacio Valdés, dolido por las víctimas que ocasionaba con análoga labor, se dedicó a la novela. El cultísimo señor Sáinz los confunde en el comportamiento literario: «Empezó *Clarín* cultivando la crítica, siguiendo la manera satírica de Palacio Valdés.» (Pág. 15 de la obra citada.) «La que llama crítica *higiénica y policíaca* fué cultivada desde bien temprano por Alas, y era también la manera habitual de la crítica juvenil de Palacio Valdés. El libro *La literatura en 1881* está escrito en colaboración por ellos dos, y es curiosa la casi identidad del procedimiento y del estilo.» (Pág. 57.) Sin embargo, en nuestra modesta opinión—que explanaremos—, el humorista predomina sobre el satírico en el último; y humorismo de los más finos quilates.

Continuó cada uno por su senda. Novela publicada por don Armando, elogiada seguidamente por Leopoldo Alas; pero, en ocasiones, con tales salvedades, advertencias y aun protestas de amistad, que contribuía a perjudicar, más

que a beneficiar, el libro examinado tan justicieramente. Numerosos párrafos de *Sermón perdido* (1885), *Nueva campaña* (1887) y *Ensayos y Revistas* (1892) nos lo hacen creer así. Escritores y público lo advertían. Luis Ruiz Contreras, en el artículo «Los funerales de Clarín»—coleccionado en la segunda serie de sus personalísimas *Memorias de un desmemoriado*—, comenta una «Crónica literaria» de nuestro crítico en *Los lunes de El Imparcial* (febrero del 1889): «*Clarín* emplea un extenso y *sentido* párrafo para decir que su compañero de la infancia no le regala ya libros, y por eso no se ha enterado aún de cómo es la novela.» (Se refería a *La alegría del Capitán Ribot,* que Alas había de calificar «de todo una obra de arte, pero de arte trabajado con maestría».) Y, sin embargo, el satírico leía con atención y cariño a don Armando: una de las más bellas escenas de *El idilio de un enfermo* (cap. XIII), novela publicada en el 1884, es el embargo de las vacas de Tomás el molinero y la desolación de su hijo Rafael, que llama a gritos a la *Parda,* a la *Garbosa,* a la *Salia,* y que se abraza a la novilla favorita, *Cereza,* cuando se la llevan los alguaciles, a los que apedrea, mientras Angela y Rosa lloran en un rincón; uno de los cuentos más celebrados de *Clarín* es *¡Adiós, Cordera!*, impreso en 1892 ó 1893 (en *El Señor y lo demás son cuentos),* donde, al llevarse vendida la vaca abuela *Cordera*, los hijos de Antón de Chinta—también huérfanos de madre—se arrojan sobre «su amiga» y la besan y la abrazan.

Durante el 1888 acaeció la ruidosa polémica entre *Clarín* y Bonafoux. Éste, de acuerdo con su seudónimo de *Aramis,* que simboliza astucia e inteligencia, escribía en las páginas 65 y 66 de su folleto *Yo y el plagiario Clarín (Tiquis-miquis de ...),* Madrid, 1888: «Convencido del plagio, se declara en fuga, echando por los cerros de Cova-

donga, y, como mal de muchos consuelo de *Clarines,* pretende otro absurdo: que el primoroso escritor Palacio Valdés le acompañe en lo de plagiar a *Fernánflor;* de modo y manera que no pareciéndole bastante abuso el haber *inspirado* también *La Regenta* en la novela *Marta* y *María* intenta uncir a la coyunta de sus plagios al más notable de los humoristas españoles.» Son halagüeños estos elogios en pluma tan libre cual la del cronista portorriqueño. Mas, en verdad, lo que Leopoldo Alas había consignado en protesta de que su *Pipá* no estaba inspirado en el *Periquín* de don Isidoro Fernández Flórez era que habría muchos chiquitos como éstos, sufriendo la nieve y el hambre: «¡Cuántos tipos, modelos de esta clase, no podríamos encontrar sólo en Dickens! Algunos tiene Ouida, uno tiene Dostoiewski en un cuento, que se parece mucho más a ese Periquín, por lo visto, que mi Pipá; y no creerá nadie que el autor de *Crimen y castigo* copió a Fernánflor; ni tampoco dirá nadie que está sacado de *Periquín El pájaro en la nieve.* precioso boceto de Armando Palacio (otro mozo incapaz de imitar a Fernánflor, así lo tonsuren).» *(Folletos literarios, IV. Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce.* Madrid, 1888. Págs. 16-17.) No, no lo pensaba tampoco nadie; por el contrario, se admiraba todo el mundo de aquel delicado cuento, reimpreso tantas veces, que en estas semanas acaba de editarse con otros del mismo autor y dibujos de *Echea,* para que los niños ensueñen con el pobrecito ciego que, después de sufrir los más crueles mordiscos de la vida, se murió soñando... Delicado epílogo—calificado por González Serrano de «acto hermoso y a la vez bueno»—fué el de pagar Luis Bonafoux su cubierto en el banquete que a Leopoldo Alas se ofreció en la Redacción de *El País,* «a *Clarín,* con el cual había reñido batallas, negándole el agua y el fuego.» *(Siluetas,* 1899.)

Por lo que se refiere a Palacio Valdés, he aquí cuán diáfanamente manifiesta sus sentimientos y pensamientos en el penúltimo de sus libros, aparecido a los cuatro lustros de fallecer el autor de *El gallo de Sócrates:* «He dicho que Alas había logrado ser un crítico eminente y no es enteramente exacto. Lo fué después de muerto. Mientras vivió no se quiso reconocer su gran talento; se le negó el fuego y el agua. Todo por haber dado en la inocente manía de poner albarda a los asnos que pasaban sin ella por la calle. Esos animales tan pacíficos, generalmente, se revolvían furiosos contra él y le molían a coces y le acribillaban a mordiscos. Y no sólo hicieron esto, sino que lograron que todos los individuos de su misma especie esparcidos por España le enseñasen los dientes y estuviesen apercibidos a ejecutar con él idéntica partida.

»Era una verdadera temeridad en aquel tiempo hablar bien de Alas. Yo fuí uno de esos temerarios, y por esto, y también por haber incurrido en sospecha de pensar en dedicarme, como él, a aparejador, se me puso en entredicho. No me molieron a coces; pero me castigaron con un silencio reprobador. Cuando aparecían mis novelas en los escaparates de los libreros pasaban por delante de ellas fingiendo no verlas y enderezando las orejas de un modo significativo.»

Los tres amigos intervinieron en un duelo de que se habló mucho en los círculos literarios: el de Leopoldo Alas y Emilio Bobadilla. Se hallaba *Fray Candil* «en el apogeo de su gloria algo escandalosa»; a la amplia cultura unía sinceridad libérrima; no toleraba vayas ni equívocos; y, aunque su tomo de *Escaramuzas* salió de la prensa con prólogo de *Clarín,* discutió ásperamente con el satírico asturiano y éste no pudo rehusar el lance.

Bobadilla lo relata así en carta a Enrique Gómez Carrillo: «Clarín y yo éramos muy amigos; pero Clarín vivía en Oviedo y no faltaron chismes y embustes en que creyó Alas. Clarín era zurdo y manejaba el sable y la espada. Yo tiraba mal. Clarín, al ver lo afilados que estaban los sables, no quiso batirse, y a no ser por Palacio Valdés, que le obligó a batirse, hubiera puesto pies en polvorosa. Salió herido en la boca y en un brazo. Fueron padrinos míos Icaza y el coronel Reina, y de Alas, Tomás Tuero—redactor de *El Liberal*—y Palacio Valdés. Clarín le había dicho a Bobadilla que si aceptaba sus condiciones sería cosa «de coser y cantar». Y cuando le cosían a Clarín el labio, Bobadilla, canturreando, dijo: —El pronóstico de Clarín se ha cumplido; a él le están cosiendo mientras yo canto.»

Si el autor de *A fuego lento* «tiraba mal», el de *La Regenta* no manejaba las armas mejor. Don Armando nos refería hace poco que en su casa de la calle de Alcalá dió varias lecciones a *Clarín*. Evitó además que Emilio Bobadilla, más joven y fuerte que su contrincante, le aventajara en el terreno, porque llevaba alpargatas para no resbalar, y don Armando lo impidió:

—No, Emilio, eso no puede ser...

Salillas, que asistía en calidad de médico, y los testigos intervinieron seguidamente; Bobadilla, razonable, cambió de calzado sobre el mismo terreno. Momentos después, el duelo empezaba...

XII

EL PERIODISTA Y EL CRÍTICO

EL PRIMER ENSAYO LITERARIO.—LA PRIMERA REVISTA.—«EL CRONISTA», DIARIO POLÍTICO.—CÓMO GANÓ SU PRIMERA PESETA Y LOGRÓ DARSE A CONOCER.—DON ARMANDO, REDACTOR JEFE DE LA «REVISTA EUROPEA».—DON EDUARDO MEDINA.—«LA REVISTA DE ASTURIAS»; SUS FUNDADORES.—DEDICATORIAS DE RUIZ AGUILERA, CASTELAR, VALERA Y BLASCO IBÁÑEZ.

Don Armando Palacio Valdés escribió por primera vez en los periódicos el 22 de julio del 1869, en *El Eco de Avilés,* acerca de un poeta local. H. Peseux Richard, en la *Revue Hispanique,* fué quien dió la noticia, entre tantas otras de los héroes literarios de nuestro novelista, que admira la paciencia y perspicacia con el fin de conseguir el hallazgo.

En los primeros tiempos de su vida madrileña, *Clarín,* Tuero y Palacio Valdés publicaron unos cuantos números de la Revista hebdomadaria *Rabagás,* el título del drama de Victoriano Sardou, entonces tan en boga, y en el que unos y otros vieron personificados a Ollivier o Gambetta... El dinero preciso lo facilitó un tío de don Armando; y el cuadro de «*La Abeja* (periódico científico y literario)», que aparece en *Aguas fuertes,* está inspirado, con delicado hu-

morismo, en los comienzos y epílogo de aquella publicación juvenil. No sonriamos: el primer deleite «de considerarse escritor público, que lleva envuelta la idea de maestro y director de la opinión», no se olvida; después viene la experiencia a mostrar cómo el desvelarse por la cultura—ingenuamente o con acierto—lleva consigo la rechifla de los pueblos *chicos*... Mas, ¿cómo no simpatizar con esos balbuceos, con esos ensayos iniciales, en los cuales acaso esté el germen de la obra futura de todo escritor?

En una de las semblanzas de don Manuel de la Revilla, dice Palacio Valdés que él escribió en *La Política;* pero no hemos logrado averiguar más sino que existió un periódico así titulado, de don Antonio Mantilla de los Ríos.

A continuación, sus tiempos de *El Cronista* y *Revista Europea*. El primero era un diario de Romero Robledo—el famoso político retratado indeleblemente por *Azorín* en «Romero en el Romeral»—, en el cual sólo redactó durante tres meses notas extranjeras. Le molestaba asistir a la tertulia y contemplar el espectáculo de las ambiciones solapadas. No tenía afición a la literatura ni a la política profesional. Su ideal era la cátedra. «En los años de mi adolescencia y en los primeros de la juventud he creído firmemente que yo había nacido para cultivar las ciencias filosóficas y políticas y para ser un faro esplendoroso dentro de ellas. Llegar a ser un sabio respetado y solemne fué mi única ambición entre los quince y los veinte años», declara en la «Confidencia preliminar» de sus *Páginas escogidas,* editadas por la Casa Calleja (1917).

¿De qué suerte se hizo, pues, escritor público? Él mismo lo ha contado en el prólogo de *Semblanzas literarias* y en el diario *Hoy,* de Francisco Gómez Hidalgo, que le preguntó cómo ganó su primera peseta y logró darse a conocer (20 de noviembre del 1913). Esta y otras respuestas «de

las más populares figuras españolas contemporáneas» fueron coleccionadas en un volumen por el hábil periodista y comediógrafo («Librería Renacimiento», Madrid, S. A.). La de don Armando dice así:

«La declaración que me piden ustedes me traslada a tiempo que gusto de recordar. El pasado y el porvenir son las únicas realidades para el hombre. El presente no es más que un punto matemático de dudosa existencia.

»El último año de mi carrera tuve la osadía de hacerme socio del Ateneo. No llegaban a una docena los jóvenes que se atrevían a pisar aquellos salones empolvados y angostos. La mayoría innumerable de los viejos nos miraba con marcado desprecio, pero este desprecio en vez de afligirnos nos alegraba, porque a los veinte años todo alegra. Algunos, sin embargo, había más clementes que condescendían con darnos las buenas tardes y hasta en fumar un pitillo en nuestra indigna compañía. Uno de ellos era don Luis Navarro (q. e. p. d.), socio de la casa editorial «Medina y Navarro», que publicaba, a más de los libros, la *Revista Europea*. Este don Luis Navarro descubrió al poco tiempo que yo poseía una naturaleza esencialmente filosófica y, en su consecuencia, me invitó a escribir algunos artículos de filosofía. No se equivoquen ustedes, sin embargo. Por ahora no aparece la primera peseta. Los escribí, y recuerdo que uno de ellos era un juicio crítico acerca de cierto libro de filosofía religiosa que acababa de dar a luz don Francisco de Paula Canalejas. No quiero pasar en silencio que para escribir la tal crítica consulté unas cuantas obras de la biblioteca del Ateneo y que salió atestada de profundas reflexiones y citas sapientísimas. Entre estas obras hallé una titulada *Historia de las ideas religiosas en Alemania*, por Lichtembergen, si la memoria me es fiel, donde vi claramente que Canalejas había bebido la mayor

parte de la suya. Algunos trozos se hallaban traducidos al pie de la letra. Poco tiempo hacía, y con motivo de otro libro, se le había llamado plagiario en la Prensa. No quise hacerlo yo porque estimaba su talento, pero cortés y veladamente le hice entender que había descubierto su plagio. Tanto agradeció esta cortesía que, a la primera ocasión que se le ofreció, en uno de sus artículos me calificó de «sabio y docto». El bueno de don Paco ignoraba que aquel sabio tenía veintiún años mal contados y que, como el sabio de Confucio, sólo sabía bien una cosa, y es *que no sabía nada*.

»Llegó el verano, terminé la carrera de Leyes y sin graduarme me fuí a mi tierra. En el mes de agosto recibí una carta del citado don Luis Navarro anunciándome que Medina y él fundaban un periódico diario titulado *El Cronista,* y que contaba conmigo para formar parte de la redacción. Vacilé un poco en aceptar porque tenía entonces ya la misma afición que ahora a la política, pero Navarro venció mis escrúpulos, encargándome de la sección extranjera. Vine, pues, a Madrid en los primeros días de setiembre, tomé posesión de mi cargo y al finalizar el mes me entregaron veinticinco duros. Dentro de ellos estaba *la primera peseta* que ganó este su humilde servidor. No fueron muchas más las que cayeron en mi bolsillo. Antes de terminar el año, acometido de un tedio invencible y arrastrado además hacia Oviedo por el amor, que todo lo puede, abandoné la redacción y tomé el tren sin despedirme.

»Al invierno siguiente volví a Madrid. Medina, que se había separado de Navarro, quedándose con la *Revista Europea,* me hizo jefe de la redacción, olvidando bondadosamente mi grosería. Desempeñé este cargo cerca de tres años. Con objeto de amenizar un poco la seriedad de la revista, publiqué algunas semblanzas humorísticas de oradores, poetas y novelistas. Esto me aficionó a la litera-

tura; escribí poco después mi primera novela, y yo, que aspiraba a ser un filósofo como una casa, me vi convertido a los pocos años en un frívolo narrador de aventuras galantes. ¡Así confunde Dios la soberbia de los hombres!»

¡Si la confundiera así siempre!... ¡Cuántos grandes hombres tendríamos en España!

De don Eduardo Medina, el propietario de la *Revista Europea,* nos habla don Julio Nombela en sus Memorias, ya citadas en estas páginas. Lo hace con ocasión de ensalzar a don Francisco de Paula Madrazo, a quien considera «mi maestro, mi amigo, casi un padre para mí». Además de periodista, era este señor taquígrafo del Congreso y profesor de la Escuela de Taquigrafía creada y sostenida por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Reunía en su casa a los discípulos más aventajados para representar sesiones parlamentarias: se adestraban en la taquigrafía y se solazaban al par. De los cuatro discípulos vive don Tomás Luceño, «tímido y apocado por entonces, guardando muy en secreto el numen que le ha inspirado los célebres y aplaudidos sainetes que como a Ricardo de la Vega le han dado un puesto de honor al lado del gran sainetero don Ramón de la Cruz». Los otros eran Manuel Zapatero, Cortés y «Eduardo Medina, que resultó un notabilísimo periodista, fué en varias ocasiones redactor-jefe y director de *La Correspondencia de España,* y asociado con Luis Navarro, simpático e inteligente periodista, fundó una empresa editorial que proporcionó a los socios mucho provecho y mayor honra, porque con su buen talento y gran ilustración dieron a conocer en España las interesantes y después tan populares obras de Julio Verne y publicaron durante algunos años la *Revista Europea*, que tanto contribuyó a la cultura de nuestro país y al re nombre de algunos escritores nacionales y extranjeros

que merecían ser no sólo conocidos sino admirados.» *(Impresiones y Recuerdos,* t. III, pág. 324.)

En *Revista Europea* publicó don Armando Palacio Valdés algunos artículos no coleccionados y los que hoy son conocidos por el título genérico de *Semblanzas literarias,* en las cuales faltan algunas como la de Galdós, de quien no era amigo entonces (17 de marzo del 1878): «No conozco a Galdós; no he tenido la honra de cruzar jamás la palabra con el ilustre novelista.»

Dicha publicación, vulgarizadora de las letras extranjeras, insertó asimismo renombradas obras o estudios españoles: *El sombrero de tres picos* (1874), de P. A. de Alarcón; las cartas de *La Ciencia Española,* de Menéndez Pelayo, el prólogo y plan de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1876) y *Horacio en España* (1877); Luis Alfonso y Valera, sus críticas referentes a los *Gritos del combate* (1875); Campoamor, el prólogo a las poesías de Revilla y la discusión—con don Gumersindo Laverde de su parte—contra Canalejas.

A tal década y a la siguiente corresponde la *Revista de Asturias,* «cuya colección es tan interesante para conocer los principios de aquel grupo de escritores asturianos, en el que descuellan como figuras de primer orden *Clarín* y Palacio Valdés», que observa el señor Sáinz Rodríguez. Los dos alternaban en la sección «Correo de Madrid». *Revista de Asturias* tuvo las primicias de *Crótalus hórridus,* que Palacio Valdés no ha reimpreso hasta el primoroso haz de *Cuentos escogidos* de hace poco. (Fundaron la *Revista de Asturias,* según datos nuestros, don Atanasio Palacio Valdés con su tío don Lino Palacio, don Félix Aramburu, don José Povedo y don Estanislao Sánchez Calvo.) Y se sucede la colaboración en otras publicaciones: así la de *Artes y Letras,* en Barcelona, que insertó *Los puritanos,*

narración «indefinible en su encanto» y joya de «melancolía suave», con palabras de los dos críticos últimamente citados, y la colaboración en *La España Moderna,* donde vió la luz *Seducción,* maravilla de humorismo que entusiasmó al *Dr. Thebussem* (don Mariano de Pardo Figueroa)...

Al crítico se le leía y... *se le consideraba.* Envíos y dedicatorias de autores muy conocidos lo demuestran así. Autógrafos de hombres que son famosos ratifican la afirmación:

«*Al excelente escritor Armando P. Valdés, honra de nuestra joven generación literaria, en prueba de profunda simpatía.—Ventura Ruiz Aguilera.*» (En un ejemplar de *Elegías y Armonías,* 1873.)

«*En prueba de estimación a sus talentos*». *Emilio Castelar* en *El ocaso de la libertad,* 1877.

De «*benigno y discreto crítico*» le califica don *Juan Valera* en otro ejemplar de *Disertaciones y juicios literarios,* que le dedica en 1878.

¡Cuánta distancia de entonces a estos días, en que *Vicente Blasco Ibáñez* pone con su letra clara en el primer tomo de la recentísima obra *La vuelta al mundo, de un novelista* fervorosas palabras: «*Al más eminente de los novelistas españoles, Armando Palacio Valdés, su amigo agradecido y constante admirador...*»!

El *benigno y discreto crítico*... va a dejar la crítica...

XIII

EL CRÍTICO Y EL HUMORISTA

LOS CUATRO LIBROS DE CRÍTICA.—AVERSIÓN A LA CENSURA.—ORADORES Y NOVELISTAS.—SIMPATÍA POR LOS POETAS.—EL ADIÓS A LA CRÍTICA.—HUMORISMO DE LA ESCUELA ASTURIANA.—PALABRAS DE M. BUENO.—EL HUMORISTA DEFINIDO POR PALACIO VALDÉS.

La obra crítica de don Armando Palacio Valdés está representada por las tres series que se titulan *Los oradores del Ateneo* (1878), *Los novelistas españoles* (1878), *Nuevo viaje al Parnaso* (1879), y por la obra escrita en colaboración con *Clarín, La Literatura en 1881* (1882).

¿Qué clase de crítica era la cultivada por el futuro novelista? Aunque nuestra tarea es de biógrafo únicamente, no estará demás recordar que el señor Sáinz Rodríguez opina que la denominada por *Clarín* crítica *higiénica y policíaca:* «es más bien una sátira literaria, que a veces en los hervores de una polémica se desliza por la pendiente de los ataques personales y violentos», como los dirigidos por Leopoldo Alas a Grilo, al P. Conrado Muiños y al P. Francisco Blanco García. El mismo *Clarín* había de explicar en *Palique* (1893) en qué consistía aquélla, con palabras que transcribe el catedrático de la Universidad Central: «Crítica higiénica y policíaca fué la que ejerció

Boileau combatiendo el mal gusto y los adefesios... mediante alusiones satíricas, y otros recursos legítimos, que trascendían de la pura especulación crítica, de la abstracción retórica para llegar al amor propio de quien merecía el castigo de malas obras.» Leopoldo Alas siguió por estos derroteros, aunque con mayor serenidad a medida que avanzaban los años y se acrecentaba su cultura.

Palacio Valdés no gustaba de este examen crítico, aunque alguna vez cayera en la tentación de ejercitar en él su pluma de mozo. Lo sentía así desde la adolescencia, cuando sus discusiones con los dos amigos en su tierra de Asturias: «aquellas ingeniosidades agresivas, aquella literatura de flechas aceradas no infundía calor en mi alma. Los gemidos de las víctimas, las heridas manando sangre, los miembros palpitantes esparcidos por el suelo, me causaban grima en vez de alegría. Nunca fué de mi agrado el género satírico, que se aparta mucho del humorismo. Detrás del humorista hay un espíritu piadoso que sonríe melancólicamente al contemplar las deficiencias y contradicciones de la naturaleza humana. Detrás del satírico sólo un hombre que ríe malignamente y goza con la miseria intelectual del prójimo. Cervantes fué un humorista, Larra un satírico.» *(La novela de un novelista,* cap. XXXIII.) Lo proclamaba en el «Proemio» de *Nuevo viaje al Parnaso:* «Yo no creo en la crítica. Tengo la inmensa desgracia de no creer en la crítica.» «Hace mucho tiempo que vivo en la creencia de que la tarea del crítico (si es que alguna tiene) no consiste precisamente en escudriñar las manchas o defectos que toda obra, por ser humana, ha de llevar forzosamente; tarea, sobre fácil, ingrata.» Y si lo primero suena a burla, esto otro tiene el aire sincero de una confesión; confesión que alguna vez ha reiterado, considerando la misión crítica «perjudicial» más que beneficiosa «en la

mayoría de los casos», de que se dolía don Julio Casares en *Crítica efímera* (vol. II, 1919), a pesar de que al frente de éste va una carta de Palacio Valdés, donde se estima «mérito sobresaliente en nuestra nación el fijar la atención en los libros que aparecen, estudiarlos y señalar al público sus bellezas y sus defectos.»

Por tales consideraciones se negó a reimprimir las tres series de críticas hasta época reciente, en que las reunió en un volumen de *Semblanzas literarias;* y se negó porque a los veintidós o veintitrés años «se puede ser un excelente poeta o tal vez un mediano novelista, pero sólo un detestable crítico». Hay en ellas «alusiones personales de dudoso gusto» y la arrogancia «que suele caracterizarnos en los primeros años de la vida». Muchos de los que aparecen en tales semblanzas son desconocidos para la presente generación; los ancianos pueden sentir melancolía al leer esos nombres; los jóvenes, sonreír con desdén: «No te equivoques, sin embargo; lo que ahora sucede, sucederá más tarde y sucederá siempre.» Aquellos hombres—prosigue el autor—no tenían más talento que los escritores y políticos de hoy, pero eran «menos pedantes». Los describió quien en su corazón juvenil no albergaba «ni un grano de odio. Yo no era entonces mas que un niño travieso y poco respetuoso.»

Los oradores del Ateneo eran: el P. don Miguel Sánchez, que anhelaba convencer y sólo hacía reír; Moret, malvís alirojo, nacido ruiseñor y no gorrión como parecía desear convertirse; don Carlos Mena Perier, el orador-flauta; Valera, en quien se advertía al orador sofocado por el escritor correcto; Moreno Nieto, tan sabio, tan impetuoso, ruiseñor entre buitres políticos; Revilla, quien tan a mal tomó sus juicios, según ya sabe el lector; don Gabriel Rodríguez, el de la escuela económico-individualista; don Francisco

de Paula Canalejas, talento considerable; don Francisco Javier Calvete, elegíaco, y don Emilio Castelar, tallado «en colosal» siempre.

Se escribió el libro de *Los novelistas españoles* porque el autor «no ha tenido ocupaciones más urgentes que se lo hayan estorbado». En esa época la novela en España no es más que «un campo vasto e inculto donde de trecho en trecho brota alguna flor de pétalos rojos y lustrosos, y crecen en abundancia las plantas de forraje.» Los novelistas en cuestión helos aquí: *Fernán Caballero,* de su segunda época de lector, «cuando con la mayor inhumanidad le obligaban a estudiar humanidades»; Alarcón, ameno en *El sombrero de tres picos* e indigesto en sus abstrusas filosofías de *El escándalo,* que sin embargo halla interesante; don Juan Valera, ilegible para las mujeres y muy del gusto de los doctos, «obscuro y alambicado» en el diálogo—«¡Lástima de metafísica!»—; Fernández y González, el despilfarrador de talento; Navarro Villoslada, correcto y meritísimo; Pérez Escrich, a quien trata con dureza entre burlas; Castro y Serrano, «escritor de nieves perpetuas»; Selgas, que al lado de páginas «exuberantes de gracia y colorido» presenta «candorosas necedades». La semblanza de Galdós no fué unida a las anteriores, acaso por ingenua.

En *Nuevo viaje al Parnaso* declara su simpatía por los versificadores: «El pueblo español, que tiene aparejados siempre honra y dinero para el primer político gárrulo y corrompido que viene a demandárselos, los niega siempre, con una entereza y constancia dignas de mejor causa, a los poetas ilustres. Seamos, pues, agradecidos con los que de vez en cuando refrescan nuestro espíritu sumergiéndolo en las cristalinas aguas del ideal.» Eran éstos: don José Echegaray, que llegó cuando había «un teatro chocho», cuando los dañinos gorriones Pérez Escrich, Larra y Eguílaz di-

vertían sus ocios en picotear la escena; Zorrilla, el genio de siempre; hay elogios para Campoamor; se burla de Grilo; Ayala es, para el autor, el que retrató de un modo más perfecto y acabado la sociedad española de ese siglo; para Ruiz Aguilera tiene palabras agridulces; en Núñez de Arce casi prefiere al prosista, y para don Manuel de la Revilla emplea de nuevo la sátira mortificante con ingenio sobrado.

El P. Francisco Blanco García veía en estas tres series «una finura de tacto, una delicadeza irónica y un gusto correcto, que valdrían más si estuviesen libres de preocupaciones sectarias. El prólogo que va al frente de *La Hermana San Sulpicio* contiene ideas originalísimas sobre la belleza y el arte, erróneas sin duda, pero hijas al fin de un ingenio observador que sabe pensar por cuenta propia.» *(La literatura española en el siglo XIX,* tomo II, ed. 3.ª de 1910.) Las «preocupaciones sectarias» serían las de no elogiar a algunos escritores tan gratos al culto y severo Padre Agustino y las de haber publicado, cuando se escribieron esas líneas, *La Espuma* y *La Fe,* «novísimos engendros» (!). De no ser que el P. Blanco García creyera «sectaria» esta afirmación, que puede leerse en la semblanza de Valera: «La religión, cosa muy santa y muy digna de que los hombres la tomen por lo grave.» Mas con referencia al catolicismo de Palacio Valdés hemos de tratar espaciosamente. Ahora nos corresponde tratar del libro que en colaboración con Leopoldo Alas dió a la estampa, y que fué su despedida de la crítica.

La literatura en 1881 se imprimió en Madrid en 1882. Dedican el libro «A los escritores que no queden satisfechos», en diciembre de aquel año. De las 202 páginas en 8.º de que consta, 92 son de Palacio Valdés, y desde la 93 son de Leopoldo Alas las restantes.

El llorado crítico e inolvidable amigo Andrés González

Blanco, en su *Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días* (1909), analiza aquella obra en el capítulo VII («La novela humorística»); compara ambos autores y aduce ejemplos: «El humorismo de Palacio Valdés es más trascendental, más grave, más imponente; el de Alas más risueño, más jovial, más franco, más arlequinesco... Éste parece un humorismo en carnaval; aquél, en miércoles de ceniza. Palacio Valdés dice sus burlerías con tan refinado tono de encopetada seriedad dogmática, que a veces llega a parecer que habla en serio... Por la ley del contraste, a fuerza de seriedad humorística, llega a perturbarnos más Palacio Valdés y nos deja más honda huella. La sátira de *Clarín* en ocasiones sólo roza el espíritu. Aquél es más sajón y éste más latino...»

Este humorismo desborda en la escuela asturiana. Cuantos se dedican al estudio de la literatura hicieron la misma observación. Así Andrés, páginas antes de la que transcribimos. Así el señor Sáinz, en su Discurso referente a *Clarín:* «El espíritu de Alas era asturiano; por eso está impregnada su obra entera de ese humorismo norteño, fino, suave, profundo, de tono gris, que parece engendrado por este ambiente de lluvia que obliga a los hombres a buscar muy dentro de sí las ideas y la sonrisa. Ese humorismo, en suma, que a veces tiene dejos amargos, como en *El entierro de la sardina,* o una cierta melancolía suave, como en aquella joya de Palacio Valdés que se titula *Los Puritanos.*» (Pág. 75.) Así Gómez de Baquero, en *El renacimiento de la novela en el siglo XIX:* «En el mapa espiritual de España, parece que habría de situar el humorismo en Asturias. Palacio Valdés, *Clarín* y Ramón Pérez de Ayala, asturianos de nacimiento o de adopción, son, entre los novelistas, los que mejor han tocado esta cuerda.» (Pág. 82.) Y para no aducir más textos, Salvador de Madariaga, en *Sem-*

blanzas literarias contemporáneas, acabadas de salir de las prensas de Barcelona, ve en Asturias, por su encanto indefinible, «un reino aparte entre los reinos de España»; en los asturianos, «los españoles más ricos en distinción intelectual»; «Asturias es más bien crítica y su don distintivo es el talento. Asturias es, pues, consciente, y en este sentido, el más hondo, es sin duda el más europeo de los reinos españoles.» (Págs. 105-107.) Textos a un lado, lo cierto es que la región asturiana propende al humorismo, y que el humorista no abunda como las flores en jardín lujuriante.

Qué sea el humorismo, pide lugar propio en una teoría e historia de la *Estética,* a lo Benedicto Croce. Mas, ¿se nos permitirá recoger unas líneas de Manuel Bueno, en *Los lunes de El Imparcial* (6 de abril del 1924), al comentar un salado libro de Wenceslao Fernández-Flórez? «El humorista—para el multiforme ingenio citado—es un sentimental que ha perdido la fe en la acción del sentimiento como regenerador del mundo. Es un escéptico que está en el secreto de su impotencia sobre las cosas, pero que por una contradicción muy humana conserva en el espíritu gérmenes sentimentales que le impulsan a desear lo que él sabe de antemano que no puede conseguir. Esa dualidad psicológica engendra la tristeza y la ironía que dan tono al temperamento del humorista. En ese caso—concluirá el lector certeramente—el humorista es un pesimista que disimula por elegancia su atroz melancolía. Exacto; eso es.—No conviene confundir, pues, al escritor meramente cómico, que se fija en los aspectos ridículos de la vida y los comenta ingeniosamente, con el humorista. Entre Cervantes y Taboada no hay nexo posible...»

Mas al tratarse de la cualidad distintiva en un escritor determinado, lo más directo será exponer el concepto que

él mismo tenga de ese aspecto suyo. En la semblanza dedicada a Campoamor se expresa de esta suerte Palacio Valdés: «*Humorista,* sin embargo, no es únicamente el que pone en contradicción su pensamiento con sus palabras, pues esta contradicción se observa en cualquier escritor satírico, sino más bien el que pone en contradicción su pensamiento con el pensamiento universal. El escritor que sólo aspire a producir un efecto cómico, no llegará jamás a este punto. Es necesario poseer un alma superior y lúcida, que aprecie las cosas de este mundo en su verdadero tamaño y no en el que se ofrecen a los ojos del vulgo. El *humorismo* es un soplo delicado que se esparce por todos los pensamientos del escritor, suavizando su aspereza, refrenando sus tendencias a lo absoluto y tiñéndolos todos con el color de lo relativo. Es algo que nos emancipa y nos liberta de la bajeza de esta vida, colocándonos en un sitio elevado e inexpugnable. El *humorista* ríe; pero bien sabemos todos que su risa no durará mucho, y que sus lágrimas se encuentran siempre apercibidas a salir. En este mundo no todo inspira risa. El *humorista* llora; mas si aplicamos el oído, no tardaremos en percibir cómo se une al coro de gemidos una nota risueña y bulliciosa. En este mundo no todo arranca lágrimas. El *humorista* ridiculiza los actos y las personas; pero su sátira no lleva veneno y por eso no mata, antes vivifica. Cervantes, el más grande de los *humoristas,* ridiculizando en un personaje la desmedida afición a las aventuras caballerescas, no ha podido menos de hacerlo amable a todos los corazones sensibles. El espíritu del verdadero *humorista* se halla dotado, en fin, de una tolerancia inagotable para con los defectos de la humanidad. Los considera como una herencia que no es posible repudiar, y dirige sus ataques más al defecto en general que a los defectos.»

Ese «soplo delicado» se esparce menudamente por las ideas de Palacio Valdés; esas lágrimas ruedan con frecuencia de los ojos azules de don Armando hasta sus labios entreabiertos por la sonrisa; esa vivificante sátira señorea de vez en cuando en sus libros; esa tolerancia inagotable le sirve para envolver a sus héroes; ese humorismo orilla el camino que va desde *El señorito Octavio* hasta *La hija de Natalia...*

XIV

LAS PRIMERAS NOVELAS

NOVELISTA A LOS VEINTIOCHO AÑOS.—EL CONTAGIO DEL NATURALISMO.—VERDAD Y POESÍA.—«EL SEÑORITO OCTAVIO».—«MARTA Y MARÍA»; EL FALSO MISTICISMO; LA HUMILDAD Y LA CARIDAD ELOGIADAS POR PALACIO VALDÉS; TRADUCCIONES; «EL SALÓN» DE LAS HEROÍNAS; UN TELÓN Y UN «CHALET».

El señorito Octavio («Novela sin pensamiento trascendental»), primera de las publicadas por don Armando Palacio Valdés, lo fué el 1881. Las semblanzas escritas para amenizar las páginas semanales de la *Revista Europea* lo aficionaron a la literatura, según confesión propia; y, puesto a ello, se encontró «tan contento como el pez en el agua». Por un juego de la fortuna—nos declara—se vió convertido en novelista, «y comprendí que la fortuna tenía razón. Me acaeció lo que a Federico II de Prusia. Creyó haber nacido para músico y literato y resultó un guerrero.» (En *Motivos de Proteo,* del gran José Enrique Rodó, se hallan muchos ejemplos de esta clase.) ¡Bendigamos la fortuna! «¡Venturoso capricho de la suerte, gracias al cual puede España ufanarse de un novelista cuyas obras, traducidas a casi todos los idiomas europeos, han vuelto a conquistar para nuestra literatura una difusión no lograda desde los

tiempos clásicos!», que exclama el filólogo y Académico don Julio Casares, en el segundo volumen de *Crítica efímera.*

Veintiocho años contaba Palacio Valdés cuando imprimió su primera novela, y, no obstante, se arrepiente «de haber principiado a novelar demasiado pronto. En la edad juvenil se puede ser excelente poeta lírico, pero no cultivar con acierto un género tan objetivo como la novela realista», expone al editar sus «Obras completas», en la dedicatoria a su hijo; lamentación análoga a la que consignó al coleccionar sus críticas.

El señorito Octavio lleva el subtítulo, anotado antes, de «Novela sin pensamiento trascendental». No pretendamos hallar sentidos ocultos: se proponía sencillamente esto: no ocuparse de temas trascendentales y «sobre todo» basados en asuntos religiosos. Al publicar, por espíritu de contradicción innato en los españoles, *Marta y María* lo declara sencillamente.

Al iniciarse la tarea novelesca de don Armando, había pasado en Francia el realismo creado por Flaubert; y los escritores naturalistas seguían preocupándose del valor documentario de sus libros, guiándose por el ejemplo de Balzac más bien que por el del creador de *Salambó,* afirmado por críticos de la consideración de Abry, Audic y Croucet, profesores de Liceos y Academias *(Histoire illustrée de la Littérature Française.* 6.ª ed. H. Didier, editor. París, 1921). Son, entonces, los tiempos de Edmundo y Julio Goncourt, de Zola, de Alfonso Daudet y de Maupassant; son los tiempos, a la sazón algo lejanos, de *Manette Salomon* (1867) y los más cercanos de *Eugène Rougon* (1876), *Jack* (1876) y *Boule de Suif* (1886), por no citar sino una obra característica de cada uno de ellos. Se comprende que corriente tan poderosa atravesara los Piri-

neos, sugestionando a los jóvenes especialmente... De aquí que nuestro novelista confiese—en sus *Páginas escogidas*—que en sus producciones ejerció su «perniciosa influencia» el naturalismo francés: «Quien no penetrase en los burdeles y nos hiciese saber lo que allí ocurre o no tuviese arrestos para describir en cien apretadas páginas los productos alimenticios que se exhiben en un mercado (el rojo inflamado de las zanahorias contrastando con la nota argentada de las sardinas, etc.) era tenido por un literato anticuado y chirle.» No llevó a esos extremos la imitación de la moda; mas algo hubo, hasta que se convenció de que las novelas se componen «de retratos, no de fotografías». Aquellos «efectos de relumbrón» de algunas obras suyas, lo atribuye—en la dedicatoria citada—a no haber atendido entonces «al consejo de las musas, sino al gusto depravado de un vulgo frívolo y necio».

Palacio Valdés sabía—porque lo había expuesto al criticar a Castro y Serrano—que «El arte no es otra cosa en resumen que verdad y poesía. De un pedazo de tierra se hace un brillante. Con un puñado de sentimientos se forma un poema. Todo se reduce a saber tallarlos. El poeta puede mover la cabeza sobre las flotantes nubes y bañarse en la radiante luz del sol, cuando para los demás mortales no aparece, pero es a condición de que pise con un pie a lo menos esta pobre tierra, que con tanta paciencia nos soporta.» *(Los novelistas españoles.)* ¿No es esta frase el antecedente de la del señor Ortega y Gasset, realzada por *Andrenio,* de que «La realidad sólo puede ser para el artista lo que el tablado para el bailarín, para tocarle con la punta del pie»?... Sabía don Armando que no se debía zambullir demasiado el escritor en las cosas terrenas; pero era inevitable caer en algo del procedimiento naturalista, en alguno de los «tres *clichés* invariables» observados por el

señor Sáinz Rodríguez en éste: en las descripciones largas y detallistas, en la minuciosa pintura del medio... lo que se advierte en *El señorito Octavio.* No era, en suma, afán de seguir exactamente las normas del naturalismo: era el contagio casi imposible de evitar. Que, por otra parte, más que con los franceses, le advertían afinidad con los ingleses ciertos críticos: «hijo de Asturias, naturalizado en tierra sajona por excepcional privilegio entre autores españoles», es para el P. Blanco García; el papel que representa en la novela española «no es el de un naturalista a la francesa, sino mejor el de un realista independiente, que yo calificaría más bien de realista a la inglesa. Tiene Palacio Valdés de los novelistas ingleses el procedimiento reposado, paciente y vasto...», en afirmación de don Ramón D. Perés *(A dos vientos,* críticas y semblanzas, 1892).

Y en nuestra labor de biógrafo no hemos querido omitir estos detalles reales, estos hechos, que pueden servir a quien examine críticamente la obra literaria de don Armando Palacio Valdés.

En *El señorito Octavio* hay, entre las descripciones bellísimas—las del país natal con nombre supuesto—, un idilio que acaba en tragedia: el de la pequeñita, fresca y sonrosada condesa Laura Estrada con Pedro, el administrador subalterno, y la tragedia es el asesinato, por el marido, de la condesa de Trevia y Octavio, que la adoraba, que delató a los adúlteros y que, arrepentido, sólo pudo evitar la muerte de Pedro. Por ironía de la vida, supusieron las gentes que aquéllos eran amantes y que éste, huído, fué coautor del crimen... Entre los tipos secundarios, recordemos a miss Florencia, la institutriz que enceló a Laura; al anciano sacerdote, reidor y descuidado en el vestir, que repetía hasta cuatro veces la misma frase; al procurador don Primitivo, horticultor y animal... carnívoro;

al pulquérrimo licenciado Velasco de la Cueva, con su muletilla de «¡Perfectamente!»; a don Marcelino, el castellano rapaz; a Paco Ruiz, desvergonzado más que chistoso; a Homobono Pereda, el ateneísta pedantísimo, retratado por Palacio Valdés con rasgos humorísticos que bastarían para hacerle famoso. Del paisaje no se olvidan la pomarada, la romería, la niebla envolviendo el lago Ausente; de escenas, las tertulias del pueblo, las veladas que evoca el novelista, cuando vivía doña Rosa, la madre de doña Laura, la estada de la Condesa y Pedro en el pajar, que huele a saúco silvestre, a heno, a tomillo, a cien hierbas aromáticas.

Marta y María («Novela de costumbres»), la segunda publicada por don Armando, apareció en Barcelona a los dos años de la primera. Fué editada por la Biblioteca «Arte y Letras», en 1883. Las ilustraciones eran de J. Luis Pellicer, y elegante la presentación del volumen.

En el «Prólogo» dice que los hechos fundamentales de esta narración, inspirada por un dibujo, «se han efectuado. El autor no hizo más que relacionarlos y darles unidad. Tengo la presunción de creer, por lo tanto, que aunque *Marta y María* no sea una novela bella es una novela realista. Sé que el realismo—actualmente llamado naturalismo—tiene muchos adeptos inconscientes, quienes suponen que sólo existe la verdad en los hechos vulgares de la existencia y que sólo éstos son los que deben ser traducidos al arte. Por fortuna no es así. Fuera de los mercados, los desvanes y las alcantarillas existe también la verdad. El mismo apóstol del naturalismo, Emilio Zola, lo reconoce pintando escenas de acabada y sublime poesía, que riñen ciertamente con sus exageradas teorías estéticas.» Acaso por aquello fuera calificada de *agua tibia* a su aparición; y, desde luego, por el problema que plantea entre

el amor divino y el humano—María y Marta—fué combatida hasta en el púlpito. «El verdadero misticismo nada tiene que ver en este asunto—son palabras de *Páginas escogidas*—. Las místicas sinceras y espontáneas como Santa Teresa, Santa Catalina de Génova, Margarita de Alacoque, jamás pueden hacerse antipáticas. Pero lo son alguna vez sus frías imitaciones, etc.» Se comprende que, interpretándolo así, otros sacerdotes la recomendaran a beatas jóvenes como «receta» para los ataques de misticismo. Mas no queriendo herir ninguna conciencia, consignó en ediciones posteriores que no daba a ninguna palabra de su libro «otra significación que la que pueda acordarse con la fe cristiana y con las enseñanzas de la Iglesia Católica, a las cuales me glorio de vivir sometido». El mismo Padre Agustino de El Escorial, citado por nosotros reiteradamente, aunque censura el retrato de María, advierte que «con honradez y delicadeza dignas de elogio, huyó de las infames caricaturas que tanto privan actualmente.»

En *Sermón perdido* (crítica y sátira), 1885, *Clarín* le dedica las páginas 121-130. Nos entera de que *Marta y María* fué bien recibida por el público y la crítica, «no tan bien como merecía, sobre todo por parte de los críticos, alguno de los cuales vió en ella reminiscencias que no había, imitaciones soñadas». El libro—opina—no tendría «pero, por lo que respecta a los primores de proporción y armonía, si fuese algo más pequeño», más ligeros los primeros capítulos. Marta es «la figura mejor dibujada»; «María, la mística, queda en segundo término.» Un crítico muy ortodoxo ha podido «encontrar inocente y muy respetuosa la novela de Palacio, que acaso otros considerarán como poderosa apología del racionalismo»; y «la aparición de Jesús a la primogénita de Elorza es una página digna del mejor novelista de España.»

Marta y María nos hace conocer la villa de Nieva—Avilés, tan amada para el novelista—con sus soportales, la hermosa ría al Moral, el puerto con pataches y quechamarines, las excursiones plácidas y las sangrientas luchas civiles en que murieron hombres tan heroicos como el don César Pardo. La huerta del señor Elorza embalsama la novela como el capítulo «Gocémonos, Amado», y el sueño-realidad del marqués de Peñalta, en que Martita lo besa. Marta, adolescente con formas de mujer, negreando los ojos y cabellos en la blancura de la tez purísima, «rostro parado» y con expresión casta, se destaca junto a la majestuosa María, flexible y ondulante, que aspira imitar a Santa Isabel de Hungría para que a Luis de Turingia se parezca en los hechos su prometido Ricardo. ¡Qué simpático en su dolor de padre don Mariano de Elorza y qué tristeza de doña Gertrudis, enferma siempre! Y en cuanto a ideología, ¡qué bellas frases dedicadas a la humildad y caridad! ¿Qué importa que el crítico amigo señalara algún error en el Consejo de Guerra; qué importa ante el cuadro del Marqués que contempla a Marta envuelta en la luz azul de los cristales del terrado?...

La segunda novela de don Armando Palacio Valdés fué la primeramente traducida: al francés, por madame Devismes de Saint-Maurice *(Le Monde Moderne);* al inglés, por míster Haskell Dole (Nueva York); al ruso, por M. Pawlosky *(Diario de San Petersburgo);* al sueco, por A. Hillman (Estocolmo); al checo, por O. S. Vetti (Praga). Total, a cinco idiomas.

El difunto don Rodrigo Ponte, padre del actual marqués de Ferrera, mostraba con orgullo a las gentes «el salón» de *Marta y María.*

En el telón de boca del *Teatro de Palacio Valdés,* que en Avilés fué inaugurado en agosto de 1920, el pintor don

Manuel Marín—profesor de Perspectiva en la Escuela de Madrid—reprodujo la escena del sarao en aquel salón.

Marta y María se nombra el *chalet* o casita de campo que posee don Armando en Cap Breton, rincón de las Landas francesas aromado por los pinares...

XV

EL CASAMIENTO

LAS TERTULIAS LITERARIAS; LOS DEL «BILIS CLUB».—LA AMISTAD CON GALDÓS Y PEREDA.—UNA VISITA A DOÑA EMILIA; SUSPICACIAS DE LA ILUSTRE ESCRITORA; CABALLEROSIDAD DE PALACIO VALDÉS.—MENÉNDEZ PELAYO NO ES «PASARÓN».—INTIMIDAD CON CASTELAR.—«BRUTANDOR», MINISTRO.—LA BODA; QUIÉN FUÉ MAXIMINA; EL ENTERRAMIENTO; POCO DE BIOGRÁFICO EN LA NOVELA DE ESTE TÍTULO.—EN MARMOLEJO Y EN LA VIRGEN DE LA CABEZA.—VIAJE A SEVILLA.

En la primera década de su estancia en Madrid, frecuentó Palacio Valdés varias tertulias, aparte de las cotidianas en el Ateneo viejo. Y aunque la corte «no puede ser para el hombre laborioso y modesto que gusta del trato social, la soñada «tierra de amigos» del poeta», de lo que Ramón y Cajal se duele, don Armando sí encontró algunos con quienes descansar de sus fantasías y trabajos en el Café Suizo, en el de la Iberia o en la Cervecería Escocesa. Han desaparecido muchos de aquellos hombres; quedan pocos de ellos. Todos, durante la charla, aportaban su ingenio y reían o disputaban entre el asombro de los que en las mesas próximas no se preocupaban de cuanto pudiera tener relación con el talento o con «la loca de la casa.»

Una de aquellas «peñas» fué conocida por el remoquete de *Bilis Club,* atribuído a Ortega Munilla. Cuantos muchachos la formaban empezaban a sobresalir o aspiraban a ello: eran periodistas, críticos, poetas, novelistas, políticos: asturianos los más, andaluces otros, aragonés alguno, melenudo y huraño. El poeta Marcos Rafael Blanco Belmonte ha contado en *A B C* (julio del 1920, cuando la muerte de Mariano de Cavia) que al disolverse aquella reunión de jóvenes, «el poeta-periodista, Manuel Reina, era el primer orfebre de la rima española; el periodista-poeta don José Sánchez Guerra, se destacaba en la política, que había de llevarle hasta la presidencia del Congreso de los Diputados; el aspirante a crítico don Armando Palacio Valdés, tenía ya personalidad envidiable como novelista; el aprendiz de novelador ejercía brillantemente la crítica, haciendo temible y respetado el seudónimo de *Clarín;* el periodista satírico, Tomás Tuero, lograba prestigio con sus derroches de gracejo insuperable; el asturiano que no se había especializado, Adolfo Posada, iba derechamente hacia la cátedra y estudiaba con ahinco asuntos sociales, en los cuales no tardó en descollar. Y, en fin, el antiguo alumno de los jesuitas, el enemigo de la literatura tauromáquica, Mariano de Cavia, se hallaba convertido en maestro de revisteros taurinos, entusiasmando al público con las crónicas firmadas por *Sobaquillo.*» Un cordobés, el señor Sánchez Guerra, y dos de los asturianos, el señor Posada y nuestro novelista, son los que sobreviven de los nombrados más arriba. Otros, de menos renombre, aun recuerdan también aquellas horas libres de preocupaciones y melancolías dulces; y evocan las fiestas, los paseos, las reuniones en los saloncillos de los teatros, las lecturas mutuas, las confidencias... Todo eso que parece es de la mocedad, y sólo de la mocedad, antes de que llegue el retraimiento

y haya que apercibirse contra la traición. (Al corregir las pruebas, recuerdo un nuevo artículo que debe consultarse: el del ilustre Francos Rodríguez, en *Blanco y Negro* de 23 de febrero del 1919.)

Data de entonces, asimismo, su amistad con Pereda y Galdós. A don Benito no le conoció tan pronto como se ha afirmado ligeramente; en marzo del 78 declaraba en la *Revista Europea* que no había tenido la honra de cruzar jamás la palabra con el autor de los *Episodios Nacionales*— lo consignamos en anteriores páginas— . En *La Castellana,* artículo de *Aguas fuertes,* compara dos casas de la Plaza de Colón: la de la derecha, «donde se fabrican las pocas pesetas buenas que hay en España. A la izquierda está la que proporciona las pocas novelas bellas: la casa de don Benito Pérez Galdós. Todos los españoles saben lo primero; muy pocos somos los que tenemos noticias de lo segundo. Pero los que lo sabemos—dicho sea para nuestra honra y prez—solemos mirar con más atención a la izquierda que a la derecha.» No hace falta más, para mostrar la admiración cariñosa. Don José Ortega Munilla ha referido *(A B C,* agosto del 1920) que en uno de los dos banquetes que se ofrecieron a Galdós, en la mejor época de éste, fué autor principal Armando Palacio Valdés: redactó la convocatoria para la mayor fiesta de aquel tiempo, en que hablaron Castelar, Echegaray y Cánovas del Castillo; y cuando reuniéronse los festejantes, se limitó a ser uno de tantos... En cuanto a don José María, ¿quién iba a decirle que le substituiría en el sillón de la Real Academia Española su cordial amigo? Porque don Armando le quiso siempre, como estimó a sus otros camaradas de letras, sin que la envidia le emponzoñara ni las hablillas del mundillo literario entibiaran la camaradería. Evoquemos, pues, a los tres amigos por las calles de Madrid: Galdós

alto, delgado, un poco echado hacia adelante; el hidalgo montañés, con su perilla y traza de «castellano viejo», un tanto enfurruñado a primera vista; Palacio Valdés, con barba cerrada que había de tornarse a poco en amplia barba en abanico, guapo para las mujeres, elegantísimo para los hombres. Más de una y más de otro volverían la cabeza al verlos pasar. Evoquemos a estos tres hombres, que la posteridad ha respetado... No, no se trata de imaginar fútilmente: los tres—don Benito, don José María y don Armando—gustaban de discurrir plácidamente por las calles. Un día se preguntaron:

—¿Vamos a visitar a doña Emilia?

—Vamos...

Doña Emilia—doña Emilia Pardo Bazán—no residía aún en Madrid. Venía de vez en cuando y se hospedaba en una fondita de la Plaza de Santa Ana. Gozaba ya de consideración.

La futura condesa se mostró encantada del honor que recibía, que ellos declinaron. Jaime, entonces pequeñito, enredaba por allá. Platicaron amena y cordialmente; y, ya al despedirse, doña Emilia tuvo una frase épica:

—¡Qué lástima que no haya aquí un fotógrafo, para que nos retratara juntos!

Sin embargo, doña Emilia no mostró de continuo buena voluntad hacia don Armando: a cada nueva obra, encontraba algo que oponer; le molestaba que no asistiera a sus reuniones, que no fuera amigo de los amigos de su casa; llegó a expresarlo diáfanamente. Hubiera podido escribirse un artículo acerca de «los resquemores» de la Pardo Bazán, parecido al que la ilustre escritora publicó en *Los Lunes de El Imparcial* referente a Pereda. A don Armando, gran humorista, le hubiera sido fácil. Mas, por el contrario, cuando le preguntaron quiénes eran nuestros

mejores cuentistas, replicó sin vacilar: —Doña Emilia y Blasco Ibáñez. (Por contraste, *Fray Candil*—en la Revista *Alma Española,* 13 de diciembre del 1903—hubo de censurar los «rencores sordos» de esta escritora, que al dar a conocer en una publicación francesa los novelistas y cuentistas españoles contemporáneos, omitió a Palacio Valdés entre otros...) Al pedirle un periodista a don Armando su opinión de si la Condesa debía entrar o no en la Academia Española respondió afirmativamente y que, si para ello fuera necesario, le cedería su sitial. La autora de *Morriña* le dirigió una efusiva carta de gratitud.

Don Marcelino Menéndez Pelayo también fué muy amigo suyo. Alguna vez hubo de consultarle tales o cuales datos, y nunca tuvo negativa para sus deseos. «Era portentoso el memorión de aquel hombre.» Cuando se quiso ver en el *Pasarón* de los *Años de juventud del Dr. Angélico* la contrafigura satirizada del inmortal santanderino, el novelista experimentó ligero pesar: era especie indigna de ser creída; los rasgos que Palacio Valdés reunió no bastaban para formar una caricatura.

Con Pedro Antonio de Alarcón, a quien tanto admira, no amistó nunca. Valera era frío, cortés, lo contrario—en efusión de afectos—que el inocente don Ramón de Campoamor...

Don Emilio Castelar es para don Armando el político de más corazón que ha conocido—tan grande como el de su personaje novelesco Sixto Moro, con el cual no pretendemos identificarlo—. Asistió a sus reuniones y le auxilió en sus trabajos. Por eso pasó como republicano ante algunos biógrafos suyos; mas Palacio Valdés se limitó a comportarse siempre cariñosamente con el magno orador. Don Emilio Castelar, a su vez, distinguió mucho al novelista; y cuando don Atanasio, hermano de éste, llegó a

Madrid, Castelar le proporcionó colocación adecuada a sus méritos. Don Armando era contertulio a título de republicano, pero sin serlo. Una humorada deslizada en *Seducción* ratificó en el equívoco a las gentes. Él y otros amigos ayudaban al tribuno a redactar cartas; uno de éstos apenas si podía hilvanar unas líneas, mientras los demás llenaban unos plieguecillos:

—¿Ven ustedes lo bruto que es?... Pues llegará a subsecretario...

—No fué buen adivino Castelar. El tal señor llegó a Ministro.

El tal señor fué...—tente, pluma—el «Brutandor» que figura en *Riverita;* el Pedro Mendoza y Pimentel, compañero de colegio de Miguelito, el que le desplazó del corazón de la planchadora, el ateneísta vacuo, el director de *La Independencia,* el que puso a Rivera en tan amargos trances, «Brutandor» en fin...

Las idas y venidas a Asturias del joven sano que escribía por entonces *El idilio de un enfermo,* originaron un idilio real que terminó en nupcias: el 4 de octubre del 1883, o sea, al cumplir los treinta años, Palacio Valdés se casó con una jovencita de Gijón, de diez y seis abriles, doña Luisa Maximina Prendes Busto, perteneciente a distinguida familia. Don Armando se dedicó a su amor, a su hogar, a sus novelas. La esposa para un hombre de ciencia o para un artista no puede ser lo que para un hombre vulgar. Ramón y Cajal, en *Reglas y consejos sobre investigación biológica*—de tan árido título y contenido ameno—, considera indispensable el concurso de la esposa tanto en la juventud como en la ancianidad, en las condiciones adecuadas, para que los fulgores de la gloria rodeen «con una sola aureola dos frentes gemelas». ¡Y si el hilo de oro del amor une a los dos esposos y ella se encuentra fascinada por el

marido célebre! Entonces surge la evocación de las mujeres de Carlyle, de Lamartine, de Hugo, de Daudet, en contra de las Xantipas o Furias de todos los tiempos, de cuantas han originado el trágico divorcio interno de que hay ejemplos en *Mujeres de Artistas,* de Daudet; divorcio que ha sido analizado por González Serrano en su *Psicología del Amor*. Don Armando Palacio Valdés era dichoso y la dicha no quiso serle dùradera: nació un hijo; falleció la esposa, al año y medio del casamiento. En aquella primavera del 1885 «cayó sobre mí el mayor dolor que he experimentado en mi vida», decía hace poco en el homenaje rendido por los sevillanos. En la madrugada, a poco del fallecimiento, acudió solícitamente a la casa de la calle Ayala—donde a la sazón vivían—la célebre actriz María Tubau, íntima como lo eran la Mendoza Tenorio, Vico y otros, que hubiera podido utilizar el novelista para obras teatrales, de habérselo propuesto...

El entierro fué presidido por Castelar, Pereda y Galdós. Al coche en que iban subió un sacerdote, que hablaba locuazmente; no sabía quién era el viudo: acaso un comerciante, un rentista...

Mas uno de los tres amigos hubo de dirigirse a otro:

—Oiga usted, señor Castelar...

—¡Ah! ¿Pero usted es...?

—Sí, yo soy Emilio Castelar; y este señor, Pereda; y éste, Galdós...

El buen sacerdote no volvió a tomar la palabra, discretamente, hasta llegar al cementerio...

¡Inefable dolor el de don Armando! En aquella hora aciaga—la «más aciaga de mi existencia»—se propuso dar a conocer a los lectores el retrato de la adorada. Cumplió el propósito en *Riverita* y *Maximina*, donde no todas las escenas son autobiográficas como se ha afirmado. Hay, sí,

algo de su vida, pero no toda su vida. Lo íntimo ha quedado siempre en el fondo del alma; sólo tenuemente pudo vislumbrarse desde afuera. Toda aseveración en contra debe estimarse como ligereza o error, que rectificamos autorizadamente. La niña de Pasajes se llamó en el mundo Luisa Maximina, es cierto; pero nada más...

En la primavera siguiente a su casamiento, en la del 84, fué a la villa de Marmolejo, con tanto primor descrita en los primeros capítulos de *La Hermana San Sulpicio*. Padecía don Armando de retención intestinal. El médico le aseguró: —No se curará, aunque puede usted tomar las aguas...—Y, como es lógico, en el Balneario recobró la salud perdida.

En aquella fondita, y en los parajes aquellos, conoció a muchos de los que aparecen en su novela sevillana. El pueblo, blanco y pequeñito, le cautivó; admiró sus mujeres; celebró la hidalguía de sus hombres; y, en pago a su salud, le dió la inmortalidad. Hacía excursiones, se acercaba a Andújar, la muy nombrada, paseando como un agüista sin relieve. Enviaba a su esposa largas cartas, que deben de ser sus mejores escritos... Volvió, pasados muchos años. Con unos amigos, ascendió al Santuario de la Virgen de la Cabeza de Sierra Morena, donde es tradición que, en la tormentosa noche del 12 de agosto del 1227, la Morenita se apareció a Juan Alonso de Rivas, el pastor de Colomera. Más de cien santuarios y cofradías atestiguaban en todo el orbe el amor a la Virgen. Todavía se celebra, el último domingo de abril, la romería célebre, evocada por Cervantes en su «historia setentrional» de *Persiles y Sigismunda*. Palacio Valdés sintió penetrar en su alma la maravilla del paisaje serrano; se embriagó con el aroma de las hierbas y flores montesinas; miraba los alcores, las montañas, las nubes... Un señor apuntaba los nombres de todos; al oír el del

autor del *Tristán,* cuantos sacerdotes había allí, en tertulia, se levantaron y se descubrieron.

—No es tan inculto como se cree el cura español.

En noviembre del reciente 1924, después de la grave enfermedad que puso en peligro su vida, don Armando se dispuso a cumplir la promesa de visitar de nuevo a la Virgen. Unos cuantos amigos, invitados al efecto, habíamos de acompañarle honrosamente. El cansancio por las fiestas de Cádiz y San Fernando aplazó la excursión grata al lugar donde tiene su trono la Pilarica de Andalucía, en frase de Aurelio Alonso, la Morenita tan adorada en la provincia de Jaén.

Refiere Palacio Valdés que dormía en el Hotel Continental de la villa ribereña del Guadalquivir—donde las siestas «son tan higiénicas como sus aguas»—, cuando le llamaron porque un señor quería saludarle. Hizo amistad, en suma, con un canónigo de la Catedral de Sevilla, que era el presentado a él para manifestarle su admiración por la novela en que María y Marta florecen. Intimaron; jugaron al billar hasta rendirse; recitaron versos hasta no poder más, pasearon, charlaron... Don Armando prometió a don Eloy García Valero que iría a verle en cuanto pudiera trasladarse a Sevilla, porque entonces se hallaba Palacio Valdés recién casado, y un hombre en estas circunstancias «siempre tiene que hacer en su casa», dicho sea con palabras suyas. A los dos años siguientes realizaba «uno de los sueños» de su vida: el viaje anhelado.

La villa de Marmolejo rindió a don Armando, ocho lustros después, el homenaje debido.

XVI

LAS NOVELAS DE LA FAMA

«EL IDILIO DE UN ENFERMO».—«AGUAS FUERTES».—«JOSÉ».—FALLECIMIENTO DE DON SILVERIO PALACIO.—«RIVERITA» Y «MAXIMINA»; LÁGRIMAS POR LA ESPOSA; ELOGIOS.—«EL CUARTO PODER».—«LA HERMANA SAN SULPICIO»; SU HISTORIA Y SU ÉXITO.

El idilio de un enfermo es la tercera novela de Palacio Valdés. Se publicó en 1883 ó 1884, desde luego después de la boda y de insertarse en una Revista. En la serie de «Obras completas» ocupa el lugar primero, con prólogo dirigido a su hijo, y que interesa por las confidencias e ideas que contiene. Por segunda vez describe don Armando el Concejo de Laviana en general, y Entralgo particularmente, con nombres imaginarios. Hasta *La aldea perdida* no habían de figurar los verdaderos.

El enfermo es Andrés Heredia, anémico y dispépsico, huérfano, algo rico, un tanto poeta, de quebrantada salud por la vida disipada al frecuentar salones en calidad de cronista. Por consejo del médico, se va de Madrid a cierta aldea «pintoresca y sana» del Norte, donde tiene un tío párroco. En Ríofrío, el paisaje—ya conocido—es espléndido, y las aldeanas. Rosa la del Molino atrailla su atención por su color trigueño, por sus ojos vivos, por su boca chiquita

y fresca, por el pelo negro, por su gracia. No tan fresca y robusta cual su hermana Ángela, estaba bonita con el pañuelo de Manila al talle, otro colorado a la cabeza, gargantilla de corales, largos pendientes de perlas vistosas. Retozan y charlan por los prados. El padre no la maltrata hasta cerciorarse de que no se ha de casar con el tío americano, hasta ver que—en venganza de este su hermano *don* Jaime—se llevan las vacas, mientras las dos huérfanas lloran y Rafaelín grita y apedrea... Andrés va a despedirse; platican a deshora en el escaño del hogar; oyen que los buscan; el miedo les hace huir medio desnudos, hasta acogerse en un pajar henchido de yerba crujiente y delicada. Los detienen más tarde; pasado el tiempo, ella ha de escaparse para servir en Lada; él, años después, muere por fin.

Lo «repugnante» de la historieta no aparece por ninguna parte; los «toques acertados» sí, P. Blanco García. *Clarín* estimó—en el mismo *Sermón perdido*—que no faltaba asunto, que faltaba novela; que no era entonces uno de nuestros primeros novelistas, sino que iba a la cabeza de los jóvenes «que siguen en la novela las huellas gloriosas de maestros como Galdós y Pereda», y señalábale el peligro del *quietismo* literario. ¿Faltaba novela en *El idilio de un enfermo?* ¿Y qué importa, si uno de sus capítulos había de inspirar a Leopoldo Alas el hermoso cuento de *¡Adiós, Cordera!*?

La novela *El idilio de un enfermo* ha sido traducida al francés por M. Albert Savine *(Les Heures du Salon et de l'Atelier),* y al checo por M. A. Pikhart (Praga).

Aguas fuertes es una colección de novelas y cuadros de costumbres, publicada en 1884. Se ha comparado a las análogas de Pereda. Ha sido modificada en las sucesivas ediciones, y traducida y publicada la mayor parte de aquéllas en diversos periódicos y Revistas. En Nueva York se

hizo una edición española con introducción y notas en inglés para el estudio de nuestro idioma en Inglaterra y Estados Unidos, por W. T. Faulkner.

En la edición de «Obras completas», el tomo de *Aguas fuertes* describe cuadros tan humorísticos como «El Retiro de Madrid», «La Academia de Jurisprudencia», «La Biblioteca Nacional», «El Paseo de Recoletos», «La Castellana», «Los Mosquitos líricos» y «La Abeja»; otros tan delicados como el que se titula «Lloviendo», que «parece nada y es una poesía en prosa digna del mejor poeta» *(Clarín);* alguno incita a la reflexión, así «El último bohemio»; de novelitas, mencionemos «El pájaro en la nieve», «Los Puritanos» y «Los Amores de Clotilde»; de cuentos, «Polifemo», «El hombre de los patíbulos», «El potro del señor cura...». Unos cinco trabajos más completan el volumen. Es ameno, distrae sin ser superficial. No falta quien lo prefiere a muchas novelas del autor.

Al tiempo de aparecer, se apreció por algunos como su mejor libro: «Acusa un perfeccionamiento», en opinión de Leopoldo Alas *(Nueva campaña,* 1887): «Cuando se termina la lectura de *Aguas fuertes* se está un poco ebrio de luz, calor, armonía, sentimiento, y también de esa malicia bonachona, que en el fondo no es más que un perdón de todas las flaquezas, aderezado con la gracia de la experiencia horaciana.»

La novela de costumbres marítimas *José,* corresponde al 1885. Es una de las más populares. Se halla traducida al francés, por Mlle. Sara Oquendo *(Revue de la Mode,* París); al inglés, por C. Smith (Nueva York); al alemán, en *Furs Haus;* al holandés, por el ingeniero Hora Adema *(Het Nieuws van den Dag,* Amsterdam); al sueco, por A. Hillman (Estocolmo); al checo, por A. Pikhart (Praga);

al portugués, por Cunha e Costa *(Revista da Semana,* Río Janeiro); al danés, por Oskar W. Andersen (Copenhague y Cristianía), y el profesor Mr. Davidson dispuso una edición española con prólogo y notas en inglés para el estudio del castellano en Inglaterra y Estados Unidos (Nueva York y Londres). Con *Marta y María* fué la novela de Palacio Valdés que hasta entonces tuvo más franco éxito.

«Si algún día venís a la provincia de Asturias no os vayáis sin echar una ojeada a Rodillero. Es el pueblo más singular y extraño de ella, ya que no el más hermoso. Y todavía en punto a belleza...», así empieza *José*. Mas si no lo encontráis en el mapa, buscad a Cudillero, que es lo mismo. Fué un paraíso del novelista, en los años juveniles. Convivió con sus amigos los pescadores, convertido en uno más durante cierto verano. Los vió entristecidos cuando hubo de separarse de ellos. «¡Qué lástima, don Armando, hubiera usted sido un buen marinero!»—refiere que escuchó. Y recién publicada la novela, la leían en voz alta sobre el mar bello, que se rizaba alrededor de las grandes barcas.

¡Qué ternura en los amores contrariados de Elisa, «hermosa entre las hermosas de Rodillero», y José! ¡Qué odio entre las madres, y qué ironía en el retrato de don Claudio, «maestro de primeras letras (y últimas también, porque no había otras)» en el lugar, esposo de «la señá Isabel», pesadilla del mozo! ¡Qué desolación en las familias que esperan inútilmente la vuelta de las barcas y qué delicadeza en don Fernando, el segundón de la casa de Meira, acosado por el hambre y que arroja al mar el escudo al vender el ruinoso palacio! Al ver descender a Elisa y José hablando de boda, desde la iglesia al pueblo, el lector que ama «la humilde verdad»—y a quien va dedicada la historia—siente su poesía fragante.

Sotileza, novela comparada con *José,* no ofrece identidad con ésta en escenario, tipos ni costumbres; ambas se asemejan en ser narraciones de mar y de costa, solamente. Cada una siguió su camino de gloria. *Sotileza,* acabada de publicar, no podía ser remedada por *José,* ya escrita. Ni el tiempo ni el carácter de Palacio Valdés lo consentían desde luego. El idilio del marinero, ¿fué «considerablemente obscurecido por los incomparables fulgores de *Sotileza*», como afirmó el P. Blanco García? El «matiz épico, combinado con la exactitud realista y embellecido por la aureola del sentimiento religioso»—con palabras del mismo—ocasionaron que la historia de *José* se divulgara por el mundo triunfalmente. Todo paralelo, aunque fuera crítica literaria la labor nuestra, sería inútil.

Don Silverio Palacio Cárcaba, padre de don Armando, falleció a poco, en 1886. Dejaba dos hijos más: Atanasio y Leopoldo; Atanasio, ya hombre; Leopoldo, un niño. Los tres huérfanos lloraron intensamente al noble caballero, fuerte de cuerpo y de espíritu delicado. El novelista no lo olvida nunca: conserva su imagen en daguerreotipos primorosos y en un lienzo al óleo que representa al padre ya anciano, que más de una vez ha mirado al hijo ir poniendo en el papel las concepciones de su fantasía. Los recuerdos de don Silverio Palacio asoman con frecuencia a los labios del primogénito:

—¡Con qué gracia refería la escena de una señora encopetada, llegada a la altura desde humilde origen, que soltaba de vez en cuando frases o palabras que delataban su cuna, y que decía a la criada para indicar «la cesta»: «Pepa, ¿has bajado la *maniega?*» ¡Creíamos ahogarnos de risa...

Del padre heredó—según observamos al comienzo de estas páginas—la sentimentalidad y el humorismo; el pa

dre le hizo la confesión de que en su tiempo, «viendo un joven errar solitario con un libro entre las manos, se podía apostar a que este libro era de versos». Don Armando le decía a su hijo que, por el contrario, «actualmente hay seguridad de que el libro es la Ley municipal o un compendio de Derecho administrativo. ¿Caminamos por este sendero a la civilización y al engrandecimiento de la patria, o vamos derechos a la barbarie y al desprecio de las naciones cultas? Tú o tus hijos lo sabréis. Yo moriré antes de que se averigüe.» El pobre hijo también dejó este mundo sin averiguarlo. El padre del novelista, don Silverio, que nunca enalteció a los suyos, para no ensoberbecerlos, al fin de sus días se vió vencido por el más delicioso de los vencimientos: don Armando caminaba hacia la celebridad; sus obras iban por el extranjero de mano en mano.

Riverita, en dos volúmenes, y *Maximina,* en otros dos, salieron al público en 1886 y 1887. Presento juntas estas dos novelas porque, en verdad, forman una sola, aunque pueden leerse separadamente. El autor declara que exigencias editoriales, con relación al público, le obligaron a ponerles títulos distintos.

Creyóse que se trataba de una autobiografía disfrazada con el artificio novelesco. «Es un error. En la fábula no hay nada que se parezca a mi vida—agrega en *Páginas escogidas*—: sólo algunas escenas he extraído de ella. Pero en lo que se refiere a los caracteres, debo confesar que están más en lo cierto. El principal se halla ligado a mi existencia de un modo tan estrecho, que ni la muerte ni el tiempo han podido separarlo.»

Figura tan luminosa de mujer hela aquí: «Era una morena más pálida que sonrosada, la nariz pequeña, la boca fresca, la cabeza y la frente muy bien modeladas, el cabe-

llo castaño y los ojos garzos, ni grandes ni pequeños, más baja que alta, apretadita de carnes y abultada de formas, revelando en sus movimientos un gran vigor muscular. Nadie podía llamar hermosa a esta muchacha con justicia, y sin embargo, la expresión humilde e inocente de sus ojos, la sonrisa constante que contraía sus labios la hacían altamente simpática. Llevaba un vestido de percal claro, con un pañuelo de color de rosa, que le tapaba el pecho y parte de la espalda.» Maximina, la niña de Pasajes, es conocida por Miguelito Rivera cuando llega a este retiro «suave y campestre» en pos de la generala Bembo. Se olvidó de la huérfana; pero cuando adolecía de las heridas recibidas en lance de honor, su hermana Julia, la muy simpática, presenta súbitamente a Maximina: «¿Cómo se encuentra usted, Miguel? —¡En el séptimo cielo; a la derecha de Dios Padre!» La niña, educada en un convento de Vergara, donde conoció a la Hermana San Sulpicio, que le correspondía en adoración, pensaba meterse monja; pero, al fin, se casó con Riverita; nació un hijo cuando el prestamista va a reclamarle los treinta mil duros de que salió fiador para el periódico; murió la niña de Pasajes... Años después—en *El origen del pensamiento*—vemos al antiguo periodista viviendo solo con su hijo en un cuarto modesto y agradable: Miguel continúa con sus burlas agresivas, mas envolviendo en esta cáscara amarga «un corazón dulce y generoso.»

¡Cuántas lágrimas se han derramado por Maximina! Tantas como vertió Palacio Valdés por su esposa doña Luisa Maximina Prendes Busto. «Todas esas lágrimas las ofrezco como tributo de admiración al ser que como una visión celestial no ha causado más disgusto que el de su desaparición», escribe don Armando.

«Leed *Maximina*—aconsejaba en el homenaje rendido por Oviedo, en abril del 1906, el joven Pérez Ayala, que en-

tonces sólo tenía el librito *La paz del sendero,* veinticinco años y consideraba aquélla «la más hermosa y simpática» de las novelas de Palacio Valdés—. Leed *Maximina* como pudierais leer *La perfecta casada,* acaso con más fruto, porque un fraile, por sagaz que sea en el confesonario, no puede sentir ciertos suaves y honestos goces conyugales sin haber pasado por ellos. Leed *Maximina;* no dejéis de conocer aquella criatura humilde, silenciosa, enamorada y tímida...» Don Miguel de Unamuno, que no leía novelas, la leyó, la dió a su novia y, ya mujer suya, esta señora le repetía de vez en cuando algunas escenas: «no creo fácil superar aquella presentación del alma de las muchachas de mi tierra vasca.» *Clarín,* en el mismo volumen donde elogió *Aguas fuertes,* examinaba *Riverita.*

Riverita se tradujo al francés por monsieur Julien Lugol *(Revue Internationale),* y *Maximina,* al inglés por míster Haskell Dole (Nueva York, donde se vendieron más de doscientos mil ejemplares).

El cuarto poder «es una novela de las que entran pocas en libra. Léala usted...», decía Emilio Bobadilla en *Capirotazos,* cuando *Fray Candil* era el crítico más independiente de aquella época. *El cuarto poder* corresponde al 1888. Junto a los episodios de Prensa local—con sus insultos, tahures y honrados que piensan, a lo ingenuo, que pueden desvelarse por el pueblo y discutir limpiamente con los profesionales de la injuria que se amparan en el título de periodistas—, al lado de estas escenas, hay una fábula de amores con dos figuras de mujer contrapuestas, siguiendo la manera peculiar a don Armando. Cecilia, «no agraciada de rostro ni gallarda de figura», de ojos tan bellos, «tan suaves y expresivos, que pocas bellezas podían gloriarse de poseerlos tales», es la buena, la resignada, la

que siente desgarrada el alma al ver que su hermana misma le quita el prometido, se casa con él y le infama con aquel repulsivo Duque de Tornos; y, sin embargo, es «la única y verdadera esposa de aquel hombre», Gonzalo, que bien pagó su culpa. Ventura es la otra: diez y seis años, seis menos que Cecilia; «hermoso pimpollo, lleno de gracia y alegría», blanca y rosada, apretada de carnes y pequeña, manos de jazmines y pies de criolla, frente alta y estrecha, cabellos rubios y abundantísimos; es la seducción. Los padres... harto tienen doña Paula con su pena y don Rosendo con sus enemigos; Pablito, el hermano, con las modas y las conquistas no puede valerse. Los habitantes de Sarrió—mezcla de Gijón y Avilés—no pueden vivir con el miedo a los ladrones, las luchas pequeñitas y las reuniones como la celebrada por los próceres en el teatro con asistencia del cuarto estado, capítulo en que las sales se paladean al igual que mieles. Si gustáis de romerías, la de San Antonio—a media legua—os recreará el espíritu. Si preferís contemplar muy de cerca una reunión de artesanas, ved a las que cosen el equipo de la novia. ¿Y el viejo alguacil Marcones? ¿Y Patina Santa, «el gran sacerdote de uno de los dos templos de placer que había en Sarrió?» ¿Y Poca Ropa, que era el otro? Para ironías, a páginas llenas.

De *El cuarto poder* hay las siguientes traducciones: francesa, por B. d'Etroyat *(Le Temps);* inglesa, por miss Racher Challice (Nueva York y Londres); holandesa, por M. Hora Adema (Amsterdam).

El año 1889 salió al público la novela titulada *La Hermana San Sulpicio,* en dos volúmenes y con un prólogo muy interesante del mismo autor. El lector ya sabe que la amistad con el canónigo don Eloy García Valero, contraída en Marmolejo el 84, le decidió ir a Sevilla para realizar

este sueño el 86. Se hospedó Palacio Valdés en una modesta casa de huéspedes de la calle de Las Águilas, donde vivía su paisano y amigo don Joaquín Fernández Prida, catedrático de *Derecho Internacional* en aquella Universidad, después ministro y catedrático en análoga asignatura del doctorado de Derecho, en que fuimos discípulos suyos. El señor García Valero, prebendado, capellán real, poeta y presidente del Ateneo sevillano, le presentó en casas y tertulias, le hizo recorrer los barrios altos y bajos, le llevó a los pueblecitos de los contornos..., y cuando don Armando salió de la hermosa ciudad se prometió que no tardaría en escribir la novela de Sevilla. En *Riverita* ya nombra a la Hermana. No tarda en realizar el propósito de contar su idilio. Lo que acaso no sepa el público—refiere Palacio Valdés en un discurso—«es que esta *Hermanita* estuvo bastantes años sin que apenas se hiciese caso de ella. Hoy, por la voluntad divina, ha llegado a la cumbre de la celebridad y recibe flores a montones de todos los rincones del mundo civilizado. Su popularidad es tan grande que alguien ha podido decir hiperbólicamente que no hay español que sepa leer que no haya leído *La Hermana San Sulpicio*». Quince mil ejemplares, por término medio, de venta anual indican su difusión en el mundo; y las traducciones: al francés, por madame Huc (en París, con prólogo del Académico E. Faguet); al inglés, por míster Haskell Dole (Nueva York); al holandés, en *El Correo de Rotterdam;* al sueco, por A. Hillman (Estocolmo); al ruso, por madame Karminvi (San Petersburgo); al italiano, por Angelo Norsa (Milán).

El autor explica con modestia el éxito, suponiendo que lo que entretiene es lo que primero se difunde y esta narración «goza opinión de divertida», sin miras trascendentes de bosquejar la sociedad andaluza. Es una aventura

de amor, florecida «en el país del amor y de las flores», y nada más. Emilio Faguet (1847-1916), de la Academia Francesa, autor de notabilísimos estudios acerca de la tragedia durante varios siglos y de los políticos y moralistas del XIX, exalta esta novela «honrada y alegre», «picaresca y de buena compañía», con episodios que no hacen olvidar la aventura principal, de excelente parte pintoresca, de personajes «muy precisos, muy de relieve».

De los diez y seis capítulos de que consta la novela, los cuatro primeros se desarrollan en Marmolejo y los restantes en Sevilla. Marmolejo, villa de Jaén, deslumbra con su blancura, atrae con su aspecto morisco, callejuelas y casas típicamente andaluzas, limpias siempre; cautivan sus mujeres y la campechanía de los hombres; Sierra Morena está cercana y el Guadalquivir ciñe la falda de la Sierra. El manantial del Balneario devuelve la salud. Sevilla es la ciudad de la gracia, con «el encanto de las plantas y flores», con sus mocitas juncales, con sus dichos agudos, con sus aledaños deliciosos, con sus ventas y colmados, con su torería y sus hidalgos generosos prestos a beberse una *caña* de manzanilla en compañía de la gente plebeya, mientras suena una guitarra...

Ceferino Sanjurjo, «poeta y gallego a la vez», se enamora de aquella joven «de diez y ocho a veinte años, de regular estatura, rostro ovalado de un moreno pálido, nariz levemente hundida pero delicada, dientes blancos y apretados, y ojos, como ya hemos dicho, negros, de un negro intenso, aterciopelado, bordados de largas pestañas y un leve círculo azulado.» La Hermana del Colegio del Corazón de María no renueva sus votos. Aunque se oponen doña Tula y don Oscar, y Suárez hace traición y Joaquinita da celos... Gloria Bermúdez y el galleguito se casan al fin..., y son felices. El «dejillo» que del convento trajo al

hogar—según cantó bellamente Marquina—lo ampara contra las amarguras de la existencia; en sus rezos hay «un temblor de caricias»; en sus caricias, suavidad de tocas conventuales...

Tales son las novelas que, sin afán de clasificaciones, hemos denominado «las novelas de la fama»; porque, en verdad, Palacio Valdés afianzó con *José, Maximina* y *La Hermana San Sulpicio* las esperanzas que con *Marta y María* hizo concebir; *Marta y María* que es, «después de *Los majos,* la mejor novela del autor de *El idilio de un enfermo»,* para algún crítico tan culto e independiente como el que en la actualidad se ocupa de literatura en *Los lunes de El Imparcial* (23 de noviembre del 1924): Don Luis Astrana Marín, el de *El libro de los plagios,* secundado en Francia por J. Maurevet, amigo de Blasco Ibáñez. Claro está que después de aquéllas han de venir *Los Majos de Cádiz, La alegría del Capitán Ribot, La Aldea perdida, Tristán o el pesimismo* y los tomos en que se narra la vida del Doctor Angélico, entre otros... Mas para muchos, don Armando Palacio Valdés es, por antonomasia, el autor de las tres citadas primeramente en este párrafo.

XVII

NOVELAS DE MADUREZ

«LA ESPUMA».—«LA FE».—«EL MAESTRANTE».—«EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO».—«LOS MAJOS DE CÁDIZ».—«LA ALEGRÍA DEL CAPITÁN RIBOT».—SEMBLANZA DEL NOVELISTA POR GÓMEZ CARRILLO.—RUBÉN DARÍO DESCRIBE LA ESPAÑA LITERARIA DE AQUEL TIEMPO.—LA SEGUNDA BODA DE PALACIO VALDÉS.

Madurez de talento y madurez fructífera es la de don Armando Palacio Valdés en la última década del siglo pasado. Con nueve libros novelescos y cuatro de crítica se dispone a entrar en ella. Constancia y regularidad en su trabajo le van dando renombre poco a poco, ya que su triunfo no fué tan efímero como deslumbrador. En el acierto, tiene las alternativas de todo escritor que nunca considera perfecta su obra. Varía de temas, pero no de procedimiento. La moda está bien para los noveles, mas no es propia de caracteres firmes que desde el momento inicial escogen su camino. La sencillez le cautiva y la honradez es su norma. No se apresura para desfallecer pronto, sino que su paso es de quien sabe adónde va tranquilamente. Así ha llegado a la ancianidad con ánimos de mozo.

En cuanto a la labor novelesca de Palacio Valdés se prosigue con *La Espuma,* obra muy discutida.

La Espuma (dos volúmenes) se publicó en Barcelona el 1891, con ilustraciones de M. Alcázar y J. Cuchy, en la «Biblioteca de novelistas contemporáneos», donde se editaron obras de Pereda, la Pardo Bazán, Octavio Picón, E. Gaspar, Tusquets y otros.

La espuma, flor o nata de la sociedad, no aparece ciertamente atractiva; repugnan las damas y caballeros que desfilan por aquellas páginas: Clementina, que cambia de amantes apenas sin esfuerzo; Pepa Frías, guapa viuda desvergonzada, con repentes que se anticipan a los benaventianos, alguno de los cuales se ha atribuído a don Jacinto—el del alfiler-espejo—; las jovencitas que rodean a Esperanza; Amparo y sus amigas de rompe y rasga, devoradoras de haciendas; el duque de Requena, ex granuja del mercadal valenciano, millonario sin escrúpulos; Calderón, el banquero agonioso; el general Patiño, los ministros venales, los Pepe Castros buscavidas; los del «Club de los Salvajes», elegantes e ineducados... Sólo brillan por su virtud u honradez, doña Carmen, esposa de Salabert, la señora de Calderón, la marquesa de Alcudia, la hija de Pinedo... Entre idilios tontos o pasiones malsanas, la arraigada en Mundo. El viaje a Riosa y las minas traen a la pluma frases de Dicenta al describir las de Almadén, por la indignación que el espectáculo sugiere... Y el baile aristocrático en el palacio de Requena apenas si, por la riqueza y escenario, se diferencia de la cena en Fornos... ¡Oh Hámlet, no sólo en Dinamarca huele a podrido! Ni dejaría de heder «la espuma» de la corte, aunque el conquistador de la hija de Salabert no usara las zapatillas de terciopelo color perla con iniciales bordadas en oro, que indignaron a la eximia escritora tanto como el uniforme del Maestrante. La aristocracia preocupada por los humildes por la ciencia y el arte, inspira respeto y simpatía. La «espuma»

que intriga, se divierte no más y se envilece, es acreedora a libros como *La Espuma*.

La Espuma fué traducida en Londres por Clara Bell.

El mismo año que *La Espuma* apareció *Pequeñeces*, del P. Luis Coloma. El Jesuíta y el seglar coinciden. Algunos que censuraron aquella novela, elogiaron ésta. ¿Qué hubiera sucedido si Currita Albornoz sale a plaza antes que Clementina Salabert?

La Fe es del 1892. Ha sido, como la anterior, una de sus novelas más combatidas. En Francia, Gastón Deschamps elogiaba este libro «leal y fuerte, animado desde el principio hasta el fin por un gran soplo de humana piedad»; comparaba el capítulo de la primera Misa con escena análoga de Zola, con ventaja para el novelista español; y suponía que hasta los escépticos habrían de conmoverse con las aventuras del vicario de Peñascosa (Luanco, en la realidad). En España, *Clarín* protestaba contra *La Época* y el P. Blanco, porque estimaron impía y siniestra la novela en cuestión: «Es uno de los pocos libros españoles que, hablando del amor divino, llegan al alma.» (*Ensayos y Revistas*, 1892.) Refutaba las objeciones que Villegas hizo en *La España Moderna*, e indicaba—como respondiendo a una afirmación de doña Emilia Pardo Bazán—que en *Ángel Guerra* don Benito Pérez Galdós había seguido otro camino. (Reciente la tercera parte de *Ángel Guerra*, ni como modelo pudo tenerla en cuenta don Armando.)

¿Verdad que, al leer el juicio de *La Fe* en el *Nuevo Teatro Crítico* (Año II. Enero, 1892, núm. 13), se comprende la perspicaz observación de Leopoldo Alas, de que Palacio Valdés tiene cara «de pocos amigos... literatos»? Aun la «frialdad» digna—o sea, la que no mendiga alabanzas—no se perdona fácilmente en la República de las Letras.

Por su parte, el autor declaró: que de hombres es el dudar, «no de ángeles ni de bestias»; que San Francisco de Sales asegura en una de sus cartas «que a pocos ha visto marchar con más rapidez en el camino de la perfección que a los que la duda combate»; trae a la memoria que desde San Jerónimo al P. Isla «son tantos los eclesiásticos que han motejado con el sarcasmo los vicios del clero, que apenas es creíble que se me haya hecho un cargo de mi inocente crítica», y transcribe la Epístola XVIII de aquel dálmata traductor de la poética *Vulgata* por orden del Papa San Dámaso. Por último, hace la misma aclaración que en las nuevas ediciones de *Marta y María:* si en *La Fe,* la única autoridad que acata en esta materia juzgase que hay algo «que necesite corrección, corregido y borrado queda desde ahora mismo, pues yo no pretendo dar a este ni a ningún otro de mis escritos otro alcance que el que pueda ajustarse con las doctrinas de la Iglesia Católica, a las cuales me glorio de vivir sometido.»

La Fe se tradujo: al francés, por M. Jules Laborde (París); al inglés, por I. Hapgood (Nueva York), y al alemán, por A. Cronan (Leipzig).

El Maestrante (1893) es la relación de un adulterio entre aristócratas, en «la noble ciudad de Lancia». Lancia es una ciudad del Norte, lluviosa, triste, sin coches, sin trasnochadores en las calles, recogida en las tertulias, a propósito para lances de amor oculto: en suma, Oviedo en 185... Don Pedro Quiñones de León es el Maestrante, paralítico y casado en segundas nupcias con Amalia, dama valenciana algo emparentada con él, de la que decíase que se había forzado la voluntad para el matrimonio. El conde de Onís es el noble que impone respeto aun a los siervos y villanos de levita. Josefina es la rubia nena, hija del mal. Y Fer-

nanda, la prometida del Conde, viuda de un indiano después, es la guapa rival de Amalia, quien martiriza a la niña para que los antiguos novios no se casen. Por final, la escena brutal del Maestrante cuando hace rodear ensangrentada a Josefina, en vez de darle la bendición, y el conde, Luis, huye con su hija en brazos tardíamente; al acercarse el coche a la finca La Granja, se siente el frío de la muerte: «La blonda cabeza de la niña se doblaba a un lado y a otro como una azucena que tuviese quebrado el tallo.» ¡Adiós, ensueños de la pobrecita mártir, adiós esperanzas del padre transido de pena! El alma inocente ha volado a un mundo donde no castigan a los ángeles.

Por el extranjero circula *El Maestrante* en la traducción francesa de J. Gaure, prologada por Bordes, y en la inglesa de miss Challice. En España también se ha divulgado en ediciones populares, reciente alguna. Mas no ha obtenido esa novela el éxito que otras del mismo autor. Mientras para los ingleses *(Daily Chronicle)* ya podía figurar Palacio Valdés entre Turgenieff, Dostoiewski y Tolstoi, para los españoles (Pardo Bazán) sólo se trataba de un aventajado discípulo de Galdós y Pereda; en cuanto a *El Maestrante,* «novela linda y dramática, que será elogiada a boca llena»... pero entre mil reparos y supuestas inspiraciones en el proceso de la duquesa de Castro Enríquez y en una balada de Goethe. Don Armando, sonriente, avanzaba por su camino.

El origen del pensamiento viene después en el orden cronológico. Fué publicada el 1894 ó 1895. Se tradujo al francés por M. Dax Delime *(Revue Britannique)* y al inglés por I. Hapgood *(The Cosmopolitan,* con ilustraciones de Cabrinety).

Se destacan en tal novela la pintura de costumbres y el

humorismo, intenso como acaso en ninguna otra. La falsa ciencia encarnada en Adolfo Moreno, libre de palabra en la calle y amedrentado en su casa, trasunto vivo de una estrofa de Bartrina; seudociencia que enloquece al pobre don Pantaleón, hace brotar la risa y... la pena al ver «el más insigne antropólogo» camino de Carabanchel. El tipo del beato Llot, adolescente y explotador de ingenuos, forma pareja con el elegantón don Laureano Romadonga, cazado al fin por una mocita de rompe y rasga, que llega a imponerse por el terror. Las escenas del café y de la boda están llenas de vida. Presentacioncita, desfigurado el bello rostro por una de las retortas de su entontecido padre, conmueve el ánimo más imperturbable. El calvario amoroso de Mario—después de su casamiento—hasta reunirse con su Carlota y triunfar en la escultura, ayudado por el simpático Riverita, es una de esas tragedias silenciosas que tanto abundan en la clase media y que no tienen por espectadores más que unos cuantos individuos que en aquéllas intervienen, acaso sin darse cuenta exacta de lo que va acaeciendo. Sólo por este idilio, aunque la sátira no existiera, *El origen del pensamiento* merecería recordarse más frecuentemente, por ser novela sencilla, sin pensamiento trascendental y abstruso, que señala los peligros de la ignorancia y los daños de la pedantería con que en tantas ocasiones se encubren los astutos para ir viviendo.

De *Los majos de Cádiz* (1896) ha escrito su autor en *Páginas escogidas:* «Considero esta novela, desde el punto de vista técnico, como la menos imperfecta que ha salido de mi pluma. Quiero decir que, por la intensidad de la fábula, por sus proporciones armoniosas y por el marco original en que la he enclavado, me parece superior a las otras.» ¿Por qué no se ha popularizado tanto como debiera?

Palacio Valdés lo atribuye a ser novela de plebeyos, no interesante para la clase media, que es la que lee en el mundo. «Si esta historia de humildes se hubiese contado en forma de romance y los ciegos la vendiesen por la calle a cinco céntimos, quizá fuera grande su aceptación. Pero es porque entonces caería en manos de aquellos que se sienten hermanos de sus héroes.»

El señor Astrana Marín—que no conocía esas palabras—, siete años después de escritas suponía que así había de responder don Armando si se le preguntara; y por su cuenta añade que es la «mejor novela» de Palacio Valdés, «una de las novelas modernas más bien trazadas»; de «más recio colorido, pujanza y sorprendente rareza» en la descripción de las costumbres andaluzas que en *La Hermana San Sulpicio*. Cádiz y San Fernando correspondieron hace poco a esta gloria. «La hermosa ciudad del Occidente» se rindió al novelista, mientras sonaban «los besos incesantes de su mar azul».

En *Los majos de Cádiz* resalta Soledad, tan sonrosada, tan blanca, con «expresión grave y melancólica, como la de las mujeres árabes.» Detrás del mostrador, se impacienta porque no llega el majo. No os sonreirá, no; aunque zalamera, sabe mirar duramente. Nació en Medina Sidonia, de padres humildes. Ya mocita, empezó a coser en una tienda; jóvenes y viejos cortejaban a aquella beldad altiva y grave. Ella desdeñaba a los señoritos y acogía con agrado los rudos obsequios de los braceros; tuvo entre ellos varios novios, y «juraba y perjuraba que le gustaban más que los pisaverdes tísicos que la seguían en el paseo.» Mas he aquí que uno de éstos defendió a Soledad y a otras costureras en un grave apuro. «¡No era tísico, no, aquel señorito!» ¡Qué había de serlo quien, pie a tierra y arma en puño, amedrentó a los gañanes! ¡Simpático Manolo

Uceda, educado en el retiro claustral de solariega casa! Y ¡qué lástima que el alma plebeya y el alma aristocrática no hubieran seguido fundiendo sus ilusiones!

Mas los gustos eran distintos: «acaeció lo que era de esperar.» Triunfó Perico Velázquez, el majo prudente, aunque aficionado a la broma y bureo, fachendoso y bravo; protector de la familia cuando la trágica muerte del padre de la muchacha, duro con la hermosa mujer «que temblaba de amor y miedo en su presencia» ya en Cádiz, en la tienda de montañés que adquirió en traspaso. Sólo que el amor se transforma en odio, y la mirada dulcísima convierte las mieles en veneno. Luego de humillarla una y otra vez, y de alternar reconciliaciones con rupturas, he aquí la brusca resolución de la hermosa... Y el majo, herido en el corazón, el majo, que en los amores de Mercedes quiso olvidar, decide partir hacia América... No se va; se dispone a emprender nueva vida con la niña que llora por él... Vuelven todos en las lanchas... Manolo Uceda, también de la partida, al oír que Soledad le interrumpe con ímpetu —«Sí, ya sé que no puedo ser tu esposa. Seré tu criada..., tu esclava.»—, el caballero de Medina la alienta y le promete buscar en ella el ser «inocente y noble» que su cariño le ha dicho que siempre existe... Hay unas lágrimas de mujer y un perfumado soplo de la brisa...

Esta novela fué traducida al francés por M. A. Glorget *(Journal des Debats)* y al holandés por Mary Hora Adema (Amsterdam).

Tres años después sale de la imprenta *La alegría del Capitán Ribot* (1899); «toda una obra de arte, de arte dominado con maestría; composición delicada y graciosa, de un espiritualismo natural, sencillo y sobrio» *(Clarín);* «uno de los más característicos y perfectos relatos del autor»

(Ernesto Mérimée, *Precis d'histoire de la Littérature espagnole*. París, Garnier Frères); «obra luz, obra cumbre, prodigio de equilibrio y de hermosura serena, cristalización limpia, afirmación de absoluta madurez artística» (G. Martínez Sierra, *Motivos*. París, íb.); «La novela más purificadora sin moraleja y más docente sin tesis que se ha escrito en España desde hace muchos años» (A. González Blanco, *Historia de la novela, etc.)*.

La alegría del Capitán Ribot, aparte de sus primeros capítulos, tiene por fondo la hermosa Valencia. El gran novelista, que en los lienzos de sus obras hizo surgir esplendorosamente distintas regiones de España, nos da aquí la visión perfumada de la ciudad de las flores con el cariño que Blasco Ibáñez puso en sus mejores novelas y cuentos; pero el paisaje no desvanece la acción ni vela las figuras, sino que las envuelve en los radiosos efluvios de la cálida tierra privilegiada.

En cuanto a éstas, ved a don Julián Ribot, el alicantino que a los treinta y seis años capitanea el *Urano,* y que es el salvador de doña Amparo en el puerto de Gijón cuando el marinero se dispone a gozar de su guiso predilecto en la tienda de la señora Ramona. En aquella noche memorable comienza a adentrarse doña Cristina en el alma del capitán, la hija de la anciana, la joven señora alta, delgada, blanca, de cabello ondeado y negro como sus hermosos ojos, la que en su persona tenía conjunto «si no de suprema belleza, atractivo e interesante»: era «una mezcla singular de alegría y gravedad, de dulzura y rudeza, de osadía y timidez que alternativamente se reflejaban en su semblante expresivo.» Muy junto a Cristina y Julián, pondréis vuestra simpatía por Emilio Martí, el caballeroso marido sacrificado constantemente por los demás, joven, «de genio abierto, cariñoso, alegre y un poco cándido».

En segundo término se advierten a Enrique Castell, hombre vicioso y sin corazón; Sabas, el hermano de Cristina, flaco, calvo, arrugado y tostado, vago y simpático, analítico, «mala persona» con los suyos; su regordeta e insignificante esposa; doña Clara, prima hermana de doña Amparo, imponente y reideramente «sabia»; Retamoso, su marido, socarrón como buen gallego, e Isabelita, la hija de ambos, «mercachifle de perfil angelical».

Las miradas femeninas que se posen en esas páginas no han de leer con el temor que suscitan tantos libros de hoy. Ribot, aun después de la ruina y muerte de Martí, supo velar, con más «incesante cuidado» que por el honor y los intereses de Cristina, sobre los pensamientos propios... y se sintió feliz, sin más que ver los ojos «tan dulces, tan francos, tan serenos» de la amada, de la misma suerte que reclinado en el puente del barco contemplaba «el brillo de las estrellas»; sólo que ahora, oyendo embobado a la niña que le dice «¡Tío Ribot, que te espero!», no se cambiaría por el navegante de ayer. «¿Hay mujeres así? Debe haberlas. ¿Y hombres como Ribot? Si no los hay, que los haya; son precisos», escribía entonces Luis Ruiz Contreras.

Así de triunfalmente acaba el siglo para don Armando Palacio Valdés. En lo físico era siempre el caballero elegante y sencillo, con amplia barba que enmarcaba su rostro. En lo espiritual, «el pesimista tranquilo, sin templar su amargura con la envidiable reputación literaria, que con justos títulos ha conseguido, delicado y sutil, semeja un desterrado de la ciudad ideal, que lleva dentro y no encuentra en ninguna parte», como lo delineaba don Urbano González Serrano, en *Siluetas* (1899).

Y si queréis conocerlo poco más de un lustro antes, oíd a un jovencito llegado a la corte en diciembre del 1891, y que lo ha evocado en el libro tercero de sus Memorias, titulado *La miseria en Madrid* (1921). El muchachuelo era... el maestro actual de la crónica, Enrique Gómez Carrillo, que en la librería de Fe llegó a intimar con un dependiente..., que es hoy don Francisco Beltrán.

«Al día siguiente, cumpliendo su palabra, Paco presentóme a don Armando Palacio Valdés... ¿Cómo parecía, a los cuarenta años, este gran novelista? O mucho me equivoco, o igual a lo que es hoy a los sesenta y ocho. Era un caballero fino y gris, gris de color, gris de carácter, gris de voz, gris de traje... Sólo que esto no era entonces, ni es ahora, sino algo como la parda tapia que los príncipes de las Mil y una Noches edifican para ocultar sus jardines soberbios, llenos de flores, de fuentes, de cantos, de pájaros y de sonrisas de mujer. En un país donde todo el mundo se cubre de oropeles, en efecto, este ser singular trata de no llamar la atención de nadie con su lujo. No es de los que hacen discursos, ni de los que presiden sociedades, ni de los que buscan elogios para sus libros. ¡Qué digo! Esos mismos libros, ricos espiritualmente de todos los jugos de la poesía, dijérase que trata de hacerlos pasar desapercibidos (!), poniéndoles títulos poco llamativos y no adornándolos sino con aliños de una sobriedad severa. Preguntad a cualquier literato madrileño cuáles son las últimas novelas de don Armando y no sabrá contestaros. No son obras que hayan marcado épocas, como las de otros autores. Son capítulos de una misma obra, cristalinos, puros, impecables, casi puede decirse invariables. Y así como sus novelas, así es él. Yo le he encontrado, en el espacio de cinco lustros, cuatro o seis veces a lo más. Y cada vez me ha parecido que continuábamos la charla lánguida, cortés, exqui-

sita, seria, de aquella tarde en que le conocí en la librería de la Carrera de San Jerónimo.

»—Maestro—le dije.

»Con una sonrisa pálida protestó:

»—No..., nada de eso...; amigos...

»A pesar suyo, empero, es uno de los pocos, de los muy pocos autores viejos de España que me parecen dignos de que se les llame, a la gentil manera francesa: *cher maître...*»

Tal es la bella semblanza de Palacio Valdés, por Gómez Carrillo, evocadora de aquellos tiempos en que sólo Octavio Picón leía a Pablo Margueritte, en que las reuniones de Fornos eran famosas, y en que bullían Unamuno, Costa, Silvela, Canalejas, González Serrano, Dicenta, Cortón, Palomero, Catarineu, París, Bonafoux y Blasco Ibáñez, aparte los clasificados ya como «dioses mayores».

Por cierto que Rubén Darío, que había venido a las fiestas del Centenario de Colón, formando parte de la Embajada de Nicaragua, que había intimado en el Hotel de las Cuatro Naciones con Menéndez Pelayo, y almorzado con Castelar en la calle de Serrano, y con don Antonio Cánovas en el palacio de la Huerta, amén de asistir a las tertulias de doña Emilia y Valera, y de conocer a Núñez de Arce y Campoamor; Rubén Darío arribó a España por segunda vez después de nuestra guerra con los Estados Unidos, en calidad de corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires. Era en diciembre del 1898. Y escribió: «He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no ha mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; Menéndez Pelayo... No está, por cierto, España para literatu-

ras, amputada, doliente, vencida...» Los políticos, perdiendo fuerzas en pasioncillas..., «sin buscar el remedio del daño general de las heridas en carne de la nación.» (*Autobiografía,* 1912.) El autor de *Prosas Profanas* renovó sus coloquios con el gran polígrafo, presenció el entierro de Castelar, habló con Galdós, fué a la Librería de Fernando Fe, «lugar de reunión vespertina de algunos hombres de letras», donde solía conversar con Echegaray, Sellés, Manuel del Palacio y Manuel Bueno, que eran sus amigos, entre tantos más, hoy famosos.

Y termina el siglo para el amado novelista con un triunfo y un idilio; con el éxito de *La alegría del Capitán Ribot* y con su segunda boda.

El 8 de noviembre del 1899 contrajo segundas nupcias con una linda gaditana nacida en San Fernando, tierra a la que tanto quiere y adonde de cuando en cuando va a pasar unos días, en una casita adornada con jardín de los que en Andalucía son tan característicos. A doña Manuela Vela y Gil no la conoció en su pueblo, como se ha escrito en alguna biografía. Se prendó de su segunda esposa en Madrid, donde vivía con unos tíos suyos. Doña Manolita es una señora de espléndida hermosura, elegante y amabilísima, compañera inseparable de don Armando en sus excursiones y celosa de cuanto al gran hombre se refiere. Cuida de las dos lindas nietas de su esposo—Luisa y Julia—, da al hogar la fragancia de mujer; y cierto busto de Rousseau que se ve en el antedespacho, sirve para atestiguar que halla simpáticas las dilecciones de su marido.

XVIII

OBRAS DE LA ULTIMA EPOCA

I

«LA ALDEA PERDIDA».—LOS FULGORES DE LA GLORIA.—«TRISTÁN O EL PESIMISMO».—ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—«PAPELES DEL DOCTOR ANGÉLICO».—«SEDUCCIÓN».

Es la primera *La aldea perdida* (1903), con el subtítulo de «Novela-poema de costumbres campesinas». Dice el autor que «es, en efecto, tanto un poema como una novela. Y si Dios me hubiese dotado con la facultad de fabricar versos armoniosos como Garcilaso de la Vega, seguramente la escribiría en verso». *(Páginas escogidas.)*

Pinta en ella su aldea natal por tercera vez; mas, por primera y única hasta ahora, con su verdadero nombre. Parientes y amigos desfilan por las bellas páginas; el hogar, el pueblo, los aledaños, en ellas están, tales como los ha visto el lector en uno de los capítulos con que este libro se empieza. Sólo que el valle de Laviana estaba puro y la invasión minera rompió su encanto; el novelista lloró por esta degradación profunda, y de sus lamentos nació este poema en prosa. Aquel don César de las Matas de Arbín

que, en el trascurso de la acción, contesta simbólicamente al ingeniero madrileño que brindaba por que desapareciera la *borona,* diciendo: «para conocer el gusto de la borona le ha faltado a usted bañarse en el Nalón, y haber pasado el día cavando la tierra con la azada»; aquel don César tan docto, sintetiza la nostalgia del pasado al dirigirse al grupo de próceres de la Pola con estas palabras finales: «Decís que ahora comienza la civilización... Pues bien, yo os digo... ¡oídlo bien!... ¡Yo os digo que ahora comienza la barbarie!» Y la barbarie mancha de humo y alcohol la pureza campesina.

¿Dónde se hallan aquellos *paisanos* que saludaban a don Armando reverentemente? ¿Dónde encontrar aquellas casuchas solitarias con su banderita blanca y roja, «dando testimonio de que allí se rendía culto a Baco», en que al presente no se oigan disputas de mineros? ¿Cómo ir solas las mozas a lavar en el río, como en tiempos pasados? Claro es que la inteligencia vence siempre; y que cierta conferencia de propaganda socialista fué aplazada porque... el orador tenía entre manos una novela de Palacio Valdés y ansiaba darle fin.

La aldea perdida, tan ensalzada por aquel toledano insigne que fué Navarro Ledesma, es una de las predilectas de su autor. Lo que sigue no deja lugar a dudas: «Si hubiesen de perecer todas—dice en el libro citado antes—y se salvase una del olvido, quisiera que fuese ésta. La escribí para mí únicamente, como el hombre que se divierte haciendo solitarios con una baraja. No pude imaginar que pudiera ser gustada más que por algunos viejos asturianos como yo. Sin embargo, contra todos mis cálculos, fué acogida con extraordinaria benevolencia y es una de las que más se han popularizado. Algunos críticos, con razón o sin ella, la prefieren a todas las otras. Tan cierto es que en literatu-

ra nada hay mejor que dar gusto a sí mismo para dárselo a los demás.»

Esta novela fué como su despedida del mundo de las letras... por entonces. Don Armando se proponía no escribir más. En la «Invocación» lamenta la muerte de su Arcadia, de su valle tan dichoso e inocente, profanada su belleza inmaculada por la piqueta que desgarró el seno virginal: «¡Oh, si hubieras podido huir de ellos como el almizclero del cazador, dejando en sus manos tu tesoro!» Se duele de no haber cantado aún a su tierra, a pesar de haber recorrido su musa las más apartadas regiones; ruega al viajero que escale las montañas de Asturias, una rama de madreselva para la tumba de él; pide a las musas que lo coronen con laurel y mirto *y que este mi último canto sea el más suave de todos*... El capítulo final de la novela («La envidia de los dioses») empieza con un párrafo del que son estas deprecaciones: «¡Oh valle de Laviana! ¡oh ríos cristalinos! ¡oh verdes prados y espesos castañares! ¡cuánto os he amado! Que vuestra brisa perfumada acaricie un instante mi frente, que el eco misterioso de vuestra voz suene todavía en mis oídos, que vuelva a ver ante mis ojos las figuras radiosas de aquellos seres que compartieron las alegrías de mi infancia. Voy a daros el beso de despedida y lanzaros al torbellino del mundo. Mi pecho se oprime, mi mano tiembla. Una voz secreta me dice que jamás debierais salir del recinto de mi corazón.»

Y, sin embargo, linda novela es para tantos como para el autor de *Canción de Cuna:* «fresca y fragante como pocas. La *tierrina,* como hembra saludable, ofrece entre sonrisas sus galas ingenuas. Hay que mirarla y admirarla». «¿Que *La aldea perdida* trasciende a juventud? Bienaventuradas las inteligencias a quienes les nacen en Octubre flores de Abril.» *(Motivos*, ib.)

La aldea perdida no ha sido traducida que sepamos, acaso por su localismo; pero fué divulgada, sin contar con el autor, en edición popular, con dibujos que sirvieron para censuras ligeras. El jesuíta P. C. M.ª Abad opina que se necesita no haberla leído o «estar impresionado por algún monigote de la edición *Calleja*»—se refiere al capellán don Lesmes, que ni era ni vestía de sacerdote—para estigmatizar «una obra sana en conjunto».

Esa edición se voceaba como los periódicos. En la Puerta del Sol de Madrid, pudo tener don Armando un anticipo de su gloria, al oír a los vendedores: «*¡La aldea perdida,* de Palacio Valdés!... ¡Se devuelve el dinero a quien no le guste!...»

¿No ofrece esto cierta analogía con el pasmo de aquel sirviente a quien se le cayeron las viandas al escuchar que su dueño decía al dirigirse a uno de los comensales: «¡Monsieur Balzac!...», «¡Ah, Mr. Balzac!» y dejó caer la bandeja... El pueblo no podrá explicar su admiración, pero sabe sentirla y la exterioriza a su manera, más o menos burda.

Palacio Valdés se proponía no escribir más; no obstante, en 1906 da a la estampa *Tristán o el Pesimismo,* antítesis por este rótulo del cuento de Voltaire, en que Cándido, *o el optimismo,* sufre las consecuencias del Dr. Pangloss, que cree que todo está bien en el mundo; Tristán lo halla mal todo; mas junto a la sombría traza del protagonista se advierten la simpática del inolvidable don Germán Reynoso y la de su hermana Clara. ¡Qué hermosa resignación cristiana la del esposo ofendido por el pintor villano! ¡Qué ideal mujer la atormentada por el marido receloso y egoísta! Tristán envenena su vida lentamente con filosofías reideras, es desagradecido con su maestro, con sus amigos y deudos, ofende a Clara, asesina en la farsa de un duelo a un infeliz, confía en Núñez, el conquistador de su cuña-

da... Don Germán es el protector de todos, da nombre y posición a Elena, la hija del farmacéutico, accede a frecuentar la sociedad elegante para que la esposa no se hastíe y cuando va a matarse—descubierto el engaño—y clava los ojos en la imagen sangrienta del crucifijo, cae de rodillas sollozando: «Cuando se puso en pie había recobrado el sosiego, todo el sosiego de su alma.» Y huye, huye de aquel hotel de El Escorial, mira con dolor el sitio donde Madrid debía de asentarse—«¡De allí viene el daño que no puede explicarse: la agonía sin muerte, el dolor increíble!»—, se aleja, marcha «al través de la noche desierta en busca de Dios»; y en un pequeño lugar, Anzuola, va encontrando la calma, hasta que llega la esposa arrepentida y entonces... perdona: «No, no marcharás. Una mano invisible y todopoderosa te ha traído de nuevo a mis brazos. Acepto ese don como los acepto todos. Hoy era feliz; mañana lo seré también, porque nadie, nadie en este mundo puede hacerme ya desgraciado.» ¿No supera en belleza al final análogo—en el perdón, en la esperanza—de *Los majos de Cádiz?*

Es la reacción idealista de Palacio Valdés, advertida por todos; el «himno de gentil y plausible optimismo cristiano», que afirmó el llorado Andrés González-Blanco; la demostración «indudable» de que «quien tales escenas pintó abrigaba en lo más hondo del alma sentimientos verdaderamente cristianos», como dice el docto jesuíta de *Razón y Fe;* es la novela donde—en creencia del gran Ortega Munilla—se contiene uno de los más bellos cuadros de la literatura española: el del crucifijo que hace arrepentirse al que iba a ser un suicida más...

Esta obra, traducida al inglés por Jane B. Reid (Boston), es por su emoción una de las predilectas de Palacio Valdés. No pocos de sus lectores comparten este gusto.

Electo Académico de la Española en 3 de mayo del 1906, por defunción de don José María de Pereda—28 de febrero del mismo año—, no tomó posesión de su plaza hasta el 12 de diciembre del 1920, hecho al que hemos de dedicar atención proporcionada.

Mientras, redacta los *Papeles del Doctor Angélico* (1911), en que asoma la figura de don Ángel Jiménez, sirviendo tan sólo de hilván a cuentos o escenas de grata filosofía. Gómez de Baquero, en su «Revista Literaria» de *Los lunes de El Imparcial* (30 de enero del 1911), analiza estos *Papeles,* «que no desmerecen junto a los libros principales de Palacio Valdés». Después de examinar el volumen, estima que el autor «da testimonio de su cultura y su buen gusto. Es un libro sano, noble, de los que elevan al público y tienden a despertar en él la curiosidad y la afición hacia los más elevados y puros objetos del conocimiento humano.»

A don Ángel Jiménez lo designan con el sobrenombre de *El Doctor Angélico* sus compañeros de Facultad. Lo querían todos por ser cordial y llano, aunque adusto en la primera impresión, no obstante que su fisonomía, por naturaleza, era «plácida y sentimental»: «la bondad personificada.» Le acongojaban las escenas tristes; las horas poéticas, como la del *Angelus*, llenaban de lágrimas sus ojos; «señal de sensibilidad» que lo hacía atractivo. Leía mucho, mucho; pasión por el estudio que «era nativa, no accidental», ni debida, por consiguiente, a escasez de medios en las primeras jornadas de su vida para otras distracciones. Por el contrario, notas o apuntes «sólo los escribía para descargarse de sus impresiones, necesidad absoluta que experimentan todos los solitarios», como él lo era. Lo era sin extremos, porque la soledad «tomada en dosis cortas y

de un modo intermitente, puede contribuir con eficacia a mejorarnos.»

¡Qué sinceras las ideas religiosas de este hombre, que no deja de destocarse al toque de oración ni de musitar una plegaria!... «Dime, amigo—pregunta—; si reniegas de Dios y del alma, ¿a qué te ha sabido el beso que te dió tu madre al morir?» Otra vez escribe: «La fe, en último término, acaso no sea otra cosa que la confianza que el hombre presta a su razón cuando su razón le revela de un modo inmediato la verdad, no por medio de una serie de silogismos.» Respecto a esta vida, tiene «la felicidad de no creer en ella.» «Quiero oír el acento de Dios, quiero ver su mano poderosa», anhela fervientemente. Con reflexión anota: «La sangre de Cristo nos da la posibilidad de salvarnos, pero no nos da la seguridad de salvarnos.» ¡Y con qué agudeza discurre acerca del símbolo y del culto externo! Siente que prescindamos de éste, porque «no practicamos tampoco el interno. Sólo nos acordamos de Dios cuando tenemos que hablar de Él, o acaso cuando nos aflige una desgracia.» Adora en la madre de Cristo, a la que se encomienda al expirar: «El doctor Angélico termina como el doctor Fausto; a los pies de la Virgen María». Y no obstante lo anterior, o, mejor dicho, *como es lógico,* y a pesar de que el odio le parece degradante, desprecia a los intrigantes y beatos; de aquí que sienta desdén por «el que aguarda en la antesala de un poderoso para obtener una canonjía o una mitra.»

El doctor Angélico amaba a las mujeres; se casó y tuvo la desgracia de perder a su esposa; sin hijos, su paternidad espiritual se derramó tiernamente sobre otros seres, sembrando el bien a raudales. «Lo femenino en el talento» le atrae más que el talento femenino; más que las *Madonnas* de Rafael, le interesan «las niñas flacas que las están

copiando.» Y por si no conocéis aún a nuestro amigo, con la sola lectura de estos *Papeles* suyos, oídle en los mismos: «La Naturaleza no produce cosas feas. Es nuestra infame reflexión quien las introduce en la vida.» «Hay algo en la vida digno y hermoso: los diálogos de Platón, la respuesta de Leónidas, la novena sinfonía de Beethoven, los besos de nuestra madre...»

Así es don Ángel Jiménez, a juzgar por estos *Papeles del Doctor Angélico,* que fueron traducidos al alemán por Mr. Franz Hartman. Lo amaréis más todavía si leéis los otros dos tomos consagrados a su memoria.

Seducción es una colección de cuentos editada por la «Biblioteca Renacimiento», en 1914. El primero es el que da nombre al volumen; aquél tan celebrado por don Mariano Pardo Figueroa, del que hicimos referencia antes. Le sigue en orden *¡Solo!,* que impresiona a cada nueva lectura—ya aparecido en la «Biblioteca Mignon», de Rodríguez Serra—; después, «El pájaro en la nieve», «Los Puritanos», «Los amores de Clotilde», «Polifemo», «Las burbujas», «La matanza de los zánganos», «Sociedad primitiva» y «Perico el Bueno». La ironía, la ternura, la delicadeza, señorean estas páginas, con las cuales puede admirarse a su autor, don Armando Palacio Valdés.

II

«PÁGINAS ESCOGIDAS».—«LA GUERRA INJUSTA».—«AÑOS DE JUVENTUD DEL DOCTOR ANGÉLICO».—«LA NOVELA DE UN NOVELISTA».—NUEVAS COLECCIONES DE CUENTOS.—«LA HIJA DE NATALIA».—EL LIBRO EN ESTUDIO: CRÍTICA Y ESTÉTICA.

Al 1917 corresponde el tomo de *Páginas escogidas,* publicado en la Casa editorial Calleja. Además del mérito de éstas, tiene el interés ofrecido por la extensa «Conferencia preliminar» y por las noticias que preceden a casi todos los trozos seleccionados de la mayor parte de sus novelas y cuentos.

La misma fecha lleva el volumen rotulado *La guerra injusta,* impreso por los editores Bloud y Gay (París-Barcelona). Lo integran las crónicas enviadas desde la capital de Francia, por encargo de *El Imparcial.* La voz de su conciencia—nos dice—le hizo salir «del silencio al estruendo» para colocarse resueltamente al lado de los que, según ésta, tenían de su parte la razón y la justicia. No fué espontánea esa colaboración: se la propusieron reiteradamente, intervinieron amigos íntimos, y el novelista que, por su falta de ambiciones y por sus años, no se encontraba dispuesto a viajar, hubo de ceder. Se fué a París con su esposa. Envió las crónicas, buscadas con avidez por el público. Al regreso, don Eduardo Gasset, con laudable generosidad, le rogó que pidiera cuanto quisiere; Palacio Valdés cobró, sin embargo, lo que cualquier principiante...

En el mismo periódico—en crónica de don Salvador de Madariaga, aparecida el 27 de marzo del 1918—se daba

cuenta de la elogiosa conferencia que acerca de tal libro enunció el profesor de Literatura comparada en la Universidad de Londres, Gerothwohl, en la Real Sociedad de Literatura, de la capital de Inglaterra. Las palabras del docto hispanófilo fueron de exaltación de nuestra literatura en general y de Palacio Valdés en especial. Anotemos este rasgo de justicia y de cariño.

El tomo *La guerra injusta* fué traducido al francés y al italiano.

La simpatía por las naciones aliadas en la Guerra Europea, ya había sido razonada por don Armando en extenso artículo que insertó *España,* «semanario de la vida nacional» (núm. 6, 5 de marzo del 1915).

Años de juventud del doctor Angélico («Nuevos papeles del doctor Ángel Jiménez») son del 1918. Se publicaron en Revista y más tarde en volumen. Aquel amigo a quien conocimos en 1911, sin apenas contarnos de su vida, al presente empieza a referirla; pero no nos ilusionemos: son estos papeles «más bien las memorias de sus amigos que las suyas propias», consigna Palacio Valdés en la «Advertencia del editor». No obstante, alguna que otra vez el bueno de Jiménez deja transparentar su alma.

La casa de huéspedes de doña Encarnación, en la calle de Carretas, donde la novela comienza a desarrollarse, ¿no será una de las primeras en que habitó el novelista? ¿Y no sería conocida suya la gente que por allí desfilaba? Entre ésta, recordemos a Pasarón, con fama inmensa en todas las Facultades, que prefería unos libros a unos bellos ojos de mujer, y que murió en la flor del triunfo; Sixto Moro, con sus famosas melenas, su gran inteligencia y facilidad de palabra, nuncios del abogado y político de renombre que había de ser el hijo del pobre zapatero de Alcalá de Hena-

res. ¿Y los que rodeaban este ambiente, desde término más o menos lejano? El general don Luis de los Reyes, de vida tan novelesca y simpática; Martín Pérez de Vargas, dado a la Geología, elegante, talentudo, que al salir de la mocedad adquirió «grato tinte varonil», ingeniero del Ejército después, «por temperamento liberal y magnífico», socialista desilusionado... De mujeres, ¡qué mujeres, señor, qué mujeres!... Guadalupe, la viuda brasileña casada con el general, a quien conoció en París: «parecía una diosa», tan blanca, tan rubia, con ojos garzos tallados en almendra, y tan desleal... Natalia, la hija del mismo don Luis, de ojos negros y vivos; «la tez finísima, sonrosada, brillante; la boca deliciosa, los cabellos negros y ondulados cayendo graciosamente sobre la frente, una frente estrecha y tersa de estatua griega». Agradecía a Sixto Moro su pasión, mas con nobleza la rechazaba. ¡Qué desgraciado su matrimonio, acelerado, con el capitán Rodrigo de Céspedes!... ¡Cómo horroriza la tragedia que sobrevino, muertos unos, idos otros!...

La hija de Natalia y de Sixto se parecía asombrosamente a su madre y se nombraba como ella. Era hermosa, robusta, cabellos ondulados, tez morena, sonrosada; resolución en sus ademanes, graciosa impetuosidad en su genio... Sixto logró que pasara por hija natural suya «y de una pobre mujer soltera de Alcalá de Henares, que mediante dinero se avino a tal superchería». Al quedar Lalita sin madre, la hermosa y bella señora Pérez de Vargas se había encariñado tanto con la chiquita, que ésta vivía más tiempo en el palacio de los condes del Malojal que en su propia casa.

En *La hija de Natalia* (Últimos días del doctor Angélico»), ¡qué lejano cuanto acabamos de referir!

En *Crítica efímera* (volumen II, 1919); don Julio Casares

habla de los *Años de juventud del doctor Angélico:* los personajes no tardan «en cautivar nuestra atención»; los principales «se nos muestran saturados de vida intelectual y afectiva; otros, como el espiritista Jáuregui, forman con ellos un regocijado contraste, y las figuras de mujer, que, por esta vez, se mantienen en segundo plano, tienen el singular atractivo que distingue a los caracteres femeninos creados por el autor de *Marta y María.*»

El 12 de diciembre del 1920, don Armando Palacio Valdés leyó en la Real Academia Española su Discurso de recepción, de que haremos mención especial.

Fecha de 1921 lleva el tomo de *La novela de un novelista* («Escenas de la infancia y adolescencia»), empezadas a publicar en la Revista *Voluntad.* La dedicatoria es «A los niños de hoy», porque quisiera terminar su vida «haciendo meditar un poco a los grandes y divirtiendo a los pequeños». El prólogo es modelo de sencillez y bondad: los conceptos finales lo demuestran así: «Mis días se han deslizado dulces, serenos, perfumados por el amor y la amistad, turbados solamente por la huída de seres muy queridos a otra región más alta. Ignoro lo que la suerte me reserva. Aunque me resta corta vida, para el dolor puede ser muy larga. Pero si Dios me invitase a repetir la que hasta ahora he llevado, no vacilaría en aceptar el convite.» Los más de los treinta y ocho capítulos de este volumen han sido glosados en los primeros de este tomo. No hemos de insistir en la referencia; pero sí hemos de decir que su lectura nos fué tan grata como las de obras análogas de Goethe y Ramón y Cajal... ¿Se continuarán estos recuerdos de su vida?... No es aventurado responder negativamente. La «poesía» de estas intimidades, de que habla Renán, podría

desvanecerse; don Armando lo sabe; Palacio Valdés habría de referirse a personas y cosas recién idas, y ello acaso ocasionara asperezas, contrariedades, picajoserías sutiles... ¿Cómo no evitarlo, quien por ello renunció a la crítica militante e ingrata?

Cuentos escogidos se nombra la colección primorosamente estampada por los Sucesores de Rivadeneyra, en 1923; edición selecta ciertamente, honra de la imprenta española. En este haz de cuentos formado en el jardín espiritual de Palacio Valdés, el lector puede hallar el *Crótalus hórridus,* correspondiente a los tiempos de la *Revista de Asturias.* Con ocasión de los *Cuentos escogidos,* escribió el señor Astrana Marín años después de su publicación: «Es ahora Palacio Valdés nuestro patriarca, y en sus cuentos y novelas aprende la nueva generación el castellano.»

El pájaro en la nieve y otros cuentos se titula la recentísima selección, con dibujos de Echea, acabada de aparecer en las librerías. En tiempos remotos, mientras preparaba obras originales, vertió al castellano la obra de Hartmann, *La irreligión del porvenir,* así como tradujo algunos artículos de la *Contemporany Review.* Y no falta, a nuestro entender, en esta relación de las obras de don Armando, sino *La hija de Natalia.*

La hija de Natalia («Últimos días del doctor Angélico») es del 1924.

El doctor Angélico acaba de cumplir medio siglo. «Un deseo irresistible—va escribiendo—me impulsa a estampar mis pensamientos, a confesarme con el papel antes que se desaten los lazos que me unen a la vida. Más grato me sería comunicarlos con un viejo amigo, fumando un cigarro delante de una botella de viejo amontillado. Pero ¡ay! los

amigos que escuchan son escasos.» Y piensa en las florecitas de oro «bordadas sobre el manto obscuro de la existencia»: los campos, las flores, las frutas, los besos de la mujer amada, las pláticas amables, las artes bellas, el champaña, los aromáticos cigarrillos...

Natalia, o Lalita como es llamada comúnmente, acaba de celebrar sus veinte gentiles primaveras. Es el «vivo retrato de su madre, no menos hermosa que ella», pero más esbelta, más alta. La miman, la agasajan, cual es de rigor hacer con la hija de uno de nuestros más grandes hombres, inteligencia poderosa y corazón de niño. El gran hombre muere, entre escenas de política dignas de nuestros pícaros clásicos..., sin el ingenio de éstos. La jovencita queda huérfana y pobre. Pero hay un ángel, que se llama Leonor, bellísima condesa del Malojal. En la regia posesión campestre de *Los Jarales,* Lalita halla su palacio encantado y el amor de dos padres ternísimos. Martín Pérez de Vargas y su esposa rivalizan en amar y festejar a la hija de Sixto Moro.

Ángel Jiménez cumplió los cincuenta, según se ha apuntado. Ve deslizarse plácidamente la vida. Son «claras, dulces, perfumadas» las horas de la existencia. Claro que no faltan las aciagas: el fallecimiento de Sixto Moro, hermano más que amigo, señala una de ellas; la «temida catástrofe» de los Pérez de Vargas es otra de las que dejan más huella... Y desaparecido por el momento el rastro perfumado de Lalita, apenas se advierte a lo lejos la risa encantadora de Mimí Rosal, y su voz fresca que le dice: —¡Mala persona! ¡Guasoncillo!...

¡Ay! ¡Qué ternura le inspira—en Bellevue—la niña caprichosa, aturdida, frívola, transformada «en una mujercita sensata, paciente y valerosa»! ¡Y qué dolor cuando se casa!

Ya en Madrid, ¡qué conmiseración suscita el buen Án-

gel! Recatadamente piensan los amigos y familiares del Doctor que sus días se han cumplido: «¡Qué malito está!» Mimí, ya casada, lo tropieza en la calle; Mimí, aquella morenísima y menuda pícara, insinuante y graciosa; y, luego de cambiar impresiones, responde a la pregunta de si se hubiera casado con él hace un año: «—Pues bien, Jiménez, si usted me lo pregunta después de haberlo adivinado es usted un fatuo..., y si no lo ha adivinado es usted el tonto mayor que he conocido en mi vida.» «¡Tonto, sí, muy tonto!»—iba pensando. Como casi todos. —El cielo hace brotar a nuestros pies algunas florecillas que hollamos sin compasión para correr deslumbrados hacia otras que allá en lo alto brillan defendidas por agudas espinas; nos esforzamos por alcanzarlas, nos ensangrentamos las manos y al fin venimos sin ellas.» Así termina el *Diario;* poco después, su vida. Que Dios le perdone. ¿Y el mundo? «...lo más difícil de hacerse perdonar en el mundo es la superioridad de la inteligencia», ha dicho él mismo.

Doctor Angélico: nosotros *te perdonamos* tu bondad e inteligencia, y repetimos como una oración: ¡Que esa dulcedumbre de tu espíritu y esta luz de tu mente siempre nos guíen por los ásperos senderos!

Azorín, que en tiempos remotos había loado al autor del *Tristán;* que en otros más cercanos afirmó que entre los novelistas españoles contemporáneos «tiene la primacía» por su «emoción», y que algunas de sus páginas «sólo tienen par en los grandes novelistas rusos»; el dilecto *Azorín,* al trazar una linda glosa «al margen» de *La hija de Natalia,* termina: «No está decadente—antes sí en auge esplendoroso—la literatura novelesca de un pueblo que cuenta con una pléyade brillante de novelistas, a cuyo frente se halla el grande y querido maestro don Armando Palacio Valdés.»

La hija de Natalia epiloga—por el momento—la grandiosa obra del novelista. ¿Pero escribirá más para el público?... Una especie de testamento literario—crítica y estética—serán las páginas que salgan de su pluma... «Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos...», ¡oh *prudentísimo* Cide Hamete, oh venerable Palacio Valdés!...

XIX

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

UN PLEBISCITO.—SE ELIGE ACADÉMICO A PALACIO VALDÉS.—REPAROS A LA ACADEMIA.—RECEPCIÓN DE DON ARMANDO.—LOS DISCURSOS.—UNA CRÓNICA DE FERNÁNDEZ-FLÓREZ.—UN DESEO DE DON SILVERIO PALACIO.—NADA DE VETUSTEZ EN LA ILUSTRE CORPORACIÓN.—EL SITIAL, LOS PREDECESORES Y LOS COMPAÑEROS VECINOS.

Años antes de ingresar en la docta Corporación, valiosos escritores y artistas iniciaron un plebiscito en honra de Palacio Valdés: fué acogido con entusiasmo; los Académicos y novelistas dieron su voto asimismo favorable; sólo alguno, frío siempre, se limitó a palabras de cortesía, presintiendo al rival que en tiempo futuro había de obscurecerlo o recordando al crítico que le privó de una grata ilusión, al averiguar que su obra maestra no gustaba a las mujeres...

Fallecido el gran don José María de Pereda—28 de febrero del 1906—, fué designado para sustituirle don Armando Palacio Valdés, el 3 de mayo del mismo año; pero no tomó posesión de su plaza hasta el 12 de diciembre del 1920. Mientras, se dedicó a escribir los dos primeros tomos de *Papeles* del Doctor Angélico y el de la guerra europea,

además de autorizar recopilaciones y selecciones de sus obras. ¿Es que no recordaba o desdeñaba la Academia? No, no era eso: sencillamente se trataba de que le molestaba la exhibición, la inevitable «junta pública y solemne» en que había de leer su Discurso; y asimismo «Temía, fundadamente, que al ver ocupado tan presto el sillón del maestro, su pérdida os pareciese aún más dolorosa.»

Mas don Armando no podía mirar con desdén la Real Academia Española, porque sabía la misión tan alta que a ésta concierne. Desde su fundación en 1713, por iniciativa del excelentísimo señor don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, ha sido blanco para toda clase de ataques y... de elogios. Lo mismo se ha encubierto con aquéllos el despecho, que se ha disfrazado con éstos la solicitud vergonzante. Y también hubo sinceridad en unos y otros. ¿Por qué no creerlo así? En general, «ya es sabido que en todas partes se suele ser antiacadémico... antes de ser académico, como se suele ser demagogo antes de gobernar, y aun para gobernar más pronto o sacar mejores provechos que si se gobernara por decreto real y con responsabilidad ministerial», que áticamente dijo el autor de *El nudo gordiano*, o aquel comentario de Cánovas, en la intimidad: «Muchos hay que tiran piedras a las puertas de la Academia para que les abran.» El reparo de más consistencia ante los ojos del vulgo es que «ni están todos los que son ni son todos los que están». *Azorín* y otros han explicado el caso: los Académicos de número, domiciliados en Madrid, han de ser treinta y seis (art. IX de los Estatutos), y siempre hay mayor número de individuos merecedores de serlo; los descontentos no pueden faltar. En lo que se refiere a suponer que no son «todos los que están», obedece muy especialmente a que el público conoce a los poetas, novelistas, oradores, pero no a los eruditos, filólo-

gos y gramáticos; y éstos son los que realizan labor positiva en la Academia; aquéllos le dan esplendor nada más; y todo es necesario. ¿Son tantos en España los que podrían explicar la obra considerable de Ribera, Asín Palacios, Rodríguez Marín, Bonilla y San Martín, Alemany, Menéndez Pidal, Saralegui, Casares y Cotarelo?... *Pues entonces...*

Don Armando Palacio Valdés ingresó en la Real Academia Española con todo honor; su recepción fué un acontecimiento, al cual concedieron la Prensa y el público la atención debida; los cronistas, sus mejores galas: «es el viejo joven, el maestro discípulo, una gloria de la que no se ha enterado aún quien la ha conseguido», se advertía en una de las *Chispas del yunque,* de Ortega Munilla.

El Discurso de recepción está consagrado a su antecesor Pereda y al papel que el literato representa en la sociedad contemporánea. Con el novelista montañés le unían el amor al terruño, la aversión al trato mundanal, la esperanza en una vida mejor, la fe en la raza nuestra, de la que don José María encarnaba sus cualidades. Veía en el autor de *Sotileza* «el tipo de castellano viejo», el que reflejaba el aspecto cómico de los hombres y los sucesos para despertar la alegría de los lectores. Era un malicioso inocente, que no consideraba que existiera en la tierra nada insignificante. De los páramos—continúa—hizo brotar flores, los guijarros de las calles fueron transformados por él en zafiros y diamantes espléndidos. Y ante todo fué un literato, «nada más que un literato». La cualidad distintiva de éste es, para don Armando, «no el sentimiento vivo de la belleza, como generalmente se supone, sino el poder de hacerla ostensible»; «sólo se distingue del resto de los hombres por la facultad de expresión». De aquí que condene el endiosamiento del poeta, ni tolerado ni perdonado por las gentes. Frente a Byron, Goethe, Rousseau, el ejemplo

simpático de Shakespeare y Cervantes, tan humanados, tan admirables por sus vidas como por sus obras. «Don José María de Pereda pertenecía a la raza de Cervantes y era su digno descendiente.» Sociable, se placía sin embargo con la soledad de su finca de Polanco, en la lectura, en la charla con amigos escogidos. No sintió, como otros, «el excesivo amor a la gloria». Es uno de los obstáculos para el libre desenvolvimiento de las aptitudes y vocación literarias; no menor es el de la preocupación de la originalidad, y los literatos «jamás han sido menos originales que a la hora presente»; agreguemos el afán de imitar a los clásicos, la fecundidad desaforada, el deseo de ser vigorosos—no delicados, amenos, etc.—, el ansia de riquezas, que el literato «no necesita». Amemos la gloria, mas no para saciarnos con ella; tengamos fe, sin alardear de incrédulos; extraigamos la moral de la vida, sin convertirnos en predicadores; refugiémonos en nuestro pensamiento; seamos, en fin, poetas siempre y no sólo en los momentos de inspiración...

Don Eugenio Sellés fué el encargado por la Asamblea de dar la bienvenida al nuevo Académico. Enfermo el Marqués de Gerona, leyó admirablemente su discurso don Serafín Alvarez Quintero. ¡Qué obra de arte la del autor de *La política de capa y espada!* ¡Qué torneo entre «el nuevo» y «el viejo»! ¡Qué sinceridad en el elogio de éste a aquél! Sellés escribe: «La recepción de un puro creador de amena literatura, y por esa sola cualidad recibido, es caso solemne de justicia y ocasión señalada de festejo en la Academia Española»; los libros de Palacio Valdés fueron «su memorial, la fama su recomendación. Ellos le bastaron y nos bastaron. Llegó sin pedirlo, casi sin saber que venía a nosotros. Éste y otros repetidos casos de elección espontánea y tal vez inesperada, son respuesta y esperanza a los

que desconfían de alcanzar la cumbre académica con el sólo vuelo de la débil pluma de palomo poético si no la cobijan y amparan las recias plumas de neblí de los políticos o personajes influyentes». Luego de tratar de éstos y de cómo se entra, o se pretende entrar, en tal Instituto, anota que en Palacio Valdés «se muestra el ejemplo vivo de que basta saber escribir sin pensar en la Academia, para que la Academia piense en los que saben escribir». «Vino cuando quisimos, cuando fué deseado, y con esto se excusa aquí el acostumbrado elogio del Académico recibido. Diciendo que fué deseado por nosotros, se dice que le conocíamos; y si le conocíamos, queda desde luego presentado. —Era un antiguo amigo nuestro, como lo es de todos los amantes de las buenas letras dentro y fuera de España. Y luego, ha desoído voluntariamente el llamamiento.» No por pereza, no por temor al «obligado discurso»; éste no exige «proporciones de monumento literario»; «se elige y se entra aquí por lo escrito antes de elegir y entrar». Fué reverencia al antecesor, al «varón insigne que fué en vida amor de la Academia, en muerte duelo de España y en lo eterno gloria de las Letras. Palacio Valdés le ha hecho funeral piadoso y espléndido...» Don Eugenio Sellés diserta seguidamente sobre la «variación de perspectiva o de acústica» con que se considera al literato: surten de continuo los pensamientos ingeniosos, y, en resumen, cree que más estorba la pobreza que la riqueza, con tal de que no se repudie a la musa legítima «por amancebarse con las musarañas, las frivolidades mundanales, los placeres groseros, las disipaciones locas; por tales revueltas y encrucijadas se pierde ésta como cualquiera otra profesión. Pero eso no es el uso, a veces docente, sino el mal uso de la riqueza inclinada al ocio y a su hermano el vicio.» Compendio de tal ideología es esta frase: «La mano no puede atender simul-

táneamente a la pluma que pide cuidados, y al estómago que se queja; ni quien actúa a diario en el drama vivo de su comedor puede entretenerse en ficciones deleitosas ni filigranas de pensamiento.» Bien hizo en escribir don José Ortega Munilla, oído el Discurso del marqués de Gerona: «Medio siglo después de la victoria de *El nudo gordiano,* Sellés vence nuevamente en el severo recinto de la casa del idioma...»

W. Fernández-Flórez opuso con todo respeto un gracioso «voto particular» a la opinión de don Armando: «Por vivir en la pobreza, en esa pobreza que usted recomienda—advierte el humorista de *A B C*—, muchos escritores de esta generación no han podido llevar a sus Musas más que al café Colonial y a la Bombilla. Y ahí tiene usted toda esa terrible literatura que ha originado esa escasez: paupérrimas aventuras de estudiantillos con modistas en los reservados lamentables de un *restaurant,* o páginas grises de bohemia maloliente y sin espiritualidad. Una Musa que no toma más que café con media tostada resiste muy poco tiempo.»

Un sucedido, que no somos los primeros en referir, pero que nos ratifica el novelista con nuevos detalles, puso un velo de tristeza en su elección de Académico; la tristeza de que su padre no le hubiera visto ingresar en la primera Corporación literaria española.

El señor Cura Párroco, anciano amigo de don Silverio, le contó que paseando por la carretera de Entralgo a la Pola de Laviana, dióle la noticia de que había sido nombrado Arzobispo de Sevilla el P. Ceferino González. Y don Silverio replicó: «Me agradaría más ser Académico.» A lo que el buen sacerdote añadía en su carta: «¡Enhorabuena al hijo, que ha sabido ganarlo con los puños!»

Palacio Valdés, ya afianzada su personalidad, no se dejó

influir por nadie: «ni siquiera por el ingreso en la Academia—declaraba en enero del 1924, a un redactor del popular diario citado más arriba—, lo cual prueba que allí no es todo vetusto, o que si hay de vetusto, no se contagia».

Don Armando va poco a la Academia. Desde su recepción ha cuatro años, sólo asistió a las juntas ordinarias semanales cuarenta y dos veces hasta 1.º de enero del actual. En el escalafón que se formó «para remunerar la constancia y asiduidad de los Académicos», de acuerdo con el artículo 91 del Reglamento, ocupa el lugar vigésimo octavo, y sólo tres de los que ingresaron recientemente y cuatro de los electos le siguen.

Ocupa la silla κ, una de las doce señaladas con letras minúsculas — creadas por Real decreto de 12 de marzo del 1847—, que se agregaron a las veinticuatro de origen designadas con mayúsculas. Le precedieron en aquélla don Nicomedes Pastor Díaz, don Isaac Núñez de Arenas, don Francisco de Paula Canalejas, don José de Castro y Serrano y don José María de Pereda.

No asiste mucho, repetimos, a las reuniones de los jueves. No acostumbran los señores Académicos a sentarse en el sitial de la letra que les corresponde, sino a capricho; pero elegido uno, siguen ocupándolo por costumbre. Cuando don Armando va a la Academia, se sitúa entre don Miguel Asín Palacios y don Julián Ribera Tarragó, entre el discípulo y maestro recíprocos, entre el sabio y querido arabista y el venerable padre espiritual de una ilustre familia de investigadores aragoneses que goza de merecida fama.

XX

HONORES, CONDECORACIONES Y HOMENAJES

TRIBUTO MUNDIAL.—DE LA INUTILIDAD DE LOS HONORES.—OFICIAL DE LA LEGIÓN DE HONOR.—LA GRAN CRUZ DE ALFONSO XII.—HOMENAJES EN OVIEDO, ALICANTE, AVILÉS; EL «TEATRO DE PALACIO VALDÉS»; FIESTAS EN SEVILLA, MARMOLEJO, SAN FERNANDO, CÁDIZ Y JEREZ.

Nuestro Patriarca, modestamente retirado en su hogar, ha sido buscado con tesón por la fama. Desde en los más lejanos países hasta el natal, se le ha rendido toda clase de honores: se codiciaron sus autógrafos y los manuscritos y ediciones primitivas de sus novelas; se bautizaron con su nombre algunas calles, como en Pola de Laviana y Marmolejo, un magnífico teatro en Avilés, un Casino de literatos en Kansas—ciudad de los Estados Unidos con más de doscientos mil habitantes—; se le tituló hijo predilecto de populosas urbes; se honraron con su amistad numerosos literatos extranjeros; se le enviaron diplomas de Miembro de Honor de Corporaciones tan ilustres como la «Royal Society of Literature of the United Kingdom» y la «Société des gens de Lettres de France»; se dieron conferencias para ensalzar sus obras; dedicatorias impresas de libros, las tiene desde Gómez Carrillo a Valle-Inclán; para no ver-

se en estatua, hubo de oponerse a ello con toda energía; la Prensa mundial dedicó loas sin tasa a quien sigue considerando «el más grande novelista viviente de España»—*The Greatest Living Novelist of Spain*, leíamos en un rotativo norteamericano de junio anterior—; y hasta en Praga se celebraron los setenta años de Palacio Valdés, por no alargar la enumeración presente. José Francés, el admirable escritor y Académico de la Real Academia de San Fernando, acaba de referirlo en su nueva y bella obra *Miradas sobre la vida:* «Checoeslovaquia ha dado una lección a España eligiendo la Fiesta de la Raza, no para exaltar a los Conquistadores pretéritos, sino a un Reconquistador actual.»

¿Qué *utilidad* tuvieron esas distinciones?, preguntará el hombre práctico que no suele faltar. Casi siempre, replicamos, ninguna; y le recomendaríamos a éste que leyera a Anatolio France. Porque es del ingenio francés, a quien su secretario Brousson acaba de presentárnoslo «en zapatillas», la siguiente frase: «Al marcharme, la señorita Lefort *(la maestra)* me entregó un premio cuya importancia no me fué posible apreciar. Mi madre me explicó que el no tener utilidad era propio de los honores.»

El año 1916, el Gobierno francés hizo a don Armando Oficial de la Legión de Honor; era en los tiempos de la guerra, cuando no se concedía esa preciada condecoración a ningún hombre civil. En España le otorgaron la gran Cruz de Alfonso XII, cuando la inauguración del Teatro de Avilés, agosto del 1920. Años antes lo había propuesto el Consejo de Instrucción Pública, estaba concedida por el Consejo de Ministros; se telegrafió a provincias; mas... de repente se le antojó a ... un político que ya no bulle, y el Gobierno se la quitó para dársela *al otro.*

Por lo que se refiere a los homenajes españoles de que

tenemos noticia, apenas si podemos referirnos a ellos brevemente. El utilizar cuantos relatos poseemos, supondría un volumen como el que dedicamos a la vida del novelista y a la enunciación de su obra literaria. Fué el primero el de Asturias, en el Teatro Campoamor, de Oviedo (5 de abril del 1906). La región de Palacio Valdés quiso hacer olvidar los versículos evangélicos en que Jesús dijo «que ningún profeta es acepto en su patria» y que «No hay profeta sin honra sino en su patria y en su casa». Tardía, pero honrosa, fué la reparación; iniciativa de jóvenes, como casi siempre acaece, mas con la intervención de las más altas inteligencias de Asturias o que en ésta vivían: don Fermín Canella y Secades, don Angel Corujo, el poeta *Marcos del Torniello,* don Pío González Rubín, Altamira, Adellac, Pérez de Ayala, don José Quevedo y Álvaro de Albornoz. Palacio Valdés no asistió al homenaje: se leyó una extensa carta suya, con emocionados recuerdos de la Ciudad que compartió su niñez y llenó su juventud... Aquella tarde de jueves, no ha de olvidarse en Oviedo: representaciones de los pueblos del Concejo de Laviana, comisiones de Centros y Comunidades religiosas y culturales, multitud y escogidos... rindieron férvido homenaje al hijo de Entralgo. Se editó un folleto con los trabajos y la crónica de lo acaecido.

También en Alicante se celebró otra fiesta a raíz de publicar don Armando su *Tristán o el Pesimismo.* Fué en el Ateneo; hubo discursos y lecturas, entre éstas de Santiago Rusiñol; y uno de los principales organizadores, don Emilio Costa, el reputado director del *Diario de Alicante,* a quien agradecemos sus informes del homenaje simpático.

Madrid quiso asimismo en esa época ofrecerle su devoción, a propuesta de don Augusto Martínez Olmedilla, el novelista que fué de los que primeramente y mejor divul-

garon los méritos de Palacio Valdés. No accedió a ello el autor de *Marta y María.*

En setiembre del 1918, los avilesinos obsequiaron con un banquete en el Gran Hotel a don Armando, que se hallaba en la villa. Hubo brindis de los señores Álvarez Mesa y García Robés, un hermoso discurso del señor Pedregal, una delicada composición en *bable* de don Julio García Quevedo, y unas hermosas cuartillas de Palacio Valdés en exaltación de su villa predilecta, donde si Cristo hubiera nacido—dice—«sería profeta en su patria»... *La voz de Avilés* insertó amplia información de este agasajo.

Pasados dos años—el 9 de agosto del 1920—se inauguró en la misma villa el *Teatro de Palacio Valdés.* Se habían comenzado las obras en 1900, con festejos y discursos—de *Clarín,* que veraneaba en Salinas, uno de ellos—, permaneciendo abandonadas hasta 1919. Ofrece un conjunto hermoso, con cuatrocientas butacas y cuarenta y ocho palcos, entre otras localidades. Tiene cuatro pisos y capacidad para unos mil doscientos espectadores. La decoración es rica y artística. El domingo 8 de agosto, con la llegada de Palacio Valdés y su bella esposa, comenzaron las fiestas. Ortega Munilla y su virtuosa compañera doña Dolores Gasset fueron también recibidos con entusiasmo. El 9 entró en Avilés el ministro de Instrucción Pública, don Luis Espada, ostentando la representación de S. M. el Rey y del Gobierno. A las diez de la noche del mismo lunes fué la inauguración del Teatro y la imposición al novelista de las insignias de la Gran Cruz de Alfonso XII, costeadas por suscrición popular. Se dió cuenta del Certamen organizado por *El Progreso de Asturias;* y entre los que leyeron y hablaron se destacan Ortega Munilla, don Melquiades Álvarez y Palacio Valdés. Si aquél escalofrió de emoción al auditorio con párrafos de don Armando, el tribuno suscitó aclamaciones

unánimes. El semanario citado, en un número extraordinario del 23 de octubre, relató las fiestas e ilustró con fotografías la narración. El autor de *La Cigarra* anotó en una crónica de su veraneo, publicada en *A B C,* el «día inolvidable que difundiera en Asturias y en toda España corrientes de nobilísimas alegrías».

Sevilla pagó a Palacio Valdés la gloria de haber situado en su suelo la mayor parte de las escenas de *La Hermana San Sulpicio.* El deseo expresado por Pérez Lugín en *Currito de la Cruz* de colocar una lápida de azulejos en la calle de Argote de Molina, donde el novelista hizo vivir a Gloria Bermúdez, y la idea del homenaje iniciada por *El Noticiero Sevillano,* con el eficaz concurso de su meritísimo redactor don José Andrés Vázquez, tuvieron realización cumplida. En la última decena de mayo del anterior, la lápida fué colocada en la casa núm. 15 de tal calle; las nietecitas de don Armando descubrieron el rótulo; hubo los correspondientes discursos, realzados por el ingenio andaluz. En los jardines del Alcázar, nueva fiesta con palabras del Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo, con humorístico trabajo de don José Andrés Vázquez, y poesías de Collantes de Terán, Muñoz San Román y Marquina, leída ésta por doña María Guerrero; las cuartillas de don Armando merecían conservarse. Con bailes típicos le obsequiaron en el barrio de Santa Cruz; el Ayuntamiento, con sesión extraordinaria para entregarle el título de hijo adoptivo; el Ateneo de la ciudad y la Colonia de Asturias, con banquete en la Venta de Eritaña; de nuevo los asturianos, con una jira por el Guadalquivir; la Real Academia de Buenas Letras con el nombramiento de individuo de la misma; el torero Sánchez Mejía con buñolada clásica en una de sus posesiones campestres; Corrochano, con preciosas crónicas, y Serrano Anguita, con un mensaje poéti-

co lleno de delicadeza. Nuestro novelista, su esposa, sus nietas y su sobrino Eduardo no olvidarán los días sevillanos henchidos de emociones.

A poco, Marmolejo, villa de Jaén, correspondió al honor de que en ella se desarrollen los cuatro primeros capítulos de *La Hermana San Sulpicio*. Fué el homenaje el domingo 8 de junio del mismo año. Acudieron a Marmolejo en este día representaciones de las autoridades superiores de la provincia andaluza, las de los pueblos comarcanos, lindas mujeres que aclamaron al maestro por las calles y en el parque de las Aguas, y la multitud, compenetrada con la justicia de la fiesta. Luego de la recepción del novelista y su esposa a la hora del rápido de Andalucía, y pasada la siesta, fué la excursión al Balneario, donde la Hermanita y Sanjurjo se conocieron. Más tarde se descubrieron los rótulos de la «Calle de Armando Palacio Valdés»: la primera lápida lo fué por la señora del escritor glorioso; la segunda, por la Srta. María Sotomayor. El alcalde, don Alfonso Sánchez Solís, ofreció el homenaje con efusivas palabras; el diputado provincial don Ricardo Sotomayor García, representante del gobernador, pronunció brillante y adecuado discurso, y, finalmente, don Armando leyó unas cuartillas primorosas. A continuación, aplaudido Palacio Valdés y vitoreado sin cesar por todas partes, se dirigió con su acompañamiento a los jardines del Hotel de Los Leones, y en los mismos, a las nueve, fué el banquete de más de doscientos cubiertos. Hizo el ofrecimiento el castizo prosista e inspirado poeta don Antonio Alcalá Venceslada, que leyó seguidamente unos versos delicadísimos, dignos de antología. El Alcalde entregó a don Armando el título de hijo adoptivo, que el novelista besó; título que es preciada obra de arte del humorista Santiago de Morales Talero *(Eseme)*. El autor de estas páginas leyó

un breve trabajo, y después de una poesía del señor Sarabia, Palacio Valdés dió lectura a otro discurso lleno de emoción. De emoción, por lo cordial, fué el día de la acogedora villa ribereña. El periódico de Jaén titulado *Norte Andaluz,* que tanto contribuyó al homenaje de Marmolejo, publicó en su número del día 10 todos los trabajos de la fiesta y relato circunstanciado de la misma. También los reprodujo *La Regeneración,* que insertó crónica de aquélla.

Y finalmente, los agasajos de San Fernando, Cádiz y Jerez de la Frontera en el mes de noviembre acabado de pasar. El *Diario de Cádiz,* afamado periódico que cuenta cincuenta y nueve años, plantel de notables periodistas que dirige don Federico Joly, encierra, en sus dos ediciones cotidianas de los días 18 a 23 del mes citado, la historia completa del tributo rendido por la cuna de las libertades patrias al gran novelista. Resalta la Fiesta de la Poesía, organizada por el Círculo de San Fernando de esta invicta ciudad, en que el verbo iluminado de Francos Rodríguez lució ante gentil Corte de Amor en rendimiento a Palacio Valdés.

Valencia, la hermosa ciudad, es la que está en deuda con quien escribió *La alegría del Capitán Ribot.*

Los trabajos leídos en los homenajes reseñados, deberían componer un volumen más—con algunos otros sueltos—para la serie de «Obras completas». Unidos al Discurso de recepción en la Real Academia Española formarían amena colección.

XX

LA FAMILIA ACTUAL

LEOPOLDO Y DON ATANASIO.—MÉRITOS DE ESTE ESCRITOR; EL CARIÑO AL HERMANO.—MARTITA, MARÍA TERESA Y EDUARDO, SOBRINOS DE PALACIO VALDÉS.—LA ESPOSA DEL HIJO; TRÁGICO FIN DE ÉSTE; LAS DOS NIETAS.—HOMENAJE A LUISA Y JULIA.

Desaparecidos de este mundo los padres de Palacio Valdés, sólo le quedaron al novelista dos hermanos: Leopoldo y Atanasio.

Leopoldo llevó este nombre por *Clarín;* tenía catorce años menos que don Armando, su padrino de pila. Falleció a los veinticinco, en Oviedo, ya doctorado en Derecho y cuando la vida podía sonreírle.

Atanasio nació el 2 de mayo del 1857 y falleció el 14 de diciembre del 1919. Sus carreras académicas y literaria demuestran que fué un ingenio privilegiado: ingeniero militar, pidió la separación del servicio; después se hizo abogado; el 9 de julio del 1894 ingresó en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, llegando a tener categoría de Inspector; fué además Gobernador civil de Orense. Escribió obras teatrales y numerosas poesías, desperdigadas en infinidad de periódicos. Cultivaba el castellano, pero gustaba del *bable,* por lo cual admiraba los trabajos que sobre éste hicieron Jovellanos y el canónigo

González Posada, así como en los tiempos modernos el cronista ovetense don Fermín Canellas y don Juan Menéndez Pidal, el autor de las poesías tituladas *Alalá* (1890). Don Atanasio contribuyó a la fundación de la *Revista de Asturias*. Para el teatro escribió la comedia *Un crimen* y otra estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, que llevaba por título *La suegra de Timoteo*.

Quería mucho a don Armando, que le correspondía entrañablemente. Se embromaban entre sí acerca de la justicia distributiva, que no había hecho famosos igualmente a los dos hermanos; pero don Atanasio decía a doña Manolita, su cuñada: —Armando no se da cuenta del talento que tiene. Se morirá más o menos pronto, ¡claro está! Pero sus obras vivirán por los siglos de los siglos...

Hijos de don Atanasio, únicos sobrinos que tiene el novelista, son: la menor de todos, Martita, soltera y linda; María Teresa, casada con don Emilio Gómez Vela, y Eduardo, que igualmente adora en su tío: «Si yo no fuese hijo de su hermano, tendría una gran envidia de mi primo.»

Eduardo, recio, simpático, periodista notabilísimo que acaba de ser recompensado con la Cruz de Alfonso XII, Secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid, donde con su Presidente el ilustre Francos Rodríguez desarrolla una labor memorable, autor de obras teatrales que alcanzan éxitos de consideración; Eduardo dice que «no tiene biografía».

Nació en la capital de Asturias, el 84; a los diez y siete años empezó a llenar cuartillas, trabajó en periódicos provincianos, entró en *La Época* y de aquí pasó al *A B C*, en donde es redactor desde hace tres lustros. Eduardo Palacio Valdés, como escritor y como hombre es popularísimo; tiene ingenio y gusta de las corridas. No en vano fué español aquel humorista nombrado Mariano de Cavia que,

según González Serrano, no hallaba obstáculo en repetir que si aspirara a ingresar en la Academia sería para meter en ella los toros.

Muerta la primera esposa de don Armando, le quedó un hijo, como a Riverita. *Armandín* no heredó las aficiones de su padre; era culto, afable, lleno de salud. El veneno de la literatura no hizo mella en él. Se casó con una linda mocita de Gijón, doña Luisa Cavo Argüelles, hija de una prima hermana de doña Luisa Maximina Prendes Busto. Armando Palacio Prendes quedó viudo el 7 de enero del 1919, con dos niñas pequeñitas, y él murió en la carrera de motocicletas llamada de las doce horas, en el Guadarrama, guiando el aparato, el 18 de junio del 1922. El maestro de la novela sufrió una vez más inenarrablemente. «El inmenso dolor que éste sufre pone en nuestro ánimo vibraciones de angustia», escribía entonces don José Ortega Munilla. Si queréis ver reunidos a todos, mirad las fotografías que publicó *La Esfera* en su número segundo, once años ha.

La calificada por Cervantes de «eterna segadora que nunca duerme siesta», dejó solo al matrimonio con las nietecitas: gracias a este cariño, Luisa y Julia no echan menos a sus padres. Yo las conocí en la primavera reciente, cuando por vez primera me presentaba a don Armando; y fuí a Espelúy, donde cambié de tren para la estación de Baeza, en espera del rápido descendente que lo conducía a Sevilla. Unas líneas fueron el homenaje a las nietecitas de Palacio Valdés.

Subimos al tren con la impaciencia que debió de sentir el profesor Reuss cuando anduvo más de ciento ochenta leguas para visitar en Koenisberga a Manuel Kant, y con la curiosidad de los campesinos que veían pasear a éste

por el jardincillo de su casita de los arrabales... Mas ahora no se trataba de un gran filósofo, sino de un hombre sencillo que escribió una veintena de obras que enternecen a las mujeres y que conmueven a los varones; autor de ciertas páginas que van a durar unos cuantos siglos, mientras el éxito de muchos volúmenes de otros escritores se va extinguiendo, borrando, y se olvida al fin.

Ya habíamos empezado en el pasillo del vagón la charla con el Patriarca de las bellas Letras españolas contemporáneas; charla amable y llana, cual la de dos compañeros que durante algún tiempo no se hubieran visto; diálogo grato, en que el joven—recordando a Sócrates, quien, a su vez, en el aspecto positivo de su método seguía a Fanereta, su madre—; el joven, digo, con su «Mayeutica» proporcionaba ocasión de que diera a luz el espíritu del literato las bellas ideas, los consejos luminosos, las noticias deseadas; todo ello sin fatiga, sin prisa, a la buena de Dios. Así conversábamos con el maestro de las mejillas encendidas, de los ojos azules, de la barba corta y blanca; así hablábamos con el novelista bondadoso, elegante en el escribir como en su indumentaria de viajero.

Dentro, en el vagón, dormitaban, o entraban y salían, periodistas y amigos, todos ellos, gente de pro, bullanguera y simpática; acaso uno de los primeros—Serrano Anguita—había leído poco antes los lindos versos que empiezan:

Mensaje que—olvidando
la oración, y el ayuno, y el cilicio—
acaba de escribir a don Armando
la Hermana San Sulpicio.

Y el sobrino, Eduardo, pasaba y tornaba a pasar con la caja de aromáticos vegueros, llenando el pasillo con su figura opulenta.

Nos acercábamos a la estación donde habíamos de descender. Ellos continuaban hacia Sevilla, la Ciudad de la Gracia, en que iban a agasajar regiamente al escritor con los bailes típicos de la tierra, con la espuma de la poesía, con las joyas de la prosa, y con actos «solemnes» en que el ingenio andaluz había de hacer grato lo que de otra suerte pareciera frío y adusto.

Al pasar por Jabalquinto, recordamos el episodio chispeante con que comienza la novela donde florece Gloria Bermúdez: —¿Estarán aquí *todavía* los bártulos de Puig?

El maestro rió de buena gana... Luego, anunció:

—Voy a traer a mis nietas.—Y se dirigió a otro departamento, en que iban con la esposa del novelista.

Cuando salisteis, Luisa y Julia, ¡qué bellas estabais! Al aparecer el abuelo abrazado a vosotras, ¡si le hubierais visto los ojos arrasados de lágrimas! Era la emoción por vuestros padres idos a otra región mejor; era la ternura que mojaba su alma cuando nos dijo:

—¡No tienen más que a mí en el mundo!...

Y luego del silencio, volvimos a mirarte, Luisa, volvimos a verte tan rubia y hermosa con tus doce años, nuncios de una primavera espléndida, más de diosa que de mujer, que diría tu abuelo. Y tornamos a contemplarte, Julia, morena y linda a fe, con tus once años salados, que nos evocaban los pocos más de Maximina, la niña de Pasajes, que ya es inmortal...

¡Adiós, amiguitas, adiós!, lo mismo que al marchar el tren os despedíais de nosotros, asomadas a la ventanilla con el abuelito. Os veré siempre niñas, aun cuando lleguéis a ser mujeres; hablaré con vosotras con la ingenuidad de este 20 de mayo; os desearé de continuo que para vuestra vida se convierta en felicidad toda la gloria de quien hoy os hace de padre; y si estos «papeles» que escri-

bo llegan a vosotras, guardadlos bien, porque, aunque no valen nada, si arribáis—¡y lo quiera Dios!—al otoño de vuestra existencia, quizá encontréis en ellos algo de ternura...

Y ascendimos a otro tren, para sumergirnos en los afanes cotidianos, viendo la campiña lozana, toda orillada de campanicas azules, para tus cabellos rubios, Luisa; la campiña llena de encendidas amapolas, para adornar, Julia, tu faz morena.

XXII

MOTIVOS DIVERSOS

LAS MUJERES Y EL NOVELISTA.—LA HUMILDAD DE PALACIO VALDÉS Y DE LO QUE SE SIENTE ORGULLOSO.—EL DINERO DE LA LITERATURA.—LA POLÍTICA.—IDEOLOGÍA, CATOLICISMO.—CAP BRETON.—VIDA RETIRADA; BIENESTAR, TRABAJO, SEMBLANZA; LA CONQUISTA DE LA GLORIA.—EL PREMIO NOBEL.—UN SEUDÓNIMO: EL DOCTOR ANGÉLICO.—LA SEPULTURA.—DESEO...

En este capítulo, que un helenista rotularía de *paralipómenos,* o cosas omitidas o tratadas ligeramente en los que van delante, el primer lugar ha de ser concedido a las mujeres.

¿Cómo ha visto Palacio Valdés a las mujeres y qué impresión ha causado en ellas la obra del novelista? Tratado especial merecería este aspecto que, como otros varios, hemos de contentarnos con esbozarlo nada más.

Los críticos han coincidido en la apreciación de que don Armando acertó más en la creación o reflejo de caracteres femeninos que en los de varones. A lo largo de estas páginas se han visto refilar primorosas beldades o perversas hembras, que fueron la gloria de quien analizó sus almas. Esa galería femenina se estudió alguna vez, si el recuerdo no nos equivoca, por A. González-Blanco. Y el re-

centísimo 29 de noviembre, la Asociación de antiguos alumnos del Instituto de San Isidro (Madrid) se vió distinguida con la conferencia que de *Las mujeres en las novelas de Palacio Valdés* dió la señorita María Felisa Rogerio Sánchez, gala de nuestra cultura en el huerto recatado de la belleza; en la *Revista de Segunda Enseñanza* (febrero del actual) y en opúsculo aparte, el lector puede gustar tan sabroso fruto del ingenio femenino, comprensivo y sutil.

Emiliano Ramírez-Ángel, tan estimado por don Armando como escritor y como hombre; el poeta de las emociones silenciosas y el prosista de las novelas henchidas de ternura; el que, además de la madrileñería lírica, es un cronista perspicaz de la vida cotidiana; Emiliano Ramírez-Ángel nos dió a conocer opiniones de Palacio Valdés referentes a las mujeres europeas y de allende los mares *(El Hogar y la Moda,* 25 de mayo del 1924): la española lee poco, y hace algunos años «ni poco ni mucho»; la francesa «es culta, refinada, espiritual; estima el valor de una obra literaria igual que los hombres; señala sus defectos y penetra sus bellezas»; la inglesa prefiere en las obras de arte la moral a la perfección; las norteamericanas se caracterizan por su entusiasmo: una de ellas fué a Marmolejo desde Sevilla, para recorrer los sitios por donde anduvieron la Hermana San Sulpicio y Ceferino Sanjurjo; suspendió, ya en la villa andaluza, su regreso al enterarse de que el novelista iba a llegar; y presentada a él, le dijo sollozando: «—Puede usted creer, señor Valdés, que éste es el día más feliz de mi vida. —Señorita—le respondí—, en ese caso debe usted de ser bien desgraciada.»

¿Y las obras de este Patriarca, qué influjo ejercieron en las mujeres? Mayor que en los hombres, puede responderse sin titubeos. Cartas y confidencias de quienes lloraron o rieron sobre aquellas páginas inmortales fueron el mejor

tributo. Una señora de Galicia le decía que no firmaba la suya, porque no se creyera que lo que pretendía era un autógrafo del novelista amado. Sus libros—escribía don Francisco Acebal, en *Alma Española,* 3 de enero del 1904—, «sus libros corren más por manos de *ladíes* que por las de señoras españolas», «de tal manera el alma asturiana empareja en muchos aspectos con el espíritu sajón.» Martínez Sierra suponía en una carta de mujer a mujer, con referencia al tomo de *La aldea perdida:* «¿No lo ves en manos de muchas mujeres? Pues cuando un libro muy bueno, nada frívolo, que no halaga pasiones..., cuando ese libro, digo, llega a poder de hembras españolas y duerme como un niño mimado largas siestas en el cestillo de labor, no pocas veces junto al libro de rezos y el rosario, créelo, es que ha pasado por la biblioteca de todos los hombres de entendimiento que en España se cuentan, y tú de sobra sabes que no son pocos.» Rosa, Marta, Elisa, Cecilia, Julia, Soledad, Cristina, Demetria, Clarita, Lalita, Mimí Rosal, y Maximina sobre todas, velaron siempre por don Armando Palacio Valdés.

* * *

¿Es humilde, verdaderamente humilde, el novelista? ¿Desdeña el aplauso, no agradece el elogio?

«No busca el aplauso ni lo rehusa; no abomina del trato humano ni se exhibe en tertulias y fiestas. Contempla plácida y serenamente cómo se desliza la vida», dijo *Azorín.*

»Como no soy un impostor, declaro que amo y he amado siempre el aplauso.» «Me gusta limpio, sincero, confortante.» «El elogio venido de lejanas tierras, donde no saben si soy gordo o flaco, torcido o derecho, me ha seducido siempre. Me seduce, porque es absolutamente espontáneo y me parece una promesa de inmortalidad. Aun más me

siento halagado por las cartas que me envían personas desconocidas expresándome la impresión que mis libros les han causado.» Son confidencias de don Armando en sus *Páginas escogidas,* quien en la dedicatoria de sus «Obras Completas» declara: «Puedo vivir feliz sin la admiración del vulgo y los elogios de la Prensa: tanto más cuanto que de casi todos los países civilizados del globo recibo testimonios de simpatía que me alientan y me calman.» La tristeza que decía sentir por no ser «el héroe de una de esas ovaciones nocturnas con que la muchedumbre obsequia a sus favoritos», ya no puede experimentarla: hemos visto aclamarlo como a esos héroes no se vitorea nunca. Lo que no hizo, pues, fué aterrarse jamás por el alejamiento de las gentes, ni irritarse por el silencio de los periódicos; todo eso que tanto perjudica al escritor, según expuso en el Discurso de la Academia.

De algo, no obstante, se siente orgulloso; no es de sus obras, sino de la estimación de sus compañeros. Ensalzó a todos; no tuvo rivales. El que siempre fué así de bondadoso, pudo hablar de esta suerte a *El Caballero Audaz:* «Sufren un error profundo los que creen que un hombre por sí solo, por mucho que valga, puede perpetuarse. Eso, jamás. Uno por sí solo no es posible que atraviese la frontera; en cambio, ese mismo puede perpetuarse y consagrarse en todo el mundo, cuando hay un grupo de compañeros que valen y se suman a él. Esto ocurrió en España en el siglo XVII y en el XIX. Mire usted, aquí cuando empezó Galdós a escribir, nadie le comprendió ni le hizo caso. ¿Por qué? Porque en España el público no estaba acostumbrado a leer novelas españolas. No se comprendía más novelista que el del folletín francés; pero detrás de Galdós vinieron Pereda, Alarcón, Valera, y entonces, todos juntos, nos acostumbraron a saborear nuestra novela, que nada tiene que en-

vidiar a la francesa. A propósito de esto, recuerdo que una tarde en Cap Breton—donde tengo un *chalet* para pasar los veranos—estando en mi compañía varios literatos franceses, les dije lo siguiente: «Tengan ustedes la seguridad, que si España poseyese tantos barcos y cañones como Inglaterra, Francia o Alemania, su literatura estaría considerada como la primera del mundo...»

Al que así habló a José María Carretero, no pueden herirle las flechas disparadas por un escritor peruano o de cualquier país...

Por esa humildad, no le disgusta pasar inadvertido, lo que servía hace unas semanas para protestar en contra del hecho a don Álvaro Alcalá Galiano, al observar la curiosidad que, por el contrario, despertaba por las calles el señor Lerroux: «No he visto que las gentes se volvieran al pasar el gran novelista, ni que los transeuntes dieran señales de reconocerle. Y, sin embargo, ¡oh efímera popularidad!, no es probable que dentro de cien años se recuerde al señor Lerroux; pero el maestro Palacio Valdés seguirá siendo tan actual como lo es hoy en todos los países hispanoamericanos.» (En *A B C,* febrero.)

* * *

¿Y el Poderoso Caballero de la letrilla quevedesca, le ha ofrecido sus espléndidos dones?... Si Palacio Valdés quisiera fantasear, como no pocos de la hora de ahora, podría hacerlo sin reparo. La divulgación de sus libros lo autoriza para ello; pero no quiere. Don Armando, nacido en hogar rico, no conoció la escasez; no tuvo que vender su pluma ni que hacer concesiones para allegar ingresos. Cuando un norteamericano le envió una crecida suma por los originales de sus obras, le devolvió bastante de ella por considerarla excesiva; cuando le ofrecieron pagarle a lo

gran señor sus colaboraciones, declinó el ofrecimiento si su espíritu no se sentía con ánimos para el esfuerzo debido; si periódicos humildes solicitaron autorización para insertar algunas de sus novelas, él la concedió gratuitamente, sin darle importancia al hecho.

Nuestro novelista ha podido vivir holgadamente con el producto de sus obras; y es todo cuanto puede afirmarse en una nación como la nuestra, donde el literato es pobre y donde la retribución de mil dólares por un cuento al autor de *Maximina* produce cierto pasmo.

En un artículo de don Francisco A. de Icaza—«El dinero y las letras castellanas»—leíamos hace ocho años lo siguiente: «Armando Palacio Valdés me contaba en cierta ocasión que la vida del literato español le traía a la memoria la de un personaje de Dickens, que se pasa la vida pretendiendo un puesto de barrendero y muere el día que logra alcanzarlo.» «Escribo para divertirme y hago jabón para vivir»—me decía Pereda—. Más práctico, como más joven, Pío Baroja hace novelas y hace pan: es la manera más segura de tenerlo, teniendo la tahona en casa.»

Para quien cree que la riqueza más bien perjudica que beneficia a la obra de arte, el Poderoso Caballero no podía inspirarle inquietud.

* * *

Don Armando Palacio Valdés no profesó en la política militante. Su amistad con Castelar pudo hacer creer que era republicano. Unas palabras de *Seducción* afianzaron a los lectores en esta idea. En tal delicioso cuento dice que al pasar por la Plaza de Oriente y ver en los más altos balcones del regio Alcázar una pareja de jóvenes que reía y charlaba, se le ocurrió que podría escribir una historieta «colocando la escena en los pisos altos de Palacio,

que lo mismo podría ser historia de hombres que de pájaros. Mas consideré en seguida que mis correligionarios son muy suspicaces. Seguro que habían de ver en este cuento un medio indirecto y solapado de aproximarme a la Monarquía y hacer traición a nuestros ideales. Si por ello me hiciesen ministro, o algo siquiera de lo contencioso, bien sé que no me dirían nada. Otros lo han hecho sin enojarles. Pero hablar de los palacios sin odio y sin haber recibido de ellos merced alguna, esto no es lógico. No lo ha tolerado ni lo tolerará jamás un buen exaltado.» La ironía del concepto salta a la vista.

Como buen español, lamentó los males patrios y los desaciertos de los gobernantes. En ocasiones, sus palabras tuvieron acentos de cálida indignación. Únicamente los hombres de corazón frío por temperamento o de cierta dirección filosófica sincera, pueden mirar indiferentes el espectáculo de las pasiones malsanas.

El verano anterior, cuando grave enfermedad puso en peligro la vida de don Armando, Su Majestad el Rey se interesó vivamente por su mejoría. Al convalecer, el novelista telegrafió en rendida gratitud.

El rasgo amable de don Alfonso XIII acaba de ser ensalzado por el famoso escritor William Henry Rishop, en carta publicada en el *New York Times*.

* * *

La ideología de Palacio Valdés se halla expuesta, prescindiendo de sus libros novelescos, en las *Páginas escogidas,* en el discurso de recepción en la Academia y en la dedicatoria a su hijo en el primer volumen de «Obras completas».

Ama la sencillez en el fondo y en la forma. Detesta por

igual los neologismos y arcaísmos. Le cautiva lo ponderado, que no gusta al público: «Los que como yo aborrecen lo excesivo no alcanzan jamás sus favores.» De esa medida, que exalta, se apartó en ocasiones diversas: «Falsos conceptos unas veces, otras estímulos de vanidad literaria, me arrastraron a hacerlo.»

Se arrepiente de haber escrito excesivamente. Tal como suele entenderse la fecundidad, considérala «un vicio, no cualidad digna de aplauso.» No atendamos al público en solicitud continua de *novedades:* «Quien haya producido una sola obra en su vida, si es bella, jamás será olvidado.» Recordemos *Don Quijote, La Ilíada, La Divina Comedia.* En vez de agradar a la muchedumbre, procuremos «obtener la aprobación de los pocos hombres de gusto que existen en cada generación.» «La fecundidad del escritor no debe medirse por el número de sus obras, sino por el tiempo que éstas duran en la memoria de los hombres.» «En este supuesto, Cervantes con un solo libro es más fecundo que Lope de Vega con sus millares de comedias.»

No se enorgullece, pues, con las que lleva escritas. Se avergüenza de ello. Lo único que puede disculparlas es que exprimió sobre ellas sangre del corazón. Éstas—repetiría Nietzstche—son las que perduran.

Las ideas religiosas de Palacio Valdés son bien sabidas. Los que no desconozcan los prólogos de algunas de sus novelas y bastantes pensamientos de las mismas, saben que nuestro autor se gloria de pertenecer a la Iglesia Católica. Humildes sacerdotes las recomiendan en el confesionario y purpurados como el cardenal Benlloc lo felicitan en ocasión señalada. Otros, en cambio, por ignorancia o intransigencia, lo trataron ceñudamente. En la Revista titulada *Razón y Fe*—redactada por Padres de la Compañía de Jesús—el P. C. María Abad lo incluye sin titubeos entre los

novelistas católicos, sin temor a sus lectores, razonándolo con amplitud (enero del 1924). Utiliza el procedimiento de unir los textos a los comentarios, como nosotros en alguna ocasión no remota. Para no insistir, transcribamos las siguientes palabras del mismo Rvdo. Padre en otro capítulo de su estudio (íb., julio, «Novelistas Católicos», V.): «Todos sabemos que para que una obra sea bella, no basta que sea muy moral y muy ortodoxa; como sabemos también que la obra de arte no debe convertirse en sermón, y que tampoco es necesario que en ella se sostenga una tesis moral o católica.»

* * *

El novelista veraneaba en Asturias, en Hendaya o en alguna otra playita de su agrado. Mas el ingeniero Pedro J. Hora Adema, que había estudiado en Holanda el español; que había leído y traducido *El cuarto poder,* y que desde La Haya había ido a pasar el estío en Cap Breton; el ingeniero a quien conoció en Madrid, le indujo a que comprara una casita en ese delicioso pueblo de las Landas francesas. Fué por el 1908. Desde entonces va los veranos a su *chalet* de *Marta y María,* amplio, cómodo, con espacioso jardín, mayor que el que posee en San Fernando.

Cap Breton, fresquito, plantado de pinares, le cautiva. Entre éstos se perdió el primer año, al confundirse con los dos caminos. Además de Hora Adema, su amigo de siempre, conversaba con Pablo Margaritte—quien comparaba a don Armando con Daudet, pero estimándolo más profundo—, con otros literatos franceses y con los españoles que años después afluyeron al pueblo. Al autor de *El emboscado,* fallecido durante la guerra, lo siente todavía: «¡Qué hombre más bueno! Nunca le oí hablar mal de ningún camarada.»

Este año que pasó, Palacio Valdés reunió a las veinticinco o treinta personas de la colonia española, para agasajarlas con un *te,* en celebración de haber recobrado la salud. Entonces le contaron que las mujeres de Cap-Breton les preguntaban por él y que algunas lloraban cuando las noticias eran alarmantes. El novelista se sintió conmovido por esta nueva prueba de afecto—tan espontánea, tan sincera—que le habían tributado los extranjeros cordialmente.

* * *

El novelista vive sencillamente en un piso cómodo de la calle de Hermosilla; está amueblado con riqueza y gusto; de las paredes cuelgan valiosos lienzos: en este óleo, el retrato del padre ya ancianito; en aquél, la imagen de don Armando en la época de sus triunfos resonantes; en un lado, el puerto de Pasajes—patria de Maximina—pintado por el célebre marinista Ocon; en otro, una vista de Cádiz por Godoy, profesor de la Escuela de Pintura de la misma ciudad.

Don Armando escribe en las horas radiantes de la mañana, aquí o en el campo; si el tiempo es propicio, pasea por los jardines del Retiro madrileño o realiza algunas excursiones. Sus comidas son frugales y sin complicaciones ningunas. Saborea un habano. No va al teatro—que no cree que sea un género inferior en el Arte—sino por acompañar a su esposa; alguna vez lo columbró una artista y le arrojó a la platea un brazado de flores. Elogiemos este rasgo de la Raquel Meller, deseosa siempre de llevar a la escena—aun por medio de cinematógrafo—la figura de Maximina. Luego de un leve refrigerio, don Armando se duerme con las ventanas abiertas en toda estación: en una noche de invierno se llenó de nieve, viviendo en la calle de Alcalá; en estos días de estío, cuando la fiebre le escandecía, la tema

constante era: «¡Que me ahogo! ¡Que me asfixio! ¡Abrid esas ventanas!»

Escribe en anchas hojas de papel, con otro de calcar debajo, para que el duro lápiz vaya dejando copia. Siempre madurado de antemano su pensamiento o imagen, rara vez borra lo escrito; mas si lo hace, lo es minuciosamente, con esmerada pulcritud. Los grafólogos han podido apreciar así «claridad, luminosidad, transparencia» de hombre que es «ordenado, limpio, pulcro hacia dentro y hacia fuera.» Recordad el estudio de Weisstout al pie de un retrato por Vázquez Díaz.

Físicamente, es de mediana estatura, como Goethe, Dickens, Schiller y tantos otros grandes hombres. Su barbita es corta y blanca, encendidas las mejillas; los ojos, de color azul, «el más espiritual, el más puro y el más sublime de los colores...» Moralmente, fué comparado por su sobrino Eduardo con el Capitán Ribot. ¡Agudo acierto! El amador de Cristina veló siempre por «la propia estimación», cuando Benavente no había aún ensoñado con escribir la obra de este título... No afea, de consiguiente, Palacio Valdés su vida con las pequeñeces de los que fueron célebres, llámense Lamartine o Balzac. Por lo que se comprende que su reputación fuera haciéndose poco a poco, «por referencias particulares, de lector a lector, de «parroquiano» a «parroquiano», como un peluquero o un zapatero», decíale a Ramírez-Ángel y, posteriormente, al autor de estas páginas de devoción.

* * *

En recuerdo de don Ángel Jiménez, personaje inmortalizado por Palacio Valdés en tres de sus libros, utilizamos en nuestros trabajos periodísticos el seudónimo de *El Doc-*

tor Angélico, con autorización expresa y escrita del novelista español. Ni don Armando ni nosotros recordamos que lo haya usado nadie antes. Sin embargo, en cierto sector de lectores ha podido decirse: «El Doctor Angélico sólo es y debe ser Santo Tomás.» No es eso de lo que se trata; ni en ciencia ni en virtud pretendemos imitar al Sol de Aquino; es únicamente homenaje al autor de *La hija de Natalia.* Por lo que lamentamos que la ignorancia vaya unida con tanta frecuencia a las tristes intenciones, en quienes más obligados están a velar por la pureza de éstas.

* * *

Vamos a terminar este estudio, en que, adrede, hemos preferido el documento o el libro a la anécdota volandera, de consistencia escasa. Vamos a terminar, cuando al maestro—como a Ibsen en su vejez gloriosa—se le quita cariñosamente la pluma de las manos para que no trabaje más. Sólo una distinción honrosísima, el Premio Nobel, echamos menos entre las que ha conquistado tomo a tomo. Palacio Valdés la ha merecido; no se le ha otorgado; aún sería tiempo. Españoles: digamos a la Academia Sueca que aún sería tiempo...

Terminamos, refiriéndonos a la villa de Avilés, donde todavía se conserva la Capilla de las Alas, con magnífico retablo del siglo XIII o XIV, perteneciente a don Gerardo Lobo de las Alas, hijo de doña Felisa, prima hermana de la madre de don Armando.

El domingo 8 de agosto del 1920, yendo Palacio Valdés con su esposa y don Julián Orbón desde Oviedo a la villa de *Marta y María,* para el homenaje que le fué tributado al día siguiente, mostró al director de *El Progreso de Asturias* su deseo de dormir para siempre en Avilés. En-

terado el Ayuntamiento, se anticipó a la adquisición que pensaba hacer el novelista, y le cedió gratuitamente y a perpetuidad la superficie destinada a mausoleo núm. 3, cuadro 14, en el Cementerio Católico.

Don Armando Palacio Valdés contestó así, al excelentísimo señor Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Avilés:

«Llega a mis manos el oficio en que V. E. me hace saber que la Excma. Corporación de Avilés ha acordado concederme, con carácter gratuito y a perpetuidad, un trozo de terreno en el Cementerio Municipal Católico de esa villa.

»Una prueba más ha querido darme esa Corporación, de su predilección afectuosa. No me lisonjeo de merecerla, pero la pago según mis fuerzas con el entrañable cariño que a la villa de Avilés profeso. En ella transcurrió mi infancia, y la tierra sobre la que he jugado de niño, es el deseo que cubra mis restos mortales.

»Espero, pues, de la benevolencia de la Excma. Corporación Municipal de Avilés, que los reclame cuando llegue la hora de mi muerte, pues es mi voluntad expresa que reposen en ese Cementerio. Como he dado a Avilés mi corazón, quiero darle mis cenizas.

»Sírvase V. E. transmitir a la Excma. Corporación Municipal que dignamente preside, la expresión de mi profundo reconocimiento y reciba igualmente V. E. mis expresivas gracias.

»Dios guarde a V. E. muchos años.—París, 8 de octubre de 1920.»

El que siempre se sintió en Madrid «provinciano», anhela dormir eternamente en la provincia suya, tan amorosa y bella.

Maestro: Que esa tumba espere muchos años. El ramo de madreselva pedido al viajero que escale en lo futuro las montañas de Asturias, no ha de marchitarse. Deja que el mirto, el laurel y las rosas no se entremezclen aún con las lágrimas de los que te quisimos bien siempre.

Marzo del 1925.

FIN DE LA OBRA

INDICE

Páginas

PRÓLOGO 1

CAPÍTULO I: *La aldea natal.*—Entralgo.—¡Dulce Arcadia... que ya no existe!—Tipos y paisajes del Concejo de Laviana, según los describió Palacio Valdés en sus primeras novelas.—Asturias, cuna de la fama.... 5

CAPÍTULO II: *El nacimiento.*—Don Armando, primer hijo.—Profecía irrealizada.—La casa donde nació.—El lugar.—Las Parroquias del Concejo.—Los deleitosos y verdaderos paisajes.—La aventura de Cerezangos 9

CAPÍTULO III: *Padres y abuelos.*—Evocación de la madre.—El padre: su carácter, su pedagogía, su humorismo.—*El Capitán don Félix.*—El abuelito paterno: su optimismo venturoso.—Las abuelas.—Doña Florentina.—El primo romántico..... 13

CAPÍTULO IV: *Infancia.*—En Avilés.—La «miga» y la escuela.—Paréntesis en Entralgo: el Paraíso, las fiestas, en el río, la siega, las veladas, días otoñales, evocaciones...—El beso del valle de Laviana..... 19

CAPÍTULO V: *Adolescencia.*—En Oviedo.—Las clases del Instituto.—Los profesores.—La «revelación».—El amor.—Los amigos mayores.—El teatro, el Ateneo y el Club revolucionario.—La reválida del bachiller.—Notas del expediente académico.—A Madrid.—«Adán expulsado» 27

CAPÍTULO VI: *Lecturas.*—Sorpresa para los sabihondos.—Vulgaridad encantadora.—Sonriamos de los inmortales.—Las novelas por entregas.—Romanticis-

mo.—Folletines.—Espronceda, ídolo de Palacio Valdés.—Homero, Tasso y Camoens.—Libros científicos.. 38
Capítulo VII: *El ambiente político desde 1870.*—Don Armando llega a Madrid.—Sucesos en Europa.—En España: Guerra separatista.—Prim.—Don Amadeo de Saboya.—Castelar irascible.—La República.—La Restauración.—Indice histórico.—Palacio Valdés refractario a la política..... 43
Capítulo VIII: *En la Universidad.*—En las casas de huéspedes.—Los catedráticos de la Universidad.—Las dos carreras.—«Moret no viene».—Cátedras que desempeñó don Armando.—La visita del provinciano.—El fallecimiento de la madre..... 48
Capítulo IX: *En el Ateneo.*—«La Holanda.española».—Discursos de Cánovas y otros oradores.—Galdós y Ruiz Aguilera.—Don José Moreno Nieto.—Fundación de la «cacharrería».—Profesores y polemistas.—«Los mosquitos».—El disgusto con Revilla.—Don Armando, presidente del Ateneo..... . 52
Capítulo X: *La literatura a principios del último tercio del siglo XIX.*—Bécquer, Bernardo López y Zorrilla.—Sombras del Romanticismo.—Los poetas.—El teatro.—Los novelistas: *Fernán Caballero,* los comienzos literarios de Pereda, los folletines y la novela histórica, naturalismo y realismo.—Ideas filosóficas.—Menéndez Pelayo.—La crítica.—La Prensa.—De las otras Artes..... 59
Capítulo XI: *La amistad con Tuero y Clarín.*—Psicología de Tuero: ingenio y pobreza.—Síntesis biográfica de Leopoldo Alas.—Su llegada a Madrid.—Caminos divergentes.—El crítico juzga al novelista.—Coincidencias literarias.—Rasguños de Bonafoux.—*Clarín* elogiado por Palacio Valdés.—El desafío entre Leopoldo Alas y Bobadilla..... 69
Capítulo XII: *El periodista y el crítico.*—El primer ensayo literario.—La primera Revista.—*El Cronista,* diario político.—Cómo ganó su primera peseta y logró darse a conocer.—Don Armando, redactor jefe de la *Revista Europea.*—Don Eduardo Medina.—La *Re-*

vista de Asturias; sus fundadores.—Dedicatorias de Ruiz Aguilera, Castelar, Valera y Blasco Ibáñez..... 78
Capítulo XIII: *El crítico y el humorista.*—Los cuatro libros de crítica.—Aversión a la censura.—Oradores y novelistas.—Simpatía por los poetas.—El adiós a la crítica.—Humorismo de la escuela asturiana.—Palabras de M. Bueno.—El humorista definido por Palacio Valdés..... 85
Capítulo XIV: *Las primeras novelas.*—Novelista a los veintiocho años.—El contagio del naturalismo.—Verdad y poesía.—«El señorito Octavio».—«Marta y María»; el falso misticismo; la humildad y la caridad elogiadas por Palacio Valdés; traducciones; «el salón» de las heroínas; un telón y un «chalet»..... 94
Capítulo XV: *El casamiento.*—Las tertulias literarias; los del «Bilis Club».—La amistad con Galdós y Pereda.—Una visita a doña Emilia; suspicacias de la ilustre escritora; caballerosidad de Palacio Valdés.—Menéndez Pelayo no es «Pasarón».—Intimidad con Castelar.—«Brutandor», ministro.—La boda; quién fué «Maximina»; el enterramiento; poco de biográfico en la novela de ese título.—En Marmolejo y en la Virgen de la Cabeza.—Primer viaje a Sevilla... 102
Capítulo XVI: *Las novelas de la fama.*—«El idilio de un enfermo».—«Aguas fuertes».—«José».—Fallecimiento de don Silverio Palacio.—«Riverita» y «Maximina»; lágrimas por la esposa, elogios.—«El cuarto poder».—«La Hermana San Sulpicio»; su hitoria y su éxito..... 111
Capítulo XVII: *Novelas de madurez.*—«La Espuma».—«La Fe».—«El Maestrante».—«El origen del pensamiento».—«Los majos de Cádiz».—«La alegría del capitán Ribot».—Semblanza del novelista, por Gómez Carrillo.—Rubén Darío describe la España literaria de aquel tiempo.—La segunda boda de Palacio Valdés 123
Capítulo XVIII: *Obras de la última época: I.*—«La aldea perdida».—Los fulgores de la gloria.—«Tristán o el pesimismo».—Académico de la Real Academia Española.—«Papeles del Dr. Angélico».—«Seducción».. 136

DATE DUE

MAR 30 1970			
MAR 28 1970			
UCR DEC 19 1983			
DEC 30 1983			
UCR MAR 21 1994			
GAYLORD			PRINTED IN U.S.A.

3 1210 00436 6652

LIBRERIA PASSIM, S. A.
Bailén, 134 - Teléf. 257 47 57
BARCELONA-9

COLECCIÓN «LOS GRANDES ESCRITORES»

PALACIO VALDÉS
POR A. CRUZ RUEDA.

JOSÉ MARTÍ
POR M. ISIDRO MÉNDEZ.

CAMPOAMOR
POR MARCIANO ZURITA.

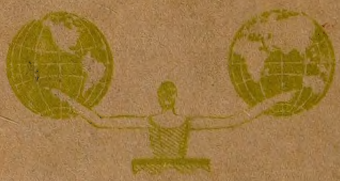
BENAVENTE
POR ANGEL LÁZARO.

GOETHE
POR MARGARITA NELKEN.

MENÉNDEZ PELAYO
POR M. ARTIGAS.

TAGORE
POR E. PIECYNSKA.

CADA VOLUMEN, CON EL RETRATO DEL BIOGRAFIADO, CUATRO PESETAS.



AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA
PARÍS—MADRID.—LISBOA